

“HACER INVIVIBLE LA REPÚBLICA”

Reflexiones en torno a la figura
de Laureano Gómez Castro

SARAI ANDREA GÓMEZ-CÁCERES / CLARA VICTORIA
MEZA MAYA / FREDY LEONARDO REYES ALBARRACÍN



“Hacer invivable la república”

Reflexiones en torno a la figura
de Laureano Gómez Castro

“Hacer invivable la república”

Reflexiones en torno a la figura
de Laureano Gómez Castro

Sarai Andrea Gómez-Cáceres
Clara Victoria Meza Maya
Fredy Leonardo Reyes Albarracín



Gómez-Cáceres, Sarai Andrea

“Hacer invivible la república”: Reflexiones en torno a la figura de Laureano Gómez Castro/Sarai Andrea Gómez-Cáceres, Clara Victoria Meza Maya y Fredy Leonardo Reyes Albarracín, Bogotá: Universidad Santo Tomás, 2018.

140 páginas; Ilustraciones,

Incluye referencias bibliográficas (páginas 133-137)

ISBN 978-958-782-127-7

E-ISBN: 978-958-782-128-4

1. Participación política-Actividad política 2. Discurso político 3. Poder (Ciencias sociales)
4. Oratoria política 5. Violencia-Historia-Colombia. 7. Representación política. 8. Derechas (Política)-Historia-Colombia 9. Violencia-Historia-Colombia. 10. Conflictos armados I. Universidad Santo Tomás (Colombia).

CDD 324.09

CO-BoUST



© Sarai Andrea Gómez-Cáceres, Clara Victoria Meza Maya y Fredy Leonardo Reyes Albarracín

© Universidad Santo Tomás

Ediciones USTA

Carrera 9 n.º 51-11

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfonos: (+571) 587 8797, ext. 2991

editorial@usantotomas.edu.co

<http://ediciones.usta.edu.co>

Coordinadora de libros: Karen Grisales Velosa

Corrección de estilo: Lilia Carvajal Ahumada

Diagramación: Emilio Simmonds

Impresión: DGP EDITORES S.A.S.

Hecho el depósito que establece la ley

ISBN: 978-958-782-127-7

E-ISBN: 978-958-782-128-4

Primera edición, 2018

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

Impreso en Colombia • Printed in Colombia

Tabla de contenido

PRESENTACIÓN	9
ECOS Y VOCES DEL PASADO RECIENTE: ENTRE LA AMNESIA Y EL ACTIVISMO SOCIAL	15
¿Memoria o historia? Un debate distinto	19
Recuerdos del pasado para una historia personal	23
Los discursos de Laureano Gómez Castro como acervo del pasado	27
VOCES DEL PASADO QUE RETUMBAN EN EL PRESENTE	39
Caracterización del discurso político	41
Ecos y resonancias	47
Ratificaciones, contradicciones y confusiones	54
LAUREANO GÓMEZ: VIOLENCIA Y RELIGIOSIDAD	59
Antecedentes	59
Laureano, el personaje	62
El significado de la violencia para Laureano Gómez	65
La tradición maniquea de la Iglesia	67
El nacionalismo católico de Gómez	72
La política del blanqueamiento	75

REPRESENTACIONES LITERARIAS DE LA FIGURA DE LAUREANO GÓMEZ	79
Análisis contextual del cómic <i>La gran mancha roja</i>	82
Análisis de la obra literaria <i>Viento seco</i>	92
Análisis de la obra literaria <i>La metamorfosis de Su Excelencia</i>	99
A modo de cierre	104
INTERROGANTES SOBRE EL PROGRESO DE COLOMBIA	107
I. Elementos constitutivos de la nacionalidad	108
II. El territorio	109
III. Verdaderas tierras de humanidad	117
IV. El problema etnológico	119
V. No podemos darnos el lujo de la ineptitud	127
REFERENCIAS	133

Presentación

Producto de las conversaciones entre el gobierno del presidente Juan Manuel Santos con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (Farc-EP), surgió, como parte de los puntos acordados en la negociación, la iniciativa de crear una Comisión de Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, concebida como un escenario esencial para revisar, discutir y estudiar, entre otros aspectos, acontecimientos del pasado reciente asociados a las múltiples y yuxtapuestas expresiones de violencia que integran lo que en Colombia denominamos *conflicto armado interno*. Esta Comisión de la Verdad, como ha sido presentada mediáticamente, sería fundamental para catapultar y legitimar el proceso de negociación en un horizonte de transición política y social.

Eludiendo el debate epistémico y político respecto a los alcances que un instrumento de esta naturaleza puede tener para alcanzar aquello que denominamos como “verdad”, el trabajo de la Comisión volvería sobre episodios y actores de un pasado reciente para construir nuevos sentidos, a partir de los cuales se configure una nueva comunidad que, siguiendo a Anderson (1993), se imagine cohesionada en torno a la paz, la reconciliación y el perdón.

No obstante, leer el pasado genera incertidumbre, porque en esa *imaginación social del porvenir* que deviene de la transición (Castillejo, 2017, p. 6), a algunos actores les preocupa cómo sus actuaciones van a quedar registradas en la memoria histórica que emerge de instrumentos

como los *grupos de memoria histórica* o las *comisiones de la verdad*. Este tipo de escenarios, que se caracterizan por despojarse de cualquier dimensión jurídica, tienen la tarea de volver a los eventos del pasado para tratar de explicar, desde una perspectiva política, jurídica y social, los factores estructurales que posibilitaron la emergencia de expresiones de violencia que han definido la vida del país en las últimas décadas. Por lo mismo, los trabajos sobre el pasado no resultan ni cómodos ni convenientes para todos.

Para demostrar el argumento en el contexto colombiano, basta recordar la polémica que desató el informe de los catorce académicos de la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas, presentado en la mesa de negociación de La Habana. Igual ocurrió cuando el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) publicó el informe *¡Basta ya!* (2013). Situación similar se vivió en 1962, cuando Eduardo Umaña Luna, monseñor Germán Guzmán y Orlando Fals Borda publicaron *La violencia en Colombia*, que narró los horrores de la matanza partidista de mediados de siglo xx, discutiendo, además, el informe de la Comisión Nacional Investigadora de las Causas y Situaciones Presentes de la Violencia en el Territorio Nacional, que creó en mayo de 1958, a través de una Junta Militar, el primer gobierno del Frente Nacional (Jaramillo, 2012, p. 35).

Más recientemente, a mediados de 2015, semanas después del anuncio de la creación de la Comisión de la Verdad, en el marco de un debate radial en el que participaban, entre otros, León Valencia Agudelo y Miguel Gómez Martínez¹, tuvo lugar una discusión que muestra la incomodidad que suscita este tipo de temas. El primero es un reconocido analista y consultor político que, no obstante, lleva a cuestas su pasado como comandante guerrillero de un grupo disidente del Ejército de Liberación Nacional (la Corriente de Renovación Socialista), desmovilizado en los acuerdos de paz de 1994, durante la presidencia de César Gaviria Trujillo; el segundo, economista y político conservador, es sobrino del inolado Álvaro Gómez Hurtado y nieto de Laureano

1 La discusión se suscitó en junio de 2015 en el programa radial *Voces RCN*, que dirige el periodista Juan Carlos Iragorri.

Gómez Castro, a quien se podría catalogar como un “delfín” que hereda la tradición de uno de los apellidos más ilustres del conservatismo colombiano.

La disputa se inició cuando León Valencia señaló la importancia de que la Comisión de la Verdad establezca y determine las responsabilidades políticas e históricas de aquellos que promovieron la violencia y la guerra en el pasado reciente, aludiendo de manera directa a Laureano Gómez Castro como el principal gestor en la promoción de la violencia partidista de mediados del siglo pasado o la *guerra civil no declarada*, como la definió el historiador estadounidense James Henderson (1984). La aseveración estuvo precedida por reconocer que él —León Valencia— también fue responsable de la violencia en su condición de insurgente alzado en armas y desmovilizado, siendo un imperativo el colaborar con la Comisión de la Verdad en el propósito de esclarecer los hechos². La reacción de Miguel Gómez Martínez fue asumir el señalamiento como una acusación personal:

¿Yo debería estar en la cárcel?... Usted no me acuse a mí de nada, usted no tiene pruebas para acusarme de nada, yo no he cometido ningún delito, yo no he violado el Código Penal, usted sí lo ha hecho, a mí no me venga a enrostrar nada...

Aunque León Valencia insistió en señalar que la Comisión de la Verdad no tiene un carácter judicial sino histórico (argumento explicado con suficiencia en el marco del mismo debate por el exfiscal Alfonso Gómez Méndez), la postura de Gómez Martínez fue eludir cualquier posibilidad de llevar la discusión al terreno de lo histórico o, mejor aún, de la ya instalada/legitimada noción de la memoria histórica.

2 Aunque no forme parte del presente análisis, también resulta esencial identificar el uso de algunas expresiones al momento de intentar definir ciertas realidades; expresiones que responden a marcos históricos de interpretación específicos. Por ejemplo, en décadas pasadas los integrantes de un grupo guerrillero/insurgente/subversivo eran considerados como alzados en armas o rebeldes, cuyos actos no se dudaba en catalogar como políticos. En la actualidad, a partir de los eventos relacionados con el 11 de septiembre de 2001, los integrantes de los grupos insurgentes son señalados como simples “terroristas” que despolitizan su accionar.

En la polémica también intervino Juan Gabriel Uribe —abogado, periodista y político conservador, para la época director del periódico *El Siglo*, cuyo fundador precisamente fue Laureano Gómez Castro—, para agregar un elemento aún más controversial:

Aquí el principal mártir se llama Álvaro Gómez Hurtado, cuya impunidad en el crimen de Álvaro Gómez Hurtado hemos padecido veinte años, para que usted venga a decir que Álvaro Gómez Hurtado es el responsable de la violencia de este país...

Para el panelista, entonces, la familia Gómez, representada en la figura del emblemático Álvaro, debería recordarse como víctima de la violencia en Colombia. En síntesis, muchos —por no decir la mayoría— optarían por la opción política de un *punto final* que, traducido metafóricamente en *olvido*, no pretenda leer el pasado.

En ese contexto, este libro presenta los resultados obtenidos en el desarrollo de la investigación *Expresiones de la violencia: análisis narrativo de la figura de Laureano Gómez Castro*³, la cual centró su objetivo en estudiar las narraciones y los sentidos que en torno a la figura de este controvertido líder político conservador se configuran en distintas materialidades mediáticas (audiovisuales, discursos, cómics y textos periodísticos, literarios y eclesiásticos), entendiendo que se trata de uno de los principales protagonistas de una hegemonía política que, a mediados del siglo xx, desplegó una espiral de distintas expresiones de violencia que aún marcan la historia política y social del país.

El libro se estructura en cuatro capítulos, aderezados, a manera de epílogo, con uno de los textos más controvertidos y polémicos escritos por el líder conservador —"Interrogantes sobre el progreso de Colombia"—, conferencia ofrecida por Laureano Gómez el 5 de junio de 1928.

El primer capítulo vuelve sobre las discusiones entre comunicación y memoria, tensionando la idea respecto a que una de las tantas crisis que experimenta el despuntar del siglo xxi se configura en la amnesia

3 La investigación fue financiada por la Unidad de Investigación y la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Santo Tomás durante 2016.

colectiva que padecen las sociedades contemporáneas (Huyssen, 2014, p. 22) —una especie de peste del olvido, como lo inmortalizó García Márquez en *Cien años de soledad*—, y se acompasa con el incesante interés por adelantar ejercicios de memoria entre distintos grupos sociales con el ánimo de encontrar en el pasado la base de la reconstrucción de sentidos que posibiliten agencia en torno a reivindicaciones sociales y políticas. De igual modo, el capítulo reflexiona sobre la memoria como archivo para volver sobre las relaciones entre esta y la historia y destacar que si bien los ejercicios de memoria reivindican la subjetividad a través de unos recuerdos cuyas narrativas siempre serán legítimas y válidas —no hay memorias equivocadas (Portelli, 1989)—, también es importante rastrear evidencias que soporten la reconstrucción de un pasado que en últimas busca que ciertas realidades sean inteligibles.

El segundo capítulo toma cinco textos escritos por Laureano Gómez y analiza los ecos que el ideario laureanista tiene en los postulados de uno de los dirigentes más influyentes y representativos de la política nacional en el despuntar del siglo xxi: Álvaro Uribe Vélez. El análisis trasciende la idea de considerar dichos textos como parte de un acervo histórico valioso que posibilita acceder al pasado reciente del país, entendiendo que las palabras y posturas doctrinarias de Laureano Gómez, escritas y pronunciadas hace más de sesenta años, tienen vigencia en las discusiones políticas contemporáneas por cuanto resuenan y trascienden en la voz de los líderes y dirigentes que ostentan el poder.

El tercer capítulo analiza la figura de Laureano Gómez como el fruto legítimo de la reacción conservadora frente a una república liberal que no logró consolidar un modelo de democracia basado en la justicia, la libertad y el desarrollo económico. Un Laureano Gómez cuyo temperamento hereda los rasgos de la Iglesia combativa de finales de siglo xix y comienzos del xx, impulsada por Pío IX y Pío X, respectivamente. El análisis demuestra que, antes que conservador, Laureano Gómez fue un católico batallador, heredero de una Iglesia misionera cuya tradición se enlaza con las cruzadas y con la Inquisición. Es la Iglesia paulina que concibe la doctrina de la salvación del alma por virtud de un dios salvador y la actividad apostólica como una actividad misionera de difusión de “la verdad”.

El último capítulo analiza las representaciones en torno a la figura de Laureano Gómez en las novelas *La metamorfosis de Su Excelencia* de Jorge Zalamea y *Viento seco* de Daniel Caicedo, así como del cómic político *La gran mancha roja*. El análisis demuestra el rol sustancial que el líder conservador tuvo en los eventos sangrientos que se registraron tras el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, así como una postura doctrinaria que se caracterizó por construir un enemigo interno, el famoso basilisco, encarnado por los representantes tanto del comunismo como del liberalismo.

ECOS Y VOCES DEL PASADO RECIENTE: ENTRE LA AMNESIA Y EL ACTIVISMO SOCIAL

En los estudios sobre la memoria como campo de las ciencias sociales resulta obvio afirmar que *memoria* y *olvido* son caras de una misma moneda, entendiendo que se trata de operaciones selectivas en las que prevalece con mayor fuerza la incapacidad para retener las experiencias vividas en el tiempo pasado. Y aunque socialmente el *olvido* está asociado a la pérdida de los marcos que le otorgan sentido (Halbwachs, 2004), es posible pensar que las referencias con los marcos también se disipan cuando, contrario a la pérdida de información, hay sobreabundancia de ella. Es lo que ocurre en un momento histórico —la denominada sociedad de la información—, donde los dispositivos tecnológicos revolucionan los paisajes mediáticos y reconfiguran los ecosistemas comunicativos. El fenómeno fue catalogado por T. Todorov como una amenaza para la memoria que acrecienta el olvido, favoreciendo, además, las estrategias de control por parte de los Estados democráticos:

Arrojados a un consumo cada vez más rápido de información, nos inclinaríamos a prescindir de ésta [la memoria] de manera no menos acelerada; separados de nuestras tradiciones, embrutecidos por las exigencias de una sociedad del ocio y desprovistos de curiosidad espiritual así como de familiaridad con las grandes obras del pasado, estaríamos condenados a festejar alegremente el olvido y a contentarnos con los vanos placeres del instante... Por

tanto, con menor brutalidad pero mayor eficacia... los Estados democráticos conducirían a la población al mismo destino que los regímenes totalitarios, es decir, al reino de la barbarie (Todorov, 2005, pp. 20-21).

Recuerda A. Huyssen (2014, pp. 17-18) que T. W. Adorno comenzó a explorar la amnesia como enfermedad terminal de la cultura capitalista en su estudio *Sobre el carácter fetichista de la música y la regresión de la escucha*, así como en el capítulo sobre la industria de la cultura contenido en *Dialéctica de la Ilustración*. No obstante, es indiscutible que esa amnesia social se exagera por el desarrollo tecnológico de los medios de comunicación, con una consecuencia abrumadora: el debilitamiento tanto de la historia como de la conciencia histórica. El escritor colombiano Fernando Vallejo lo sintetizó en términos más coloquiales, pero lapidarios, en su novela *La virgen de los sicarios*:

La fugacidad de la vida humana a mí no me interesa; me inquieta la fugacidad de la muerte: esta prisa que tienen aquí para olvidar. El muerto más importante lo borra el siguiente partido de fútbol. Así, de partido en partido se está liquidando la memoria de cierto candidato a la presidencia, liberal, muy importante, que hubo aquí y que tumbaron a bala de una tarima unos sicarios, al anochecer, bajo unas luces dramáticas y ante veinte mil copartidarios suyos en manifestación con banderas rojas. Ese día puso el país el grito en el cielo y se rasgaba las vestiduras; y al día siguiente ¡goooo! (1994, p. 40).

En ese contexto, se desarrolló un trabajo de corte etnográfico con cuatro grupos de población en Bogotá: 1) uno de treinta y cinco estudiantes de noveno grado pertenecientes al Instituto Educativo Distrital Veinte de Julio, ubicado en la localidad de San Cristóbal; 2) ochenta y cuatro estudiantes de educación superior que se encuentran en la recta final en su formación profesional como comunicadores sociales de las universidades Santo Tomás y Central; 3) quince profesionales de distintas áreas y rangos de edad, y 4) finalmente, adultos mayores que

en un número de entre ocho y quince se reúnen usualmente en tiendas de barrio en torno a juegos de azar en la localidad de Engativá¹.

Como un ejercicio piloto, el trabajo etnográfico tuvo un común denominador: presentar piezas mediáticas, en especial en formato audiovisual, sobre eventos históricos del pasado reciente imbricados con el conflicto interno armado en Colombia, enfatizando en la violencia partidista de los años cincuenta del siglo pasado, cuando las actuaciones políticas de Laureano Gómez Castro fueron determinantes. El trabajo tuvo como objetivos principales: primero, presentar a los estudiantes de secundaria a Laureano Gómez Castro como figura histórica preponderante en la vida política del siglo xx, y segundo, activar los recuerdos de los participantes a través de las piezas mediáticas, para (re)conocer sus lecturas y sus reacciones frente a estas².

1 Las personas para cada grupo fueron escogidas a partir de las relaciones tejidas en red. Para el caso de los estudiantes de educación media, el ejercicio se hizo en el marco de la dirección de trabajo de maestría en Comunicación, Desarrollo y Cambio Social de la Universidad Santo Tomás por la estudiante María Angélica Valencia Murillo, cuya disertación versa sobre la importancia de la memoria en el contexto escolar. Los estudiantes de educación superior fueron escogidos entre los integrantes del curso Interculturalidad, Educación y Medios en la Universidad Santo Tomás, sede Bogotá, y Comunicación y Derechos Humanos de la Universidad Central. Las personas restantes fueron escogidas entre amigos y conocidos que accedieron a participar voluntariamente en los talleres.

2 El material consistió en pequeños cortos audiovisuales cargados en el sitio web YouTube, acotando que en la mayoría de los casos quienes suben y comparten los videos no otorgan los respectivos créditos de realización de las producciones originales. No obstante, por su fácil acceso y popularidad es una ruta valiosa para acercar a las personas a los acontecimientos del pasado en relación con Laureano Gómez Castro y la violencia partidista de mediados de siglo xx. Dentro del material se destacan: *Laureano Gómez*, subido por Juan Sebastián Giraldo Bermúdez; *Memorias de la Violencia, el Valle y el Llano: entrevista a Fernando Gil, miembro del SIC*, subido por Pilar Pedraza; fragmentos del film *Cóndores no entierran todos los días* (1984), dirigido por Francisco Norden, y *Discurso de Laureano Gómez*, subido por el canal público Señal Memoria. Con los estudiantes universitarios se trabajó con discursos y documentos escritos por el líder conservador, cuyos títulos serán referenciados más adelante. Los vínculos de los videos son los siguientes: <https://www.youtube.com/watch?v=4F6yi5gHw8I>; <https://www.youtube.com/watch?v=EWyACN-kIroM>; <https://www.youtube.com/watch?v=4xWvX1UIPz8>.

Metodológicamente, se abrevó del sugestivo y provocador trabajo de Lila Abu-Lughod condensado en el artículo “La interpretación de la(s) cultura(s) después de la televisión” (2006), donde la antropóloga explora la injerencia de la televisión en un pequeño poblado cercano a El Cairo, conocido como Alto Egipcio. La mirada propuesta, que además explicaría en parte el título del artículo, retoma la noción de C. Geertz de *descripción densa* como método etnográfico que, sin embargo, debe ser recreado para tornarlo pertinente al estudio de las vidas influidas por los medios de comunicación de masas. Ello da pie para que la autora lance fuertes críticas contra aquellos estudios sobre las culturas populares referidos a la televisión, que no buscan una comprensión de la condición humana, como tampoco ofrecen perspectivas profundas de las dinámicas sociales o políticas de comunidades concretas, tareas que en el deber ser constituyen un asunto primordial de los estudios en ciencias sociales.

Parafraseando a Abu-Lughod, dos interrogantes centrales dinamizan el trabajo empírico: ¿son las narrativas mediáticas, entendidas como unidades de análisis en la investigación en ciencias sociales, el obstáculo para comprender la forma como las personas en la vida cotidiana construyen sus sentidos?, y ¿el estatus degradado y la aparente banalidad de muchas de esas narrativas, especialmente las audiovisuales como la televisión o el cine, afectan a aquellos que la estudian? La posición asumida al respecto está en considerar que el trabajo etnográfico brinda las herramientas para comprender el significado de unas narrativas mediáticas omnipresentes en las vidas e imaginarios de las personas del mundo contemporáneo, siendo preponderante ubicarlas en sus respectivos contextos sociales y culturales. En otras palabras, las formas culturales transmitidas por el cine, la televisión y otros medios de comunicación no tienen comunidades obvias ni simples, y la *descripción densa* permite miradas etnográficas microscópicas que proporcionan elementos para comprender los entramados sociales y culturales —de ahí la alusión clásica geertziana respecto a que la etnografía estudia *en* aldeas, pero no estudia aldeas—.

A grandes rasgos, los ejercicios permitieron interpretar que hay un desconocimiento amnésico generalizado frente a los acontecimientos

trascendentes del país, incluyendo aquellos episodios relacionados con el líder conservador Laureano Gómez Castro. De igual modo, la etnografía confirmó el carácter inmediateista y referencial de lo que consumen los estudiantes en sus distintos niveles, mediante dispositivos tecnológicos que configuran los ecosistemas comunicativos contemporáneos.

¿Memoria o historia? Un debate distinto

Uno de los debates permanentes en los estudios sobre el campo de la memoria está en la tensión que se configura con la Historia como disciplina de las ciencias sociales. Tradicionalmente, la discusión tiene como punto esencial el carácter subjetivo de la memoria, soportado en unos recuerdos cuyas narrativas siempre serán legítimas, enfrentados a las evidencias fácticas que subyacen al rigor científico del trabajo historiográfico. Desde una perspectiva política, la tensión se zanja considerando que los recuerdos que emergen de los ejercicios de memoria contribuyen al trabajo de la Historia; una postura más radical considera que la historia es una distorsión para la memoria (Osiel, 2000, p. 79).

Ahora bien, retomar la tesis en torno a que vivimos en una época matizada por la inmediatez de la información, que lleva a una amnesia endémica sobre los eventos importantes del pasado, significa reconocer una discusión distinta entre la *memoria* y la *historia* por cuanto cabría preguntarse si es atribuible a la memoria o a la historia esa amnesia social y colectiva con que identificamos los tiempos recientes. En otras palabras y apelando a contextos más específicos, ¿es un problema de la memoria, es decir, de los recuerdos activados desde un *aquí* y desde un *ahora*, que un escolar no sepa quién fue Laureano Gómez Castro, qué ocurrió el 9 de abril de 1948, quiénes fueron los *pájaros* o qué fue el Frente Nacional? ¿Por qué atribuirle al campo de la memoria una responsabilidad que atañe más a la historia? ¿Se puede hablar de *olvido* cuando un estudiante no recuerda un evento del pasado que ni vivió ni del que tuvo referencia a través de narraciones familiares, por ejemplo? ¿Por qué tendría que tener conciencia histórica, política y social frente a ese acontecimiento, si este es ajeno a su historia personal, aunque lo implique socialmente?

El trabajo etnográfico con los escolares del grado noveno del Instituto Educativo Distrital Veinte de Julio evidenció serias deficiencias en lo que respecta a su formación histórica. Aunque no es el interés del presente texto ahondar sobre los lineamientos curriculares que soportan el modelo educativo colombiano, es importante recordar que este se soporta en estándares básicos de competencias para las áreas de Matemáticas, Lengua Castellana, Ciencias y Educación Ambiental. En consecuencia, un primer elemento que llama la atención es que el modelo interrelacionó las ciencias sociales y las ciencias naturales y, con la idea de formar en ciencias, presentó unos mismos estándares educativos. Por otra parte, con la pretensión de ser un modelo holístico que posibilitara que el estudiante tuviera una mayor relación con la sociedad y el medioambiente, una segunda apuesta estuvo en construir la ruta de manera interdisciplinar, aglutinando en el gran marco de las ciencias sociales la Historia, la Geografía, la Política, la Economía, la Antropología, la Sociología, la Psicología, la Lingüística, entre otras disciplinas sociales y humanas. En consecuencia, los estándares buscan lo siguiente:

1. Dar una mirada al individuo en la sociedad y a su relación con el medioambiente a lo largo del tiempo, teniendo en cuenta las diferentes disciplinas que hacen parte de las ciencias sociales: Historia, Geografía, Política, Economía, Antropología, Sociología, Psicología, Economía y Lingüística, entre otras.
2. Asumir las formas como proceden los científicos sociales para buscar conocimientos, comprender la naturaleza cambiante y relativa de los puntos de vista que los sustentan, y entender que son susceptibles de ser interpretados y controvertidos.
3. Asumir los compromisos personales y sociales que los niños, las niñas y los jóvenes adquieren a medida que avanzan en el aprendizaje, la comprensión y la apropiación de las ciencias sociales.
4. Enfatizar en el aprendizaje de los estudiantes sobre su identidad como colombianos, sobre su país en el pasado, el presente y el

futuro y sobre la riqueza de la diversidad cultural y la pluralidad de ideas de la que hacen parte y en la que pueden y deben participar (MEN, 2004, p. 8).

No tendríamos los elementos para sostener si los lineamientos curriculares para ciencias sociales son los causantes de las deficiencias en los estudiantes respecto a los acontecimientos y personajes históricos ligados con la confrontación armada, política y social del pasado reciente, pero el trabajo de María Angélica Valencia Murillo (2016, p. 92) en la misma institución educativa en torno a la importancia de la memoria en ciencias sociales, demostró que muchos docentes del área son conscientes de las limitaciones que traen consigo los lineamientos curriculares. Por esa razón muchos de ellos apelan a lo que denominan el *currículo oculto* para tratar tanto temáticas como estrategias pedagógicas no contempladas en los lineamientos, y profundizar sobre temas que en los estándares básicos de competencias no tienen cabida o son un barniz³.

En cualquier caso, la amnesia social y colectiva que caracteriza los tiempos que vivimos no es producto de una deficiencia en la memoria de los estudiantes; tampoco está en la Historia como disciplina que tiene como objeto el estudio del pasado. El problema radica en un proceso educativo/formativo cuyo modelo curricular debería estar en constante revisión tanto en lo referente a las temáticas por tratar en los años escolares como en las estrategias pedagógicas y didácticas que se deberían implementar en el aula, para que los estudiantes (re)conozcan los hechos históricos más relevantes en distintos ámbitos geográficos y temporales, con énfasis en Colombia, lo cual es posible si se tuviese una asignatura, cátedra o espacio académico dedicado a la enseñanza de la historia.

3 La expresión *currículo oculto* emerge del diálogo con los maestros en el marco del ejercicio etnográfico y la reproducimos como categoría *Emic*. Por lo mismo, no pretendemos afirmar que en el sistema educativo colombiano se impida a los maestros enseñar algún tema, como tampoco que exista censura o clases clandestinas.

Ahora bien, se podría argumentar que esa deficiencia se suple con el concepto, muy de moda en Colombia, de *memoria histórica*, atribuido al francés Pierre Nora, quien invita a repensar la historia como ejercicio que trasciende la idea de resurrección, reconstitución, reconstrucción o representación del evento pasado, para enfatizar en la importancia de la rememoración, entendiendo que el valor del hecho histórico está más por la forma como se (re)significan y (re)utilizan los recuerdos en función del tiempo presente. En palabras de Nora y Cuesta: “Una historia que no se interesa por la memoria como recuerdo, sino como economía general del pasado en el presente” (1998, p. 26). Siendo muy válida e interesante la invitación de volver al pasado mediante un ejercicio de memoria histórica —verbigracia, los trabajos del Centro Nacional de Memoria Histórica como entidad oficial que emergió de las leyes transicionales⁴—, ello no corrige el problema estructural que hace treinta años creó el Ministerio de Educación Nacional al suprimir la cátedra de Historia del currículo en la educación básica y media, a tal punto que han sido los propios historiadores quienes vienen reclamando que se corrija lo que catalogan como un yerro absurdo (*Semana*, 2012), entre otras porque las deficiencias y vacíos no necesariamente se superan en el nivel universitario.

En el ejercicio piloto con estudiantes que cursan un programa universitario que abrevia de las ciencias sociales y humanas, se evidenció que, aunque sus conocimientos históricos son más amplios, las deficiencias persisten. Sintetizando las palabras de los universitarios, en primer término no dudan en señalar el choque que experimentan con el paso entre el nivel medio y el nivel superior, expresado, entre otros aspectos, por los criterios de exigencia de docentes que suponen que los estudiantes poseen los conocimientos básicos en ciencias sociales e Historia. En segundo término, las apreciaciones de los estudiantes revelan una dificultad mayor, imbricada con los hábitos de lectura que traen desde el bachillerato, pues la educación superior exige leer textos

4 El Centro Nacional de Memoria Histórica fue creado en el marco de la Ley 1448 de 2011, conocida como Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, artículo 146.

cuyos niveles y ritmos no forman parte de sus gramáticas, obligándolos a un tortuoso proceso de aprendizaje de nuevos códigos de lectura.

Ahora bien, para los estudiantes universitarios la figura de Laureano Gómez Castro no es ni extraña ni ajena, está enmarcada acertadamente con la violencia partidista de los años cincuenta del siglo pasado. No obstante, su conocimiento histórico sigue siendo precario y no poseen mayores elementos para indicar aspectos básicos como a quién y qué representó el líder conservador en la vida política del país, especialmente en la primera mitad del siglo xx; cuál fue su rol en la violencia política de mediados del siglo pasado, y por qué su ideario político fue semilla para gestar la violencia entre conservadores y liberales. Más preocupante aún: los estudiantes revelan una marcada incapacidad para relacionar e interpretar los eventos imbricados con Laureano Gómez Castro con contextos políticos, sociales, culturales y económicos pasados y contemporáneos. El asunto, sin duda alguna, se hace complejo cuando los conocimientos políticos, sociológicos, antropológicos, geográficos o económicos son también deficientes.

Por lo mismo, no resultó extraordinario que las posturas de Gómez Castro generaran cierta sorpresa; por ejemplo, fue llamativo para los estudiantes la disertación titulada “Interrogantes sobre el progreso de Colombia” (1928) en la que Gómez Castro hace una caracterización tanto del territorio como de los grupos poblacionales que integran el país, con un fuerte acento discriminatorio respecto a los indígenas y a los afrodescendientes, así como a los mulatos.

Recuerdos del pasado para una historia personal

Como se mencionó párrafos atrás, los ejercicios se replicaron con otro tipo de poblaciones fuera del ámbito escolar, privilegiando a personas jubiladas, es decir, hombres y mujeres mayores de sesenta años. Los resultados permitieron comprender que si bien en la mayoría de los casos las piezas mediáticas detonaban los recuerdos, las narraciones de las remembranzas remitían a experiencias personales que encontraban en un evento o en un personaje del pasado reciente un marco de referencia para organizar el testimonio.

De acuerdo con el historiador italiano Alessandro Portelli, las narraciones que buscan reconstruir el pasado optan por seguir una secuencia lineal que posibilita que el narrador organice una historia que siempre será contada de un modo distinto (1993, p. 167); historia cuya narración permite identificar una dimensión temporal que se descompone horizontalmente para ubicar bloques homogéneos que marcan un “antes” y un “después”, pero también verticalmente para imbricar los recuerdos con una contemporaneidad que se constituye en modalidades de tipo ético-político, colectivo o personal.

Muchos vivieron siendo niños los años de la violencia partidista, por eso no resulta extraño comprobar que la mayoría de los testimonios coincide con el relato nacional que ubica tanto en la dimensión horizontal como vertical el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán como el evento bisagra que determinó el “antes” y el “después” en la vida personal y pública, acotando que ambas dimensiones se yuxtaponen en los testimonios ofrecidos.

En la dimensión horizontal emergen experiencias personales que, ligadas a la historia familiar, rememoran la violencia desatada tras el 9 de abril de 1948. Los recuerdos no son propios, pues la mayoría fueron referidos por personas para la época mayores, recordando que el testimonio hace evidente el hecho de que no siempre se participa de manera directa en el acontecimiento que se narra, lo cual no indica que este pierda su importancia, alcance y fuerza. Incluso es usual que el relator narre la historia como si hubiera vivido los eventos, pues se configura lo que M. Pollak denomina *memoria heredada*, producto de un fenómeno de *proyección e identificación* (2006, p. 34).

Por fortuna la violencia fue lejana a mi familia, pero cómo olvidar las palabras de un profesor que tuve en la escuela, que armaba alegatos en contra del cura del pueblo [Icononzo, Tolima]... con el tiempo comprendí que el profesor era liberal y que le habían matado a varios familiares (Julio Rojas, comunicación personal, 4 de enero de 2016).

En la escuela tuve un profesor que nos mostraba, con temor o sigilo, un libro sobre la violencia. Nos decía que había sido escrito por

un sacerdote, pero en esa época no le creí. En las clases leía partes del libro y era escabroso... con el tiempo le pedí a mi hijo que buscara el libro, se titula *Lo que el cielo no perdona*. Comprobé que sí fue escrito por un cura [el padre Fidel Blandón Berrío] y que realmente es escabroso⁵ (Irene Perico, comunicación personal, 4 de enero de 2016).

Lo interesante es que los testimonios, pensados ahora en la dimensión temporal vertical, poseen una fuerte e inevitable carga política, encuadrada en un relato histórico nacional que refiere a la violencia partidista de mediados del siglo pasado, cuando la figura de Laureano Gómez Castro es, parafraseando el lenguaje teatral, como una especie de personaje alegórico, pues se constituye en símbolo y representación de la violencia misma, especialmente cuando las narraciones evocan los estragos provocados por los *chulavitas* y los *pájaros*, como se conocen a las bandas armadas que, desde el gobierno de Mariano Ospina Pérez, persiguieron en las zonas rurales a los miembros del Partido Liberal.

Tenía menos de un año cuando mataron a Gaitán y doce años cuando llegamos a Bogotá, huyendo de la violencia y de la pobreza. Las historias de horror y barbarie que presencié y escuché en mi pueblo [La Palma, Cundinamarca] perfectamente se repiten a lo largo y ancho de un país que se mató por un color, por una bandera, por un trapo. En esos primeros años de infancia no sabía quién era el presidente, Bogotá era un lugar demasiado distante hasta en la imaginación, pero el rumor mencionaba el nombre de Laureano Gómez como el promotor de los famosos pájaros, que iban de finca en finca matando y sacando gente liberal (Julio Rojas, comunicación personal, 4 de enero de 2016).

Nací en Bogotá pero toda la familia es oriunda del norte de Boyacá. Mi madre murió cuando yo todavía era una niña y mi crianza fue con mi padre, que era un liberal de esos radicales... cuando se

5 *Lo que el cielo no perdona* (1996) formó parte del *Index* o Índice de libros prohibidos en Colombia durante el periodo de la Violencia.

emborrachaba recuerdo que siempre repetía en medio de los tragos parte de un poema de Julio Flórez, *La araña*, que decía: “He querido matarla: mas... ¡imposible! Al verla con sus patas peludas y su cabeza negra, la compasión invade mi corazón, y aquella criatura vil, entonces...”... lo otro que gritaba era insultos a los conservadores: “Me cago en la bandera del glorioso Partido Conservador, godos hijos de puta”, así con cada borrachera (Alfredo A., comunicación personal, 5 de enero de 2016).

Por otra parte, en los testimonios también subyacen una serie de “realidades” que, aunque devengan de esa violencia fratricida que se vivió en las zonas rurales del país, están imbricadas con los fenómenos de desplazamiento forzado y la reorganización del ámbito personal y familiar en centros urbanos como Bogotá.

La violencia no fue directa, no nos mataron a ningún familiar, no nos amenazaron, no perdimos, como muchos, la tierra... vivíamos en la pobreza con mi mamá y mis hermanos, a gente de otras fincas sí la habían asesinado y desplazado, así que no había trabajo en esa época, nadie quería contratar a nadie, porque era un momento de mucha zozobra y desconfianza, así que nos vinimos para Bogotá, donde una tía. Mi mamá me contaba que ella nunca manifestó filiación política alguna, aunque en el pueblo [Málaga, Santander] todos la relacionaban con mi padre, que era liberal y ese pueblo era conservador... En Bogotá recuerdo mucho el frío y lo gris de la ciudad... fue todo un aprendizaje que en muchos casos resultó muy doloroso, porque hay cosas que solo se aprenden a golpes... (Julio Rojas, comunicación personal, 4 de enero de 2016).

Soy de la zona cafetera y fueron muchos los nombres de bandoleros los que escuché de boca de mi mamá y de hermanos mayores, porque para esos años (década del cincuenta) era una niña... eran famosos los nombres de “Chispas”, “Sangrenegra”, “El Capitán Desquite”, como famosas eran sus masacres. La situación era muy difícil y, cuando mataron a un tío, decidimos salir. Así que llegamos a Bogotá cuando tenía seis años y, la verdad, fue una niñez muy dura por todo, porque estaba acostumbrada a vivir en el campo y

acá llegamos a una especie de pensión de inquilinato, porque tuve que estudiar en un colegio público donde tuve que aprender a la fuerza lo que era vivir en la ciudad... (Alfredo A., comunicación personal, 5 de enero de 2016).

Desconcierto, zozobra, asombro y aprendizaje en la dureza del espacio urbano también es un rasgo que caracteriza los testimonios de unos sujetos que tuvieron que adaptarse a los códigos de unas ciudades que en principio eran extrañas, porque no comprendían ni interiorizaban las nuevas pautas sociales y culturales para desenvolverse en la urbe. De ahí que, siguiendo al sociólogo Isaac Joseph, sea posible identificar un tránsito *insomne*, que se produce cuando la persona no conoce ni reglas ni lenguajes, generando una especie de crispación existencial con la ciudad (1984, p. 15).

Los discursos de Laureano Gómez Castro como acervo del pasado

La producción discursiva de Laureano Gómez Castro fue prolija y abarcó todo tipo de temáticas: desde ensayos históricos, pasando por la crítica literaria, hasta discursos políticos sobre los más variados tópicos. Lo interesante es que la mayoría de esa amplia producción se conserva y es de fácil acceso, dado que el Instituto Caro y Cuervo publicó, con la denominación de *Obras completas* (2013), lo escrito por el líder conservador en una colección de nueve tomos, compilados por Ricardo Ruiz Santos.

El esfuerzo por tener la totalidad de la obra de Laureano Gómez Castro publicada demuestra la conciencia histórica respecto a que esos documentos integran un acervo valioso para el país, pues permitirán, por un lado, reconocer y comprender las dinámicas políticas, sociales, económicas y culturales que caracterizaron la historia reciente y, por otro, extraer lecciones que posibiliten encarar tanto el presente como el futuro.

Ahora bien, parafraseando a P. Ricoeur (2008, p. 232), ensayos, discursos, artículos de prensa y demás documentos escritos constituyen un material que puede decir mucho o puede no decir nada; todo

depende de las preguntas que se tengan al momento de consultarlos y, sobre todo, de interrogarlos. En otras palabras: esos registros —archivados en libros que a su vez reposan en bibliotecas y centro especializados de información— constituyen una materialidad que, ante todo, ofrecen huellas o pistas.

En ese contexto, Ricoeur ofrece una explicación diáfana de lo que se define por *archivo: grosso modo*, el archivo se entiende como el lugar o el depósito, usualmente de carácter institucional, en el que se producen, reciben y conservan documentos, siendo este el soporte material, la prueba que habla y testifica sobre el pasado. En tal sentido, los archivos son instituidos, mientras los documentos son conservados; pero, como afirma Ricoeur, ello ocurre bajo el presupuesto en torno a que el pasado deja huellas, las cuales se entienden como las marcas que alguien o algo —hombre o animal—, deja al pasar por un lugar, siendo la huella también el pasado del paso (1996, pp. 803-807)⁶.

Los textos escritos por Laureano Gómez Castro cumplen esta doble condición, ofrecen huellas dejadas a manera de datos e información, pero también evidencian el paso del sujeto que las dejó. Ahora bien, a nuestro modo de ver y contrario a la idea generalizada de concebir *per se* esos registros escritos como pruebas documentales frente a acontecimientos del pasado, reconocemos, ante todo, un valioso repositorio que eventualmente se puede constituir en prueba documental. Es decir, si bien el registro deja huellas, estas no constituyen un documento ni una prueba. Para explicar el asunto, volvemos a los argumentos de Paul Ricoeur, quien se pregunta qué significa probar un documento.

Párrafos atrás se sostuvo que los documentos hablan cuando se les pide que verifiquen, y ello implica que el investigador se acerque con interrogantes que los cuestionen, en una fase de trabajo que Ricoeur cataloga como explicativa y comprensiva (2000, p. 231). Resulta

6 Señala Ricoeur que la huella es un vestigio porque hay una marca visible en un *aquí* y en un *ahora*, pero también hay huella porque se reconoce que *antes* un hombre o animal pasó por un lugar. No obstante, esta última connotación se pierde, y solo persiste la idea de la huella dejada. En tal sentido, la huella como paso que deja una marca está inmersa en un nudo paradójico: el paso ya no es, pero la huella permanece (1996: 807).

interesante tener esta perspectiva como referente a la hora de (re)pensar un registro escrito —llámese discurso, artículo de prensa, ensayo o diatriba—, que no siempre debe asumirse como testimonio del pasado; cuando el acercamiento al registro está mediado por interrogantes, el documento no está dado *per se* y las preguntas son las que conducen a que sea instituido como documento. Reiteramos, ello no significa desconocer la existencia de registros en los cuales haya huellas que permitan un acceso transparente al pasado, pero la operación sigue siendo la misma: es la valoración de un “alguien” que rastrea el registro dentro del archivo para otorgarle un sentido en función de un propósito. Es en ese momento cuando el texto escrito como archivo se convierte en documento.

Ricoeur lanza entonces una segunda pregunta: ¿qué es lo que hay que probar en un documento? La respuesta —según su reflexión— es clara: hechos que indiquen nombres, lugares, fechas, verbos de acción o de estado. Lo interesante, no obstante, está en la aclaración que hace respecto a no confundir el hecho probado y el acontecimiento sobrevenido, desplegando una epistemología vigilante (2000, p. 231). La advertencia cabe perfectamente para el caso de unos documentos políticos, periodísticos, culturales y artísticos en los que se reconocen unos contenidos y enunciados que intentan representar acontecimientos, personas, instituciones y grupos sociales, entre otros, con una postura política muy bien definida, lo que desvirtúa la idea de llegar a concebir esos textos como pruebas fehacientes de lo acontecido en el pasado. La anterior reflexión resulta más que pertinente cuando el trabajo de archivo implica, en un primer momento, la selección de los documentos para trabajar; tarea nada sencilla a pesar de que el material se encuentra compilado temáticamente.

De cualquier forma, la recuperación de los archivos es sustancial cuando de volver al pasado se trata. Por lo mismo, para el presente análisis se recuperaron y seleccionaron una serie de documentos escritos por Laureano Gómez Castro, los cuales fueron puestos a disposición de un grupo de estudiantes de la Universidad Santo Tomás, sede Bogotá. Se continuó, entonces, con el trabajo etnográfico, buscando conocer las valoraciones e interpretaciones que los estudiantes hacen de los textos, acotando que sobre el pensamiento político de Gómez

Castro existen estudios suficientes y completos⁷. Los textos seleccionados hacen referencia a dos tópicos concretos: primero, la concepción de Laureano Gómez Castro respecto a Colombia como proyecto de Estado nacional; segundo, las lecturas, interpretaciones, valoraciones y concepciones en torno a la violencia partidista, agudizada por los hechos acaecidos el 9 de abril de 1948, enfatizando en la paz como una temática que emerge en las discusiones de la época. El ejercicio exigió que las lecturas estuvieran precedidas por explicaciones académicas y conceptuales, enmarcadas en el seminario Interculturalidad, Educación y Medios, al que asisten comunicadores y sociólogos, para que los estudiantes tuvieran herramientas de contexto histórico, político y social. Los documentos escogidos fueron los siguientes:

1. “Interrogantes sobre el progreso de Colombia”, discurso pronunciado el 5 de junio de 1928.
2. “La Constitución de 1886”, discurso pronunciado al celebrarse los cincuenta años de la carta en 1936.
3. “El espectro del comunismo”, discurso pronunciado en la Convención Conservadora de 1937.
4. “La posición conservadora”, discurso pronunciado en la Convención Conservadora de 1938.
5. “El basilisco”, editorial publicado en el periódico *El Siglo* el 27 de junio de 1949.

7 Los más destacables fueron elaborados por el historiador James D. Henderson: *Cuando Colombia se desangró: un estudio sobre la violencia en metrópoli y provincia* (1984); *Las ideas de Laureano Gómez* (1985); *Conservative Thought Twentieth Century Latin America: a Statistical Approach to the Study Intellectual History* (1986); *Colombia en los tiempos de Laureano Gómez* (1990); *Modernization in Colombia: the Laureano Gómez years, 1889-1965* (2001). También hay que destacar el estudio de Hésper Eduardo Pérez Rivera “Acerca del nacionalismo católico de Laureano Gómez. 1930-1946” (2003).

Mediados por un instrumento que combinó preguntas cuantitativas y cualitativas, el planteamiento y discusión de los textos suscitó entre los estudiantes diversas valoraciones, como se verá a continuación.

Refundido entre la historia

Las dos primeras preguntas del instrumento indagaban por el conocimiento previo que tenían los estudiantes sobre Laureano Gómez Castro. Las cifras son contundentes: el 73% manifestó su desconocimiento; del 27% que expresó conocerlo, solo unos cuantos estudiantes lo hizo durante su etapa escolar (tanto secundaria como universitaria), mientras la mayoría sostuvo que las referencias que tienen les fueron transmitidas por relatos familiares —narraciones de padres y abuelos—, alusivos a la violencia bipartidista de mediados del siglo pasado; no obstante, estas son vagas y no lograron expresar una idea certera respecto a la vida y obra del personaje en cuestión. Aquellos que conocieron de Laureano Gómez Castro en el escenario escolar, también registraron profundas falencias, y las referencias ofrecidas en el taller se caracterizaron por imprecisiones históricas y políticas.

Ello indujo a preguntar a los estudiantes por las percepciones que tenían respecto a la formación histórica recibida en los años de formación educativa. Las respuestas se pueden organizar en dos ideas generales:

- Una formación histórica básica y, por lo mismo, catalogada como deficiente, que no ahondó en dimensiones/discusiones/reflexiones políticas, sociales, culturales o económicas de los eventos nacionales o internacionales tratados en el aula.
- Un proceso formativo que no generó conciencia en torno a la importancia de estudiar y comprender los eventos del pasado como base para entender los acontecimientos contemporáneos anclados al presente.

Finalmente, un aspecto llamativo en la aplicación del instrumento es que se consultó a los estudiantes si, como acto complementario a las lecturas, habían indagado por la vida y obra de Laureano Gómez

Castro. Como suele ocurrir con ejercicios similares que implican lectura previa, el 83 % no efectuó ningún tipo de consulta.

Ante el desconocimiento de la vida y obra de Gómez Castro como una de las figuras más relevantes en la historia política nacional del siglo pasado, el trabajo de lectura y discusión de sus textos contó con un ejercicio pedagógico que, *grosso modo*, ofreció los elementos contextuales/conceptuales básicos para una mayor comprensión del personaje, enfatizando sobre los dos ejes temáticos de discusión planteados al inicio del ejercicio: la concepción de Colombia como Estado y la paz.

Nacionalismo, civilización, catolicismo, exclusión...

Respecto al primer eje temático, los estudiantes identificaron en las lecturas que la concepción del líder conservador se sustentaba en un proyecto civilizador en que la noción de ciudadanía es “restringida”, “excluyente” y “discriminatoria” en relación con los reconocimientos que, desde la Constitución de 1991, definen a Colombia como un país pluriétnico y multicultural.

En ese contexto, las reflexiones de los estudiantes relacionan la concepción laureanista con los postulados del escritor y prócer argentino Domingo Faustino Sarmiento, sobre la *civilización* frente a la *barbarie*, destacando que en la conferencia “Interrogantes sobre el progreso de Colombia” existe un constante paragón entre Colombia y el país austral.

De acuerdo con la tesis de [Laureano] Gómez, el territorio y la raza son dos factores que obstaculizan el desarrollo y el progreso de Colombia; Argentina representa el país ideal, donde el territorio es propicio para el desarrollo de la agricultura y de la industria, ideal para un inmigrante que encuentra un asentamiento para el desarrollo de la cultura (Ángela C., comunicación personal, 16 de abril de 2016).

Me llama la atención los términos empleados por Laureano Gómez, son muy peyorativos: mientras en Colombia poseemos un territorio ‘brutal’, ‘hueco’ e ‘inútil’, con recursos naturales que representan

una ‘tragedia’, Argentina es una tierra bendita, sana, limpia, un territorio plano y fértil en el que florece la cultura y la civilización (Carlos A., comunicación personal, 16 de abril de 2016).

La comparación también está en la formación de los grupos sociales. En el caso argentino esa formación tiene en la migración europea su base, ideal para el proyecto civilizatorio. Según Laureano Gómez no ocurre lo mismo para Colombia, donde la mezcla entre el español, el indígena y el negro definen nuestra formación social y cultura (Camila B., comunicación personal, 16 de abril de 2016).

Para Laureano Gómez el indígena y el negro son el problema de nuestro atraso. El primero por su carácter infantil que lo lleva a tener una especie de asombro frente al mundo y el segundo por su marrullería y rencor. En ambos casos indígenas y negros resultan ser el lastre de una herencia cultural donde lo único por rescatar es lo hispánico, porque en él reposa lo civilizado (Daniel R., comunicación personal, 16 de abril de 2016).

En un contexto más amplio, la concepción laureanista es relacionada por los estudiantes con la formación misma de Colombia como proyecto de Estado nacional que, siguiendo los planteos de B. Anderson (2011) respecto a los factores políticos y sociales que suscitaron a principios del siglo XIX las gestas emancipadoras de la Corona española⁸, se caracterizaron por la segregación, el racismo y la exclusión de las clases bajas —verbigracia, indígenas y negros—.

8 Anderson manifiesta que los procesos de independencia para el caso de las Américas son inusuales, pues no se pueden explicar mediante dos factores que determinan la formación de los Estados europeos. Por un lado, la lengua no constituyó un elemento que marcara la diferencia respecto a la metrópoli imperial, incluyendo los casos de Estados Unidos y Portugal; por otro, los criollos americanos nunca buscaron llevar a indígenas y negros a la vida política y, por el contrario, se opusieron a las leyes que se promulgaron en Madrid con el propósito de tener una política más humanitaria con las poblaciones indígenas y negras (2011, pp. 77-78). El tratamiento de exclusión política y social se extendió alcanzada la independencia.

Cuando Anderson cita las palabras de Pedro Fermín Vargas frente a la política que se debía seguir con la población indígena, es inevitable no relacionar el asunto con las palabras de Laureano Gómez... Si me atengo a las expresiones utilizadas por ambos personajes, perfectamente se podría pensar que pertenecen a la misma época cuando en realidad están separados por un siglo⁹ (Santiago M., comunicación personal, 20 de abril de 2016).

No pertenecen a la misma época, pero sí a una misma cuna social que consideraba a los indígenas y a los negros como mercancías. Por eso ambos fueron excluidos del proyecto nacional a lo largo del siglo XIX...¹⁰ (John T., comunicación personal, 20 de abril de 2016).

De igual forma, los estudiantes destacan la importancia que para Gómez Castro revestía el catolicismo como doctrina religiosa que, imbricada con las leyes de la naturaleza humana, posibilitaba la materialización y la consolidación del proyecto político en Colombia. De ahí que para los estudiantes no generara sorpresa las fuertes y profundas reacciones que el dirigente conservador expresó ante las reformas económicas y

9 Se hace referencia a las palabras de uno de los políticos liberales colombianos de comienzos de siglo XIX, discípulo de José Celestino Mutis en el proyecto de la denominada Expedición Botánica: “Para expandir nuestra agricultura habría que hispanizar a nuestros indios. Su ociosidad, estupidez e indiferencia hacia los esfuerzos humanos normales nos llevan a pensar que provienen de una raza degenerada que se deteriora a la distancia de su origen [...]. Sería muy conveniente que se extinguieran los indios, mezclándolos con los blancos, declarándolos libre de tributo y otorgándoles la propiedad privada de la tierra” (citado por Anderson, p. 32).

10 Huelga recordar que para la población aborígen hubo un reconocimiento hacia finales del siglo XIX, cuando se aprobó la Ley 89 de 1890 que, a pesar de su carácter racista y excluyente, posibilitó una herramienta legal que luego permitió a líderes como Manuel Quintín Lame o Julio Vitonás iniciar procesos reivindicativos, especialmente de carácter territorial. Para el caso de la población negra, fueron varias las leyes expedidas a lo largo del siglo XIX, todas enfocadas en buscar la manumisión y abolición de la esclavitud, pero desconociendo a la población afro en su condición de sujetos de derecho.

sociales promovidas por los Gobiernos liberales que ostentaron el poder desde el 7 de agosto de 1930.

Por ejemplo, en el texto sobre el 50^a aniversario de la Constitución de 1886 resulta claro que la defensa del texto se hace sobre la base de atacar las reformas de los gobiernos liberales. Lo complicado es que la crítica presenta las reformas como expresiones de retroceso, barbarie, incivilización y, más graves aún, avance del espectro comunista...¹¹ (Juan A., comunicación personal, 20 de abril de 2016).

Las críticas de Laureano Gómez son la defensa de un proyecto de nación donde la religión católica cumple un papel vital... que la Iglesia perdiera su poder frente a los avances de una sociedad más laica debió constituir una verdadera amenaza para la hegemonía conservadora que prevaleció durante el despunte del siglo xx¹² (Andrea C., comunicación personal, 20 de abril de 2016).

A medida que el ejercicio fue avanzando, invitando a revisar con detalle aspectos históricos concretos de la vida nacional para una mayor comprensión de las lecturas de Gómez Castro, con los estudiantes se fue evidenciando que la férrea carga ideológica se complementaba

11 En uno de los apartes del discurso sobre la Constitución de 1886, Gómez alude implícitamente a las implicaciones que tendría la Ley 200 de 1936 respecto al tema territorial. Al respecto, el texto reza: “Muy al contrario, la llamada reforma consiste en borrar de la Carta las protecciones allí establecidas a ciertos principios esenciales para la civilización, la paz de las conciencias y la cultura civil que había dignificado la historia colombiana. Se entrega la vida del país a la zozobra de los asaltos legislativos; se destruye la supremacía de la Constitución que es la primera acaso de las presas del régimen democrático; porque si en el aspecto religioso y moral todos los atentados van a ser posibles y todas las inequidades e injusticias encuentran allanadas la vía, en el terreno económico y civil se ha dado terrible y mortal golpe al principio básico de la civilización occidental: el de la propiedad...” (2013, p. 176).

12 Son varios los textos de Gómez Castro sobre el particular. El más significativo, a nuestro modo de ver, fue una carta enviada al entonces representante a la Cámara Alfonso Uribe Misas, quien lideró la impugnación de la reforma que, el 22 de abril de 1942, modificó el Concordato firmado por Colombia con el Vaticano desde 1887. La carta fue publicada por el periódico *El Siglo* el 16 de octubre de 1942, con el título “La defensa de la fe”.

con una apología a la violencia, con el argumento de no obedecer y resistir civilmente frente a aquellas reformas que atentaran contra las leyes naturales o divinas (Gómez, 2013, p. 236).

La guerra civil no declarada

El historiador James D. Henderson (1985, p. 121) señala que la posición asumida por Laureano Gómez Castro frente a las reformas de los Gobiernos liberales derivó en discursos que literalmente invitaron a la población de la época para que hiciera una “resistencia civil” que tornara “invivible la república”. Tras cuatro décadas de hegemonía conservadora, las reformas en materia educativa, económica, religiosa y social —materializadas, a manera de ejemplo, en normas como la Ley 83 de 1931, que reconoció la legalidad del sindicalismo; la Ley 200 de 1936 sobre el régimen de la tierra; la reforma constitucional de 1936 que buscó modernizar el Estado; la reforma educativa de 1935 que pretendió, entre otras, que la educación básica y media tuvieran un enfoque laico— se constituyeron en blanco de fuertes diatribas por parte de Laureano Gómez, quien se atribuyó el papel de salvador de la civilización colombiana (Henderson, 1985b). A esa imagen de adalid de los “valores civilizatorios” de la idiosincrasia colombiana amenazada por la avanzada liberal-comunista¹³, se yuxtapone la del promotor de la violencia partidista de mediados de siglo xx, a tal punto que popularmente fuera conocido con el mote del *Monstruo* (Arrubla, 1995, p. 184).

Las lecturas y valoraciones que los estudiantes universitarios hacen hoy de los discursos pronunciados en su momento por Laureano Gómez Castro ofrecen elementos muy interesantes, tanto en la interpretación

13 El asunto fue representado por Laureano Gómez Castro en la figura del basilisco. La cita *in extenso*: “En Colombia se habla todavía del Partido Liberal para designar una masa amorfa, informe y contradictoria... El basilisco era un monstruo que reproducía la cabeza de una especie de animal, de otra la cara, de una distinta los brazos y los pies de otra cosa deforme, para formar un ser amedrentador y terrible del cual se decía mataba con la mirada. Nuestro basilisco camina con pies de confusión y de ingenuidad, con piernas de atropello y de violencia, con un inmenso estómago oligárquico; con pecho de ira, con brazos masónicos y con una pequeña, diminuta cabeza comunista, pero que es la cabeza...” (2013, p. 313).

de los textos como documentos históricos, como en los ecos que sus palabras tienen en las coyunturas políticas y sociales que experimenta el país en la segunda década del siglo *xxi*.

En ese contexto, un primer aspecto que destacan los estudiantes en sus múltiples interpretaciones está en la construcción/representación política que Gómez Castro hace del liberalismo, al cual se añadiría el comunismo.

Liberales y comunistas son asumidos como una amenaza a un proyecto civilizatorio que alcanzó con la Constitución de 1886 su esplendor. Para Gómez es claro que los años de paz vividos durante las primeras décadas del siglo *xx* son el resultado de ese texto constitucional que lograron armonizar política, familia y religión... cuando llegan los gobiernos liberales con sus reformas, esos valores sociales, políticos y religiosos quedan amenazados y se construye a ese “otro” como el enemigo... no sé si había algún tipo de contacto o influencia, pero esa mirada coincide con el macartismo norteamericano... (María D., comunicación personal, 10 de mayo de 2016).

Un país polarizado, esa es la lectura que hago cuando trato de entender, desde Laureano Gómez, un momento histórico en donde la gente se mataba por un color como representación de una ideología... El otro frente a los nosotros (Esperanza L., comunicación personal, 10 de mayo de 2016).

Un segundo aspecto que centra la atención de los estudiantes está en el uso del lenguaje, recalando una erudición que, no obstante, no disimula la carga simbólica de violencia o la incitación a ella.

En el discurso sobre el espectro del comunismo el llamado es claro: los conservadores deben prepararse para la lucha, una lucha que es mortal... (Alberto R., comunicación personal, 26 de julio de 2016).

El problema está cuando alguien se asume como dueño de la verdad, que es lo que ocurre con Laureano Gómez, todo su discurso se ampara bajo los parámetros de la ley divina y de la ley natural (Teresa H., comunicación personal, 21 de julio de 2016).

Los documentos de Laureano Gómez leídos destilan violencia, violencia simbólica en términos del sociólogo P. Bourdieu, por la descalificación constante que el “otro” merece por algún tipo de condición, sea esta racial o étnica, como se evidenció en las primeras lecturas, o políticas en relación con el Partido Liberal y el Partido Comunista (Leonardo R., comunicación personal, 10 de septiembre de 2016).

En su estudio sobre la modernización en Colombia, James D. Henderson recuerda el enfrentamiento entre los dirigentes Laureano Gómez y Alberto Lleras Camargo. En un discurso pronunciado el 15 de septiembre de 1940 en el Senado, Gómez sostuvo que en la defensa de los principios del Partido Conservador sus miembros llegarían a la *acción intrépida y el atentado personal*. En respuesta, dos días después Lleras Camargo denunció que las palabras de Gómez Castro eran las del extorsionista convertido en amo, que amenaza con una guerra civil frente a cualquier reforma que molestara a los conservadores. Gómez se arropó en el argumento teológico y en aclarar que los liberales lo habían malinterpretado respecto a la mención del *atentado personal*, pues no era una invitación al asesinato, pero sí una defensa personal o defensa colectiva.

La palabra, en el sentido más amplio, fue para Laureano Gómez Castro su principal herramienta y arma para defender su ideario y sus convicciones. Las palabras fueron protagonistas en la guerra no declarada que desangró al país a mediados del siglo pasado. Recuperarlas para tratar de comprender sus sentidos resulta esencial, pues aún tienen una resonancia en la mentalidad y postura de cierto sector de la élite colombiana que, como en los tiempos de Laureano Gómez, rechaza cualquier iniciativa de reconocimiento a la diferencia invocando la defensa de la familia, las leyes divinas y de la naturaleza. Acercar a los estudiantes universitarios a estas discusiones teniendo como soporte documentos del pasado resulta un ejercicio valioso, que contribuye a combatir una amnesia histórica cuya principal responsable es la formación educativa impartida en escuelas y colegios.

Voces del pasado que retumban en el presente

El 7 de agosto de 1950, Laureano Eleuterio Gómez Castro pronunció un largo discurso de posesión como el presidente 43 de la república de Colombia, ante los magistrados de la Corte Suprema de Justicia. Tras manejar los hilos del concierto político nacional por más de tres décadas como el líder más influyente del Partido Conservador, su ascenso a la primera magistratura del país —garantizada por la renuncia del candidato liberal Darío Echandía, ante la falta de garantías en la seguridad para el partido y para su persona— representaba una oportunidad excepcional para impulsar reformas profundas y sustanciales, plasmadas en el proyecto de reforma constitucional de 1951, con el fin de enderezar el rumbo civilizatorio que la nación perdió, según Gómez Castro, cuando los Gobiernos liberales de Enrique Olaya Herrera y Alfonso López Pumarejo, especialmente, promovieron una serie de cambios estructurales en materia social y económica. El discurso de posesión sintetiza, entonces, las posturas de un hombre que luchó sin tregua por la defensa de las leyes divinas y de la naturaleza, ambas enmarcadas en los “eternos principios de la ley moral, substancial con la naturaleza humana” (Gómez, 2013, p. 11). Por lo mismo, el discurso registra una estructura que definió la postura del nuevo presidente en torno a temas esenciales de su ideario político:

- La gloria jurídica de la república, imbricada con el “concepto cristiano de la vida del hombre y la sociedad civil”.
- La eficacia de la ley para tener “fundamentos sólidos no susceptibles de esfumarse entre la balumba de preceptos e interpretaciones”.

- La justificación de su papel histórico como un mandatario que tiene la tarea de “remediar” las fallas de la república, expresadas en el atraso civil y económico, así como en la politiquería como enfermedad de la esfera pública.
- La defensa de la “verdad” como elemento sustancial para garantizar la libertad.
- La dignidad de la persona humana para el ejercicio de una ciudadanía en la que debe primar la virtud de los hombres de bien.
- El restablecimiento del respeto inviolable de la vida humana frente a la violencia homicida, entendiendo que no se pueden sustituir las obligaciones morales ni olvidarse de “la justicia y la buena fe prescritas en las leyes eternas”.
- La pulcritud administrativa para contener el corruptor régimen de las comisiones ocultas.
- El trascendental papel de la Iglesia para limpiar de la mente popular “las punzadoras malezas del materialismo histórico que degradan la persona humana”, así como en el pasado ayudaron a “erradicar el salvajismo entre los pueblos aborígenes” y lideraron el proceso educativo de la república a través de colegios y universidades.
- Como parte esencial de ese proyecto de “limpieza y eficacia”, el papel de la mujer como sostén de la institución familiar, sin que ello implique un ejercicio de ciudadanía porque “la mujer es la voz de la conciencia masculina”.
- La escuela y la universidad donde los jóvenes —varones, claro está— encontrarán los lugares idóneos para formar “hombres y ciudadanos, y no visionarios y sofistas”.

Los textos de Laureano Gómez Castro podrían considerarse como un acervo histórico valioso para acceder al pasado reciente del país, pero a pesar de que la mayoría de sus discursos fueron escritos, pronunciados o publicados hace más de sesenta años, sus palabras y sus

posturas doctrinarias aún tienen vigencia en las discusiones políticas contemporáneas por cuanto resuenan y trascienden en la voz de los líderes y dirigentes que ostentan el poder. En consecuencia, el objetivo del capítulo está en analizar los ecos que el ideario laureanista tiene en los postulados de uno de los dirigentes más influyentes y representativos de la política nacional en el despuntar del siglo xxi: Álvaro Uribe Vélez¹. El análisis tendrá como base conceptual y metodológica las categorías desarrolladas por el semiólogo argentino Eliseo Verón respecto al *discurso político*.

Caracterización del discurso político

En mayo de 2016, pocos meses antes de que el gobierno de Juan Manuel Santos y las Farc-EP sellaran el acuerdo de paz², el expresidente y senador Álvaro Uribe Vélez ofreció una entrevista radial al programa que dirige el periodista Julio Sánchez Cristo. El tema e interés de los periodistas de la mesa de trabajo estaba en ahondar con el líder

-
- 1 Político colombiano que ocupó la presidencia durante dos periodos, 2002 a 2006 y 2006 a 2010. Senador de la república entre 1986 y 1994, cuando impulsó la reforma a la seguridad social a través de la Ley 100 de 1993. Como gobernador del departamento de Antioquia (1994 a 1998) comenzó a perfilar la denominada “política de seguridad democrática”, apelando a controvertidas iniciativas como las cooperativas de seguridad privada (Convivir), muchas de ellas convertidas posteriormente en grupos paramilitares. Regresó a la dinámica parlamentaria en 2014 en calidad de senador, asumiendo la vocería de la oposición al proceso de negociación entre las Farc-EP y el gobierno de Juan Manuel Santos.
 - 2 El proceso de negociación entre el gobierno de Juan Manuel Santos y la insurgencia de las Farc-EP se remonta a 2011, cuando delegados de ambas partes iniciaron conversaciones secretas en La Habana, Cuba. En Colombia la noticia se filtró el 12 de agosto de 2012 y fue confirmada por el presidente Santos el 4 de septiembre de ese mismo año, mediante una alocución. La negociación se centró en seis puntos: 1) desarrollo agrario integral; 2) participación política; 3) fin del conflicto; 4) solución al problema de las drogas ilícitas; 5) reparación a las víctimas, y 6) mecanismos de refrendación de lo acordado. Desde que se conoció la noticia, Álvaro Uribe Vélez se convirtió en uno de los más enconados contradictores y opositores de la negociación.

político la posición de su partido, el Centro Democrático, respecto a rechazar lo que en ese momento se discutía y se acordaba en la mesa de negociación de La Habana, planteando, como mecanismo, hacer oposición al proceso de negociación a través de una “resistencia civil”. La entrevista insistió y buscó que el expresidente explicara con claridad a qué se refería cuando invocaba la “resistencia civil” como ejercicio de rechazo y oposición al proceso de La Habana. Aunque la mayoría de las respuestas dadas por Uribe Vélez fueron vagas e imprecisas, eludiendo ofrecer una explicación diáfana respecto a qué entendía por “resistencia civil”, las incisivas preguntas de los periodistas permitieron colegir dos aspectos sustanciales, por una parte, frente a la pregunta de si él asumiría alguna responsabilidad en caso de que el llamado a la “resistencia civil” derivara en expresiones o manifestaciones de violencia, sostuvo:

... la verdad es que la pregunta no tiene razón de ser... usted no tiene de qué preocuparse por ese tema, porque lo nuestro no se ha salido de los cauces de la Constitución... yo lo que no quisiera es ser responsable de la entrega del país a las Farc...

Por otra, indicó las fuentes que inspiraban su propuesta: santo Tomás y Laureano Gómez Castro:

... desde hace varios siglos, santo Tomás propuso la resistencia civil. En Colombia, hay unos escritos bien importantes de Laureano Gómez sobre la resistencia civil pacífica. El liberalismo la propuso para no participar en las elecciones de 1950...

Como lo sugiere el escritor y periodista Antonio Caballero en sus columnas dominicales publicadas por la revista *Semana*³, las posturas de Álvaro Uribe Vélez parecieran replicar las asumidas sesenta años atrás por Laureano Gómez, tanto en lo que atañe a la “resistencia

3 Se destacan “El fantasma del comunismo”, publicada en la edición del 12 de marzo de 2016 y “Hacer invivible la república”, publicada en la edición del 14 de mayo de 2016.

civil” para oponerse a lo acordado en La Habana, como a la propuesta de hacer un gran “pacto nacional” que posibilite salvar los acuerdos con el grupo insurgente tras los resultados del plebiscito del 2 de octubre de 2016. Señala Caballero (2016):

El expresidente Uribe lo resume: que si se hace un “pacto nacional por la paz” entonces él “se compromete a ayudar en la implementación en el Congreso”. Qué generoso: ofrece no oponerse a la implementación de lo que él mismo anuncia que va a firmar, insinuando que si quisiera podría oponerse para lograr más gabelas. (Lo mismo hacía hace 60 años el entonces expresidente Laureano Gómez cuando firmó los acuerdos de paridad conservadora-liberal del Frente Nacional para después oponerse a ellos, como chantaje que le sirvió para conseguir además la alternación presidencial entre los dos partidos. Primero copió lo de “hacer invivible la república” con su “resistencia civil”; y ahora esto. No hay duda de que Uribe está leyendo una biografía de Laureano. ¿Tal vez la clásica *Psicoanálisis de un resentido* del profesor Socarrás?). Porque no es un pacto lo que propone, sino una capitulación. Sus propuestas patrióticas —y deliberadamente inaceptables— las cierra con su quejumbroso tono de mártir: “Todos queremos la paz. Lo que nos preocupa es la necesidad de introducir reformas a los textos de La Habana”. Unas reformas que impliquen la rendición sin condiciones. No solo de las Farc: que entreguen sus armas y sus dineros y vayan mansamente a la cárcel y renuncien a la vida política. Sino también una rendición del presidente Santos y el abandono de sus políticas de restitución de tierras y de ayuda a las víctimas del despojo paramilitar; y una entrega de los negociadores de La Habana y de los que votamos Sí en el plebiscito por los acuerdos de paz.

Las resonancias, no obstante, van más allá de invocar a la “resistencia civil” como instrumento de oposición frente a los acuerdos de La Habana. Bien sea por convicción o por instrumentalización del discurso, Álvaro Uribe Vélez abreva de la voz y del ideario del emblemático líder conservador para cuestionar/discutir temáticas sensibles que en la segunda década del siglo xxi buscan superar por

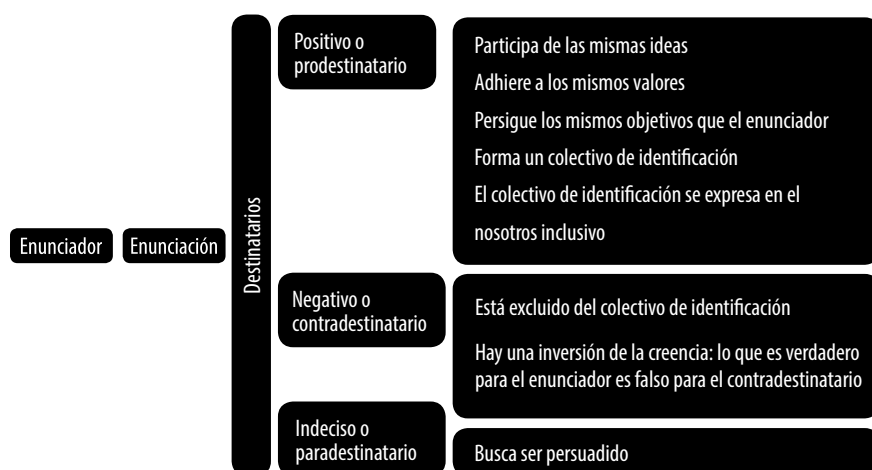
la vía negociada una confrontación política, social y armada con los grupos insurgentes, entendiendo que Uribe Vélez ha negado la existencia de la guerra, reduciendo a los alzados en armas a simples narcoterroristas. De igual modo, las posturas del expresidente interpelan temáticas y discusiones sensibles en la Colombia contemporánea, tendentes a reconocer expresiones ciudadanas e identitarias que emergen en contextos políticos y sociales caracterizados por un intenso debate en torno a la alteridad, el multiculturalismo y la interculturalidad. En consecuencia, cabe preguntar: ¿cuáles son las resonancias de las ideas laureanistas que aún resuenan en las posturas políticas del expresidente y senador?

Para comprender esas resonancias y ecos es necesario hacer un ejercicio analítico que posibilite, primero, desentrañar las estrategias discursivas empleadas por dos hombres públicos que, a pesar del distanciamiento temporal, configuran un mismo campo discursivo —enmarcado dentro de lo que se denomina como *político*—; segundo, identificar en las estrategias discursivas las intertextualidades que, en un plano inevitablemente diacrónico, subyacen a los dos procesos enunciativos; tercero, identificar las modificaciones que en las estrategias discursivas devienen a partir de los soportes significantes.

El análisis tiene como base conceptual y metodológica los desarrollos alcanzados por el semiólogo argentino Eliseo Verón en torno a la enunciación política (1987), quien caracteriza el campo discursivo de lo político como un enfrentamiento entre enunciadores. Para una mayor comprensión del ejercicio, cabe recordar que, en los estudios que atañen al análisis crítico del discurso, hablar de *enunciación* o *enunciador* como categorías implica hacer referencia a objetos abstractos cuyos “anclajes” posibilitan que en las *operaciones discursivas* se construya la referencia o imagen de lo que se habla o de quien se habla (Ducrot, 1984; Kerbrat-Orecchioni, 1986; Maingueneau, 2009). La precisión es pertinente porque, como lo señala Verón, para el caso del campo discursivo político se configura una hipótesis que no tendría aplicación a otro tipo de campos (verbigracia, informativo, publicitario, jurídico, etcétera). Dado que el acto de enunciación política está destinado

o dirigido a un adversario⁴, toda enunciación envuelve una réplica o anticipa una en relación con un contrincante, real o posible, que es un destinatario *positivo*, *negativo* o *indeciso*. En ese contexto, el acto de enunciación política tendría un primer nivel de análisis, enfocado a quien se dirige (Verón, 1987, p. 17). Con el propósito de ofrecer una mejor ilustración, se presentarán tres esquemas que sintetizan los conceptos y argumentos de Verón sobre el particular:

Figura 1. Enunciación política



Fuente: Verón, 1987

Un segundo nivel de análisis está en el enunciado, a través de dos tipos de funcionamiento. El primero está en las entidades, las cuales configuran las *leyes de composición* del enunciado, propiciando juegos discursivos que varían de acuerdo con la construcción del destinatario por parte del enunciador. Nuevamente, los esquemas resultan útiles para ilustrar las categorías analíticas que propone Verón (p. 18).

4 Al respecto, se indica: “Es evidente que el campo discursivo de lo político implica un enfrentamiento, relación con un enemigo, lucha entre enunciadores. Se ha hablado, en este sentido, de la dimensión polémica del discurso político. La enunciación política parece inseparable de la construcción de un adversario” (Verón, 1987, p. 16).

Figura 2. Entidades del enunciador

Entidades del enunciador	Colectivo de identificación: También aparece en la enunciación y se lo designa de manera explícita en el discurso a través de la marcación “nosotros”. Es enumerable y permite su fragmentación y su cuantificación. Ejemplo: “... nosotros queremos la paz, pero los señores del gobierno y de las Farc piensan que...”.
	Posición de recepción: Corresponde a entidades más amplias que los colectivos de identificación y que el enunciador político coloca habitualmente en oposición de recepción. También son enumerables: Ejemplo: colombianos, ciudadanos, compañeros, compatriotas.
	Metacolectivas singulares: Son más abarcadores que los colectivos propiamente políticos; por lo mismo no son cuantificables ni se fragmentan. Ejemplo: el país, la patria, el mundo, el pueblo.
	Formas nominalizadas: Poseen un valor metafórico o de sustitución respecto del conjunto de la doctrina de un enunciador o una posición política, adquiriendo valores positivos o negativos. Son frases que identifican una postura política. Ejemplo: “No + diálogos con los asesinos”, eslogan de la campaña del No en el plebiscito del 2 de octubre.
	Formas nominales: A diferencia de la categoría anterior, estas poseen un poder explicativo, son operadores de interpretación. Ejemplo: la crisis, el terrorismo, los narcoterroristas.

Fuente: Verón, 1987

El segundo nivel está en los *componentes*, entendido como modalidades que articulan el enunciado con la enunciación. A través de estos el enunciador construye su red de relaciones con las entidades del imaginario, es decir, los distintos tipos de destinatario (Verón, p. 19).

Figura 3. Componentes del enunciador

Componentes del enunciado
Descriptivo: Es aquel en que el enunciador político ejercita la constatación (balance de una situación). Predominan los verbos en presente del indicativo. Comporta a la vez una lectura del pasado y una lectura de la situación actual. Corresponde a la modalidad del saber.
Didáctico: En este componente el enunciador político no evalúa una situación, sino enuncia un principio general, formula una verdad universal. Las marcas de la subjetividad son menos frecuentes. Los principios se enuncian en el plano intemporal de la verdad. Corresponde a la modalidad del saber.
Prescriptivo: Entreteje el orden del deber y el orden de la necesidad deontológica. Dicha necesidad aparece, naturalmente, como de carácter impersonal, como un imperativo universal o al menos universalizable.
Programática: Manifiesta el peso de los fantasmas del futuro, es el componente donde el enunciador político promete, anuncia y se compromete. Predominan las formas verbales infinitivos y en tiempo futuro.

Fuente: Verón, 1987

Ecos y resonancias

A partir de los tres esquemas que ilustran las categorías propuestas por Eliseo Verón respecto al discurso en el campo político, el objetivo del apartado está en analizar las intertextualidades que, a manera de ecos y resonancias, hay entre las ideas planteadas por Laureano Gómez Castro y Álvaro Uribe Vélez a través de enunciaciones trascendentales en su momento para el país. En lo que atañe a Laureano Gómez, se escogió “El basilisco”, discurso pronunciado el 25 de junio de 1949 en la plaza Berrío de Medellín, cuando retornó de su exilio en España tras los acontecimientos del 9 de abril de 1948. Respecto a Álvaro Uribe Vélez, se escogió la entrevista concedida al periódico *El Mundo* de Medellín el 6 de noviembre de 2016, después del plebiscito que convocó a los colombianos para ratificar o rechazar lo acordado en La Habana. Para ilustrar, el ejercicio de contrastación destaca tres resonancias puntuales: 1) la construcción del adversario político, 2) el carácter mesiánico y 3) la resistencia civil.

El retorno del basilisco

Una primera resonancia está en la construcción del adversario político que los dos estadistas fijan como *contradestinatario* de la enunciación. Para el caso de Laureano Gómez Castro son varios los discursos —pronunciados entre los años treinta y cuarenta— que dedicó a señalar al Partido Liberal como *entidad nominal* para explicar su responsabilidad en la crisis social, política y económica que experimentaba el país; crisis que, según Gómez, además de corroer los cimientos morales e institucionales plasmados en el proyecto constitucional de 1886 (2013, p. 178), devenía de las reformas implementadas por los gobiernos de Enrique Olaya Herrera, Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos. Pero es en el discurso “El basilisco” en el que Gómez Castro logra sintetizar, década a década, lo que él consideró fue el ascenso y esplendor que vivió Colombia en el despuntar del siglo xx con la política de la hegemonía conservadora y su posterior debacle con las reformas económicas y sociales promovidas por los mencionados Gobiernos liberales; de igual modo, en “El basilisco” Gómez Castro construye la

metáfora de la amenaza que, según él, representaban liberales, masones y comunistas (se amplía el abanico de entidades nominales) con la monstruosa figura mitológica, la cual, no se duda desde la enunciación, llevaría al país a un caos mayor.

En la contemplación de panorama político se encuentra el país absolutamente dividido en dos bloques: de un lado se halla el Partido Conservador... El Partido Conservador colombiano tiene un programa y una doctrina. Defiende unos principios a los que considera vinculados al bien común y el bienestar de todos los ciudadanos... Bajo la doctrina conservadora, de una frontera hasta otra, del mar caribe hasta las montañas de los Andes meridionales, todo colombiano sabe por qué es colombiano; profesa idénticas ideas, sirve los mismos principios, tiene iguales anhelos, está consagrado a una altísima labor intachable que cubre todos los aspectos de la vida social... Lo que se denomina Partido Liberal realmente no tiene de liberal sino el nombre que ha caído en desuso sobre el universo de la tierra... el Partido Liberal, que nació en el siglo XVIII y llenó el siglo pasado, terminó en el mundo su misión que se apoyaba sobre el emblema de la Revolución francesa... (Gómez, 2013, pp. 312-313).

La figura del basilisco como representación de amenaza y caos para el proyecto nacional, se resemantiza al despuntar del siglo XXI a través de la emergencia de la palabra *castrochavismo*, como entidad nominal que expresa la amenaza que representan todos aquellos contradictores de las tesis que defiende el expresidente Uribe: desde las Farc-EP y el ELN como grupos insurgentes que buscan a través de la negociación un reinserción a la vida civil; pasando por una serie de organizaciones, comunidades o grupos de carácter civil que con el discurso de los derechos humanos promueven diversas iniciativas reivindicatorias; hasta el propio gobierno de Juan Manuel Santos que, en palabras de Uribe Vélez, somete la democracia en nombre de la paz. El *castrochavismo* se complementa con otras entidades nominales, siendo las más empleadas por Uribe Vélez la del terrorismo, para referenciar las acciones de

guerra de las Farc-EP y del ELN, así como la de narcoterrorismo, al catalogar a las Farc-EP como el principal cartel de cocaína del planeta.

Las Farc empezaron como una guerrilla marxista-leninista y han acabado en el narcotráfico. Hoy son el mayor cártel de cocaína del mundo. Fueron protegidas por Chávez en Venezuela. Y ahora, con el acuerdo firmado con el señor Santos, pretenden imponer ese mismo modelo marxista-leninista en Colombia. Es decir, convertir Colombia en una segunda Venezuela... En Europa piensan que Colombia ha pasado de la guerra de Uribe a la paz de Santos. Eso es falso. Durante mi mandato, Colombia ganó inmensamente en seguridad. Si quiere, en paz. No buscamos la aniquilación de los grupos guerrilleros, sino su desarticulación. El acuerdo de Santos con las Farc, en cambio, genera impunidad, fortalece un modelo marxista-leninista y no combate el narcotráfico. Llamaron paz a la democracia sometida (*El Mundo*, 2016) (Resaltado fuera de texto, distingue las marcas discursivas).

Salvadores del caos político y moral

Una segunda resonancia está en el carácter mesiánico que ambos personajes construyen en la enunciación, con el fin de justificar sus respectivas intervenciones para enfrentar las amenazas que representan el basilisco y el castrochavismo, respectivamente. La enunciación esgrime los “intachables” valores políticos y morales que caracterizan al hombre conservador, para argumentar que tanto él como el Partido tienen un papel histórico: reconstruir y salvaguardar el proyecto civilizatorio del país. En consecuencia, el discurso, pronunciado en plaza pública, busca explicar los motivos del retorno tras el periodo de exilio en España, estableciendo con claridad un adversario o *contradestinario*: el Partido Liberal, los masones y los comunistas, representados como un gran monstruo que, además de constituir una amenaza, es el responsable de la violencia desatada en las zonas rurales. En ese contexto, cabe destacar dos aspectos:

1. La configuración del contradestinataro está sobre la base de construir un colectivo de identificación integrado por los miembros del Partido Conservador, cuya presencia en la plaza pública también conforma un cuerpo significativo que ofrece respaldo al líder; por lo mismo, los asistentes se constituyen en un enunciador colectivo que también asumen la responsabilidad de la enunciación. Dado que el discurso es transcrito y publicado al día siguiente en el editorial del periódico *El Siglo*, el colectivo de identificación se amplía e incluye a los lectores del diario capitalino. Al respecto, el inicio del discurso resulta muy ilustrativo, además de las marcas discursivas de primera persona del singular (“yo”), que buscan demostrar el compromiso que tiene el enunciador con el Partido, el país y el momento histórico. Asimismo, contiene menciones colectivas con marcas discursivas de primera persona del plural (“nosotros”) que apelan a una experiencia de violencia vivida por él y por otros en un pasado reciente que no se debería repetir:

Aquí estoy otra vez en medio de vosotros para responder presente en la realidad de la vida como *he* estado siempre en la comunión de los espíritus y en el sentimiento... Es tan poderoso el impulso que *me* atrajo que, al ver realizado *mi* propósito, *me* exalto de alegría, porque es un don de la suerte poder iluminar la existencia con la luz que sale de esas pupilas como las vuestras, encendidas por un ideal purísimo y poderse mezclar al ardor y al fuego... Los hombres de *mi* edad *tienen* un testimonio valiosísimo que dar a las nuevas generaciones actuales. En la infancia *alcanzamos* a percibir el odio extremo de la última lucha civil que regó los campos de la república de desolación y muerte... Y ese es el testimonio que *tenemos* los hombres de *mi* edad... (Gómez, 2013, pp. 310) (Resaltado fuera de texto, distingue las marcas discursivas).

2. Al definir a los liberales, masones y comunistas como amenaza y responsables de la violencia, el enunciador buscó minimizar la responsabilidad que dirigentes y militantes del Partido Conservador tuvieron en las masacres perpetradas en las zonas

rurales. Por ello el discurso presenta un *componente descriptivo* que registra un balance de la transformación que experimenta el país, década a década, en una enunciación que si bien rechaza la violencia como forma de acción política, al mismo tiempo invita a los miembros del Partido a enfrentar a ese basilisco. La invitación trasciende al colectivo de identificación y se dirige a un paradesinatario a quien intenta convencer para que se una a la cruzada contra el monstruo.

Para *mí*, personalmente, fue un desencanto, fue una desilusión máxima, ver que ese respeto por la vida humana, que en toda *mi* juventud había visto como esencial para la gloria y para el porvenir y la firmeza de nuestras instituciones, se perdía, se desataba y empezaba lo que tanto *hemos* lamentado: la matanza como forma de acción política... Ahora bien: para los *colombianos* todos, pero muy particularmente para los conservadores, la vida sin libertad no vale la pena ser vivida... (Gómez, 2013, pp. 312)
(Resaltado fuera de texto, distingue las marcas discursivas).

En lo que atañe a Álvaro Uribe Vélez, es frecuente que sus discursos y pronunciamientos apelen al mesianismo para justificar sus posturas y su presencia en la vida pública, entendiendo que lo usual es que los expresidentes se distancien de los debates políticos tras cumplir su periodo de mandato. No ha ocurrido así con Uribe Vélez, quien interviene, según sus palabras, en “defensa de la democracia colombiana”. Los enunciados mesiánicos tienen como base la defensa de la política de seguridad democrática, implementada por el propio Uribe Vélez durante sus dos periodos presidenciales (2002 a 2010). Lo curioso es que la revisión documental permite colegir que la seguridad democrática no tiene un sustento ni conceptual, ni ideológico ni político⁵, aunque Uribe Vélez insista en concebirlo como

5 Además de los documentos gubernamentales, se destaca el libro *No hay causa perdida* (2010) donde el expresidente registra las justificaciones de sus políticas como mandatario, sustentadas en tres pilares: seguridad democrática, confianza inversionista y cohesión social.

un “valor democrático” en sí mismo. La seguridad democrática —que se distancia, según el expresidente, de la doctrina de la seguridad nacional en la medida en que es respetuosa de la Constitución, las leyes y los derechos humanos— es el estandarte para contrarrestar a un grupo insurgente calificado como “terrorista”, que, además, se convirtió en el “cartel de droga más grande del mundo”. Bajo esas entidades nominales (terroristas y narcotraficantes) Uribe Vélez yuxtapone los dos grandes monstruos contemporáneos que las sociedades democráticas temen y combaten en la actualidad.

Teniendo como base la entrevista concedida al periódico *El Mundo*, revisemos los argumentos del expresidente, los cuales se reiteran en todos sus pronunciamientos públicos e indistintamente del soporte material de la enunciación.

Ya habíamos dicho que las respuestas ofrecidas por Uribe Vélez construyen como contradestinatario al grupo insurgente y al Gobierno de Juan Manuel Santos, pero la enunciación también se dirige a un paradestinatario a quien se intenta convencer de: 1) lo errado que ha sido dialogar con el grupo insurgente; 2) dado que hay un acuerdo que pone fin al conflicto, que no fue refrendado a través del plebiscito por un sector de colombianos cuantificable y que integran un colectivo de identificación, este tiene que modificarse, y 3) su presencia debe garantizar que el acuerdo de La Habana no somete la democracia colombiana al castrochavismo. Veamos un ejemplo, destacando que nuevamente las marcas de la primera persona, tanto del singular como del plural, resultan relevantes para determinar la construcción del destinatario:

En *mi* etapa como presidente, yo *hablé* siempre de una política de seguridad con valores democráticos. Me preguntaban: “¿Y la paz?”. Y yo decía: “La seguridad es el camino a la paz...”. Yo no puedo aceptar que el Gobierno y el cártel de cocaína más grande del mundo *reformen* juntos la Constitución colombiana. En muchos apartados, incluso la *sustituyen*... Asumamos que las Farc abandonan incluso el narcotráfico. Concedamos el beneficio de la duda a sus 5650 guerrilleros y a los demás grupos criminales. Imaginemos, ahora, que estas Farc post-terroristas entran en política. Los colombianos tendríamos un grave reto por delante:

combatir el modelo marxista-leninista que los textos de La Habana prescriben para Colombia bajo el insólito amparo de un Gobierno democrático. (El Mundo, 2016) (Resaltado fuera de texto, distíngue las marcas discursivas).

Resistir para...

Construido el contradestinatario y justificada la acción política de intervención para salvaguardar la civilización (Gómez Castro) y la democracia (Uribe Vélez), una tercera resonancia está en esa resistencia civil como instrumento para defender los ingentes valores civilizatorios y democráticos, respectivamente. Imbricadas con las posturas mesiánicas, las enunciaciones en ambos casos van revestidas de una “verdad incuestionable” que adquieren valor por sí mismas. En el caso de Gómez Castro esa “verdad” lleva a una exaltación que invita a los integrantes del Partido Conservador a combatir ese basilisco, esgrimiendo los valores de la justicia, la libertad y la moralidad, con la consecuencia de una “guerra no declarada” que trascendió en los estudios históricos como la Violencia:

Quando llega uno a estar impregnado de la razón y la justicia de su causa, cuando no tiene un minuto de vacilación porque la verdad lo acompaña, cuando lleva una bandera impoluta entre las manos, entonces, cuanto más fácil sea la lucha, con más alegría debe ser acometida, con más fervor, con mayor ánimo, porque ninguna cosa de valimiento, ninguna cosa grande y trascendental se hizo sin vencer primero arduos obstáculos. Si tenemos grandes dificultades eso nos está indicando que tenemos una gloriosa tarea por delante. La consigna, pues, es de firmeza implacable, firmeza por la justicia, firmeza por la moralidad, firmeza por la libertad. Donde estamos nos quedaremos y hemos de avanzar. Nadie cuente con que retrocederemos bajo ninguna circunstancia (Henderson, 1984, p. 25).

En el caso de Álvaro Uribe Vélez, las enunciaciones son más ambiguas por las estratégicas mutaciones que los discursos van teniendo de acuerdo con las discusiones/decisiones de coyuntura. Como se sostuvo al

comienzo del capítulo, antes del plebiscito el llamado se concentró en una resistencia civil como mecanismo de rechazo a los acuerdos iniciales concertados entre el Gobierno y el grupo insurgente; con el triunfo del “No” en el plebiscito, la enunciación cambia en la medida en que ya no pone el acento en la resistencia civil —el pueblo ya se pronunció en las urnas—, pero enfatiza, por un lado, en exigir la construcción de un nuevo acuerdo que contenga las peticiones formuladas por los grupos que lideraron la campaña del “No”, y por otro, mantener una actitud vigilante para que el nuevo acuerdo garantice que “la democracia no sea sometida”. Esa invitación a una vigilancia permanente incluye estar alerta a la resistencia en caso de que el Gobierno no acoja las recomendaciones de los líderes de la campaña del “No”:

El “No” fue un voto en defensa de la democracia. El “Sí” recogía un sentimiento de ilusión por la paz. Al final, influyó más la pedagogía de las razones del “No” que la campaña de sentimientos del “Sí”. En estos tiempos, la razón no suele triunfar sobre los sentimientos... Lo que hicimos fue explicar y desarrollar nuestros argumentos. Nuestras razones. Nuestras objeciones. Cuando empecé la campaña por el “No”, mucha gente me advertía: “Uribe, van a acabar definitivamente contigo; si gana el ‘Sí’, es el final de tu carrera política”. Y yo les decía: “Tengo 64 años, he vivido 128. He sobrevivido a 18 atentados. Tengo este pelo irreversiblemente blanco. Como dicen aquí, 'en esta América tropical: plátano maduro no vuelve a verde'. No se preocupen por mí”. Si hubiéramos actuado por cálculo, no habríamos emprendido esta campaña (El Mundo, 2016).

Ratificaciones, contradicciones y confusiones

El ejercicio de contrastación entre dos discursos para evidenciar algunas de las intertextualidades permite, *grosso modo*, colegir dos aspectos relevantes:

1. En su estudio sobre el origen y difusión del nacionalismo, B. Anderson dedica un capítulo a analizar la formación de los Estados nacionales americanos durante finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, al considerar que representan un asunto inusual respecto a los factores que posibilitaron los nacionalismos de los estados europeos. Por una parte, señala Anderson, la lengua no fue un elemento diferencial en relación con las metrópolis imperiales ni para el caso de Brasil, Estados Unidos o el resto de naciones que se emancipan de la Corona española. Por otra, para el caso de Centroamérica y Suramérica, los movimientos independentistas fueron liderados por una emergente “clase media” que no buscó llevar las “clases bajas” a la vida política y, por el contrario, siempre temió un levantamiento de las poblaciones indígenas y negras (2011, pp. 77-78). En otras palabras, esas emergentes “clases medias” como euroamericanos o criollos que fueron cimentando una conciencia política como grupo social, buscaron reivindicar a través de las movilizaciones su condición de igualdad frente al trato de una política imperial que siempre los redujo a españoles no peninsulares, legitimando su condición de inferioridad al nacer en un hemisferio salvaje, así como su incapacidad para asumir responsabilidades político-administrativas (p. 95). En los movimientos de insurrección, que derivaron en procesos de independencia, las “clases bajas” no estaban representadas. Por el contrario, como lo señala el propio Anderson, recordando las palabras de Pedro Fermín Vargas —liberal colombiano de principios del siglo XIX que participó activamente en el proceso expedicionario liderado por José Celestino Mutis—, la valoración frente a los indígenas siempre fue de “hispanizarlos” por considerarlos como parte de una raza degenerada, además de ociosos y estúpidos frente a los esfuerzos “humanos normales” (p. 32). La evidencia histórica también demuestra que, alcanzada la independencia de la Corona española, amplios sectores de las nacientes repúblicas se opusieron siquiera a discutir la abolición de la esclavitud y mucho menos a concebir al negro

como un sujeto de derecho que pudiera ejercer su condición de ciudadanía.

En consecuencia y aterrizando en el caso colombiano, no resulta arriesgado sostener que en la construcción del proyecto nacional la discriminación, la exclusión y la segregación a la diferencia —étnica, religiosa, política o sexual— sea una constante en el discurso y en la actuación de la dirigencia política. A pesar de las distancias temporales que separan a dos personalidades como Laureano Gómez Castro y Álvaro Uribe Vélez, las resonancias se suscitan como resultado de defender una serie de intereses imbricados con realidades estructurales e históricas que revelan datos como:

- De acuerdo con el coeficiente de Gini (donde 0 es total igualdad y 1 total desigualdad) Colombia registra 0.52 (Dane). El estudio de la Cepal para 2015, no obstante, señala que la cifra en realidad es de 0.55.
- El 1 % más rico de la población colombiana controla el 20.5 % de los ingresos que tiene el país.
- El 77 % de la tierra está en manos de 13 % de propietarios, pero el 3,6 % de estos tiene el 30 % del total de la tierra.
- El 18 % de los propietarios de tierra no tiene formalizados sus títulos. Además, la informalidad entre los pequeños productores supera el 40 %.
- El 80 % de los pequeños campesinos tiene menos de una unidad agrícola familiar (UAF), es decir, son microfundistas.
- El 68 % de los predios registrados en Catastro se clasifican en pequeña propiedad, pero esta solo cubre el 3,6 % de la superficie productiva.
- El 70 % de los alimentos que se producen en el país viene de pequeños campesinos.

2. Entendiendo que las resonancias y ecos se registran indistintamente de las distancias temporales, a lo que se suma el reconocimiento público por parte de Uribe Vélez respecto a indicar que Gómez Castro es una de sus fuentes de inspiración, las enunciaciones evidencian una marcada diferencia entre los dos personajes: Laureano Gómez Castro, adalid del Partido Conservador en un momento histórico en que las diferencias respecto al Partido Liberal eran marcadas, fue una especie de cruzado que lideró la defensa de aquellos valores políticos y sociales que consideró inamovibles para el sostenimiento de la civilización colombiana. Por su parte, el oportunismo e instrumentalización de Álvaro Uribe Vélez —cuya militancia se inscribe en un Partido Liberal que no guarda mayores diferencias respecto al Partido Conservador u otros movimientos emergidos en los últimos años en Colombia—, lo lleva a acoger los argumentos laureanistas en virtud de los beneficios momentáneos que pueda obtener en el cálculo político que subyace a sus enunciaciones/actuaciones.

Laureano Gómez: violencia y religiosidad

Antecedentes

Laureano Gómez fue el fruto legítimo de la reacción conservadora frente a una república liberal que no logró consolidar un modelo de democracia basado en la justicia, la libertad y el desarrollo económico. Antes que conservador, Laureano Gómez fue un católico batallador, heredero de los rasgos de la Iglesia combativa del siglo XIX, impulsada especialmente por Pío IX y luego por Pío X ya en el siglo XX, y no de la diplomacia mucho más eficaz de León XIII; una Iglesia misionera, cuya tradición se enlaza con las cruzadas y con la Inquisición. Es la Iglesia paulina que concibe la doctrina de la salvación del alma en virtud de un dios salvador, y la actividad apostólica como una misión para difundir “la verdad”. Ese espíritu misionero y apologético triunfó en la Iglesia y originó las cruzadas, la Inquisición y las misiones en América.

Ante las arremetidas reformistas o revolucionarias, la Iglesia católica ha reaccionado de una manera radical, y ha originado contrarreformas o contrarrevoluciones con un espíritu combativo y con la imposición de una autoridad que ha querido restituir el poder perdido. Así, frente a la Reforma protestante iniciada por Martín Lutero, la Iglesia opuso la Contrarreforma católica, en la que se destacan los papas Pío V y Pío VI, la fundación de la Compañía de Jesús, la reforma de la Orden de los Carmelitas, y el auge de la Inquisición en el siglo XVI, y emprendió acciones radicales como el Concilio de Trento y el combate a la herejía. Del mismo modo, frente al espíritu revolucionario y liberal del siglo XIX, se levanta un papa como Pío IX, que fue expulsado de Roma a raíz de la revolución de 1848, y regresó decidido a imponer la

autoridad pontificia y a restaurar la Iglesia. Su papado, el más largo de la historia (del 16 de junio de 1846 al 7 de febrero de 1878, 31 años y medio) se caracterizó por una arremetida contrarrevolucionaria y una combatividad acérrima contra el liberalismo católico, la masonería y el comunismo (Di Stefano, 2015). Cabe detenerse en su diatriba contra el liberalismo católico, citada por Otto Morales Benítez (1998):

Ello se condimenta con escritos de Mariano Ospina Rodríguez como el que tituló “Liberalismo católico”. Cita a Pío IX quien contribuye con esta perla: “La verdadera plaga de la Francia es el liberalismo católico”. Con mucha energía sigue recalcando que es “tiempo ya de que se piense en extirpar de nosotros esa peste perniciosísima del liberalismo católico, que ha sido anatematizada más de cuarenta veces por ese gran pontífice” (p. 17).

En la encíclica *Quanta cura* (1864), que contiene el *Syllabus complexus*, el papa Pío IX arremete contra el espíritu revolucionario de la época, que tuvo expresiones múltiples en 1848, pues empezó en Francia y se extendió por toda Europa. En ella, el papa hace una lista de “los principales errores de la época”, y con tono inquisitorial condena el comunismo y el socialismo, como ya había proscrito el liberalismo católico:

5. Apoyándose en el funestísimo error del comunismo y el socialismo, aseguran que “la sociedad doméstica debe toda su razón de ser sólo al derecho civil y que, por lo tanto, sólo de la ley civil se derivan y dependen todos los derechos de los padres sobre los hijos y, sobre todo, del derecho de la instrucción y de la educación”. Con esas máximas tan impías como sus tentativas, no intentan esos hombres tan falaces sino sustraer, por completo, a la saludable doctrina e influencia de la Iglesia la instrucción y la educación de la juventud, para así inficionar y depravar miserablemente las tiernas e inconstantes almas de los jóvenes con los errores más perniciosos y con toda clase de vicios (Pío IX, 1864, párr. 6).

Este tono apologético inquisitorial lo vamos a encontrar, casi un siglo después, al final de la hegemonía liberal que empieza en 1930, en Laureano Gómez Castro, un militante católico que bebe de esa Iglesia reaccionaria que pretende recuperar su poder. Ya había promovido la Restauración, frente a la república liberal que había empezado Obando. La Iglesia promovió las principales guerras del siglo XIX, con el propósito de recuperar la hegemonía de la educación, los bienes de manos muertas perdidos, el Concordato y el nombre de Dios en el prólogo de la Constitución, como fuente de todo poder. Además, se va lanza en ristre contra el espíritu socialista que quería abolir la propiedad privada, como lo declara el Manifiesto Comunista, pues merodeaba como un fantasma. Contra este espíritu se alzan Pío IX y Pío X. Y esa bandera es recogida por Laureano Gómez desde los años veinte.

El papa León XIII fue más liberal y muchísimo más eficaz. Pese a que no se trata de hacer aquí una historia de los papas, conviene mencionarlo porque es este otro espíritu que ha animado a la Iglesia y que ha dado otros frutos que perduran aún hoy. León XIII expidió la encíclica *Rerum novarum* (León XIII, 1891), conciliadora con los principios socialistas respecto a la justicia con la clase obrera, pero igualmente condenatoria del ateísmo y del socialismo, aunque permite tender la mano a esta ideología para negociar políticamente. La encíclica reconoce la legitimidad de la propiedad privada, pero critica los “abusos de la explotación capitalista”, que reducía a la miseria a los trabajadores. Para solucionar las desigualdades que provocaba el capitalismo, proponía la conformación de asociaciones de obreros, que los trabajadores participaran en el capital de la empresa y que los Estados promulgaran legislaciones basadas en la equidad social (León XIII, 1891). Este espíritu liberal permite que retorne a la Iglesia el proscrito liberalismo católico que había sido excomulgado por Pío IX.

Y para completar el cuadro originado por la Iglesia católica, cabe mencionar las acciones de Pío X (papado 1903 a 1914), que terminaron de armar el espíritu combativo de la militancia católica. Este papa se preocupó por mantener los dogmas y por imponer su autoridad, contrario a la preocupación de León XIII. Sin embargo pasó por alto la separación de la Iglesia y el Estado en Francia, aunque procuró

orientar los partidos católicos en el mundo, mediante un combate contra el modernismo que florecía entre los teólogos alemanes, italianos y franceses, quienes proponían que la Iglesia se adaptara a los tiempos modernos y planteaban nuevas formas hermenéuticas de los textos bíblicos, como lo había hecho Martín Lutero en su tiempo.

El abate Loisy, promotor de esta perspectiva, fue excomulgado por el papa, que luego escribió la encíclica *Pascendi* (Pío X, 1907), para condenar el modernismo como “síntesis de todas las herejías”, y para imponer la enseñanza de la filosofía escolástica medieval en las escuelas de teología, junto con un juramento antimodernista. Asimismo, atacó las ideas del movimiento agrupado alrededor del periódico *El Sillon*, en Francia, promotor de un espíritu democrático, animado por la orientación de León XIII, que había querido frenar los partidos socialistas mediante la promoción de partidos católicos democráticos (Di Stefano, 2015).

Cabe, finalmente, pensar que la Constitución Política de Colombia de 1886 y el movimiento de la Regeneración de la hegemonía conservadora proscribieron al Partido Liberal como fuerza política, lo que provocó la Guerra de los Mil Días, hasta que este partido fue admitido de nuevo a regañadientes en la contienda política. Y la exclusión del liberalismo de la política en Colombia se justificó con la excomunión papal del liberalismo católico (Morales Benítez, 1998).

Laureano, el personaje

Laureano Eleuterio Gómez Castro nació en Bogotá el 20 de febrero de 1889 y murió en esta misma ciudad el 13 de julio de 1965. Fue formado por los jesuitas en el Colegio Mayor de San Bartolomé y luego estudió Ingeniería Civil en la Universidad Nacional de Colombia. Pronto abandonó su actividad como ingeniero en el Ferrocarril de Antioquia, y fundó el periódico *La Unidad*, que pocos años después le sirvió para lanzarse a la Cámara de Representantes, a la que llegó cuando tenía 22 años, en 1911. Luego fue diputado a la Asamblea de Cundinamarca. En 1917 propuso un *plan de desarrollo económico nacional*. A continuación, en el Congreso de la República inició una serie de debates

contra el gobierno de Marco Fidel Suárez, quien, finalmente, renunció a la presidencia en 1921.

En 1930, el presidente Enrique Olaya Herrera lo nombró ministro plenipotenciario en Alemania, donde Gómez Castro medró ideológicamente bajo la sombra del Partido Nazi, allí obtuvo mayores fuerzas para regresar al país en 1932 —dos años después de haber empezado el que sería el primer gobierno de la hegemonía liberal de los años treinta y cuarenta— y denunciar a esta regencia por considerarla provocadora de una nueva ola de violencia de carácter partidista que, según Gómez, no se veía desde la Guerra de los Mil Días, declarada también, como entonces, por el Partido Liberal.

En los años treinta fue diputado en Antioquia y Santander, luego, senador en dos períodos no consecutivos, fundó en 1936 el periódico *El Siglo* que le serviría como tribuna para oponerse a los Gobiernos liberales, especialmente el de la Revolución en Marcha, de Alfonso López Pumarejo. Lanzó la candidatura de Mariano Ospina Pérez y lo llevó a la Presidencia de la República para el cuatrienio 1946-1950, y lo sucedió en la presidencia. En el periódico criticó sin par a los que consideraba pérfidos masones liberales o escoria conservadora; a Eduardo Santos cuando fue presidente, a Carlos Lleras Restrepo, a su ministro de Hacienda, y al propio mandatario conservador Ospina Pérez, durante la presidencia que él mismo apoyó.

La muerte del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, durante la presidencia de Ospina Pérez, fue el acontecimiento que desató una rebelión popular en Bogotá, como expresión explosiva de la violencia política que se expandía por el país. Las guerrillas conservadoras venían asolando el campo con grupos armados como los pájaros, en el Valle del Cauca, entre los cuales se destacó León María Lozano el “Cóndor”, los chulavitas en Boyacá y Cundinamarca, Efraín González, el “Siete Colores”, y otros muchos, en alianza con políticos y terratenientes conservadores interesados en ampliar sus propiedades en el campo. Los liberales respondieron con sus propias guerrillas defensivas locales, como la de Guadalupe Salcedo Unda, comandante supremo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de los Llanos Orientales; Roberto González Prieto, “Pedro Brincos”; William Ángel

Aranguren, “Desquite”; Teófilo Rojas Varón, “Chispas”, y Jacinto Cruz Usma, “Sangrenegra”, en el Tolima. Poco después, se conformaron las llamadas repúblicas independientes, como la de Marquetalia, en el municipio de Planadas en el Tolima, con el liderazgo de Pedro Antonio Marín Marín, alias “Manuel Marulanda Vélez” o “Tirofijo”, y Luis Alberto Morantes Jaimes, alias “Jacobo Arenas”, fundadores posteriormente, ya en el Frente Nacional, de las Farc.

En este panorama político y de violencia en el país, Laureano renunció a su cargo como ministro de Relaciones Exteriores y se refugió en España, ya que no encontraba garantías en Colombia, ni para los conservadores —acusados de ser responsables del magnicidio de Gaitán—, ni para su propia persona, habida cuenta de que en el Bogotazo fueron quemadas su casa en Fontibón y las instalaciones del periódico *El Siglo*. Durante su estadía en España, estudió el régimen corporativista de Francisco Franco, y lo tomó como modelo para imponerlo posteriormente, durante su presidencia, a través de una asamblea nacional constituyente.

En ese clima de violencia, Laureano subió a la presidencia en 1950, en unas elecciones en las que fue candidato único, puesto que su opositor, el candidato por el Partido Liberal, Darío Echandía, había renunciado a su postulación por las amenazas sobre la vida y la seguridad que pesaban sobre él y su familia; amenazas que avanzarían hasta el punto del asesinato de su hermano, Vicente Echandía. En el año y medio en el que estuvo en el Gobierno, Gómez impulsó obras de infraestructura y trató de organizar su proyecto de una república de gremios.

Con su mandato se identifican los planes: vial nacional, de construcción de oleoductos, de comunicaciones (ferrocarriles) y puertos marítimos; la creación de Ecopetrol, del Banco Popular y del Ministerio de Fomento. El país avanzó en el desarrollo del campo. Los índices económicos señalaron avance y bonanzas en la economía (Ayala Diago, 1999).

Sin embargo, Gómez fue acusado por la oposición de haber establecido un esquema de represión contra los liberales y los comunistas, a quienes habría perseguido mediante un servicio secreto agenciado por el Gobierno, con la colaboración de los chulavitas que se habían distinguido por sus acciones criminales clandestinas en la violencia anterior al 9 de abril de 1948; por su parte, fue él quien también acusó a

estas colectividades políticas de haber iniciado la violencia contra el Estado. Asimismo, su periodo ha sido considerado por muchos analistas como una “dictadura civil”, pues restringió los poderes legislativo y judicial, otorgó facultades especiales al ejecutivo y limitó un conjunto de libertades civiles, en aras de solventar las situaciones de crisis del momento. En 1951, un ataque cardíaco lo obligó a retirarse de la Presidencia, en la cual fue sustituido por su designado, Rafael Urdaneta Arbeláez. Dos años más tarde, en 1953, quiso retomar el poder, pero pocas horas después de su retorno, el general Gustavo Rojas Pinilla lo destituyó del mando mediante un golpe militar.

Desde ese momento, hasta su muerte, en 1965, siguió liderando el Partido Conservador. Durante el gobierno de Rojas Pinilla, firmó con Alberto Lleras Camargo el Pacto de Benidorm, y luego el Pacto de Sitges, cuando el dictador Rojas Pinilla fue depuesto por una Junta Militar. En este último pacto, se diseñó el Frente Nacional, en el que los dos partidos tradicionales se alternaron el gobierno durante 16 años.

El significado de la violencia para Laureano Gómez

Laureano Gómez acusó en repetidas ocasiones al Partido Liberal de incitar a la violencia, e ignoró de manera insistente las provocaciones conservadoras, originadas en los púlpitos, por una declaración de guerra que nunca fue oficial ni por la Iglesia ni por el Estado.

En esta apreciación de Laureano Gómez se oculta la ola de violencia que produjeron en los años veinte muchos terratenientes conservadores que se dedicaron a expropiar tierras de los campesinos. Darío Fajardo (2015) sostiene que, en los años veinte, se confrontaron dos proyectos de sociedad: el primero se basó en “la valoración de la propiedad de la tierra” y el segundo en la consolidación de un desarrollo industrial y de una clase media rural. El valor de la propiedad de la tierra provocó una ola de expropiaciones armadas a los campesinos y a los territorios de los antiguos resguardos indígenas coloniales, ahora considerados baldíos, gracias al establecimiento en la Constitución política vigente (1886), de que no habría en Colombia bienes raíces que no fueran libres de enajenación (artículo 37). El otro pilar que sostenía

el proyecto de sociedad propuso, siguiendo a Fajardo, la “construcción de una economía nacional apoyada en desarrollos industriales y en una sólida clase media rural” (p. 4), lo que fue promovido por personajes de los dos partidos, como el conservador Carlos E. Restrepo, que fue presidente entre 1910 y 1914, y el liberal Alejandro López Restrepo que tuvo una activa participación política en Antioquia, a raíz de la construcción del ferrocarril y de sus propuestas que trajo de México. Estos dos modelos, sin embargo, fueron tomando forma en cabeza de los partidos y el segundo se concretó en la Ley 200 de 1936 o Ley de Tierras, en la que se intentaba remediar el conflicto desatado durante la hegemonía conservadora, especialmente en el último decenio. Según Fajardo, la actividad modernizadora retrocedió ante el empuje de las fuerzas tradicionales de corte colonial que procuraron apropiarse de la tierra:

Las caracterizaciones de los primeros decenios del siglo XX presentan un panorama de tensiones generadas por la monopolización de la propiedad, el desorden de las formas de apropiación de las tierras baldías y la ausencia de legitimidad de la propiedad¹, así como a la persistencia de formas de poder asociadas igualmente a la gran propiedad y ejercidas sin sujeción a un código laboral. Estos procesos habrían de agravarse con el paso de los años como resultado de las mayores presiones sobre la tierra, derivadas de los incrementos de los precios del café, principal exportación del país (Fajardo, 2015, p. 8).

En este mismo sentido, Javier Giraldo S. J. (2015) invoca una coincidencia entre los autores que estudian la violencia en Colombia en que esta empezó en los años veinte, con las acciones de los terratenientes por apropiarse de las tierras de los campesinos. Lo mismo dicen Alfredo Molano (1978) y Sergio de Zubiría Samper (2015), quien

1 Ver LeGrand, Catherine y Palacios, Marco (2011). *¿De quién es la tierra? Propiedad, politización y protesta campesina en la década de 1930*. Fondo de Cultura Económica, Bogotá, p. 32; Bergquist, Charles (1981). *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910. La guerra de los mil días: sus antecedentes y consecuencias*. FAES, Medellín (nota del texto citado).

destaca la importancia que le da el investigador Carlos Medina al levantamiento del indígena Manuel Quintín Lame durante el gobierno de José Vicente Concha (1914-1918), en su lucha por los derechos de los pueblos indígenas a la tierra.

Estos hechos de violencia por la concentración de la tierra eran, al parecer, legítimos para Laureano Gómez, que no los menciona como hechos de violencia en el país, y acusa, en cambio, al gobierno de Olaya Herrera de provocar la violencia en 1932. Para comprender esta posición que parece provenir de una doble moral, conviene hacerle un seguimiento al pensamiento de Gómez, insertado en el debate dentro de la Iglesia católica desde el siglo XIX, que se esbozó en la primera parte de este capítulo.

La tradición maniquea de la Iglesia

El maniqueísmo fue condenado por la Iglesia como herejía en el año 382. Se relata que fue Teodosio, el primer emperador cristiano, quien consideró la herejía como un anatema. La declaración de herejía incluyó a los encratitas, los sacóforos y los maniqueos (*Enciclopedia católica*, 2015). Todas estas tendencias, consideradas por la Iglesia como herejías, provenían de los gnósticos que heredaron a estas sectas el dualismo como fundamento del universo. Los maniqueos, llamados así por Mani o Maneo en el siglo III, fueron los más duraderos y los que formalizaron de manera más clara el dualismo. Este consiste en que reconocen un principio absoluto del bien, que es Dios, y un principio absoluto del mal, que es el demonio, el maligno, la serpiente antigua o Satanás. Para los maniqueos, estos dos son principios sustanciales que luchan a muerte por toda la eternidad. Es decir, esta es una corriente platónica del cristianismo primitivo. San Agustín de Tagaste fue inicialmente maniqueo y, tras su conversión al cristianismo paulino, empezó a combatir esta herejía. Su principal obra que trata el tema es *De las costumbres de la Iglesia católica y de las costumbres de los maniqueos* (Agustín de Tagaste, 394/2015). En esta obra, San Agustín muestra cómo para los maniqueos hay dos dioses y define el mal como ausencia de bien, no como un principio absoluto. Pero el bien, en cambio, sí proviene del bien sustancial, del principio absoluto

del bien, que es un ser perfecto, y que no es otro que Dios. Es decir, la lucha de Agustín contra el maniqueísmo se queda a medio camino porque, en todo caso, subsiste en él la idea platónica de una esencia pura del bien, aunque pretende destruir la noción de una sustancia del mal.

Además, en la tradición paulina de Agustín la lucha contra el pecado es la lucha contra el cuerpo, puesto que el alma inmortal es pura. En *La ciudad de Dios* (403/2007), traza el programa de la historia para Occidente durante dieciocho siglos al menos: nacimos de Dios que está fuera del tiempo y transitamos en el tiempo, que es el pecado, y nos dirigimos a la ciudad de Dios que está fuera del tiempo. En esta perspectiva, que es de Pablo de Tarso, hay encerrado un dualismo maniqueo, puesto que se establece que el cuerpo y el alma luchan hasta que el alma puede sumergirse en Dios. El cuerpo es el pecado y el alma es de Dios. De modo que Agustín, que combate el maniqueísmo como su herejía original, define el mal como ausencia del bien, y aunque se opone a la idea de los dos dioses del maniqueísmo, incurre en una idea maniquea, inspirado en Pablo. El viejo Satanás es sustituido por la carne, por la concupiscencia del cuerpo, donde reside el pecado. Por eso, conciben a María como virgen, que sigue siendo virgen aún después de tener un hijo, porque ese hijo es Dios, es decir, no es presa de la concupiscencia de la carne. La lucha, entonces, será contra el pecado y, por tanto, contra toda herejía... y contra el cuerpo. Y este es el programa que traza la Iglesia en el Concilio de Hipona y en los dos concilios de Cartago, bajo la batuta de Agustín.

Es preciso hacer una consideración más sobre el maniqueísmo, antes de proseguir con nuestro personaje. Cuando el maniqueísmo enfrenta los dos principios, el bien y el mal, enfrenta entidades, cosas, Dios y el diablo. Y esto porque no se trata de un principio ético en el que se valoran las acciones humanas, sino de un principio ontológico del bien y del mal. Entonces, se habla de buenos y de malos, y quienes se enfrentan son los buenos contra los malos. Es decir, los malos hacen cosas malas y los buenos, cosas buenas. Esta idea es completamente actual, como herencia del viejo maniqueísmo. Cuando el presidente Bush hijo, en su discurso ante el Congreso de los Estados Unidos al día siguiente de los sucesos del 11 de septiembre de 2001, declaró la guerra contra el

terrorismo, invocó un principio absoluto: la democracia, la civilización contra el mal que es el terrorismo. De hecho, invoca a Dios y dice que en esta guerra “Dios no es neutral”. Poco después, en su discurso sobre el estado de la Unión, trazó el llamado “eje del mal” que incluía a Corea del Norte, Irán e Irak, al que luego le adicionó otros países, entre ellos Libia, Cuba y Siria. La lucha, entonces, es contra el terrorismo que es el mal. Ahí está plasmado el principio maniqueo en todo su significado.

Ahora bien, siguiendo esta lógica, es preciso reconocer que toda guerra es santa. No es posible convocar a una nación o a un continente o al mundo entero a luchar contra los árabes para quitarles el petróleo que abunda bajo las arenas de sus desiertos. Nadie se alistaría en ese ejército. Para luchar contra los árabes, es necesario declararlos como pertenecientes a la barbarie de “un rincón oscuro de la humanidad”, como los calificó Bush hijo, representantes del terrorismo, es decir, del mal. Y todas las guerras se declaran en nombre de principios semejantes: la patria, la civilización, la democracia, la libertad, la independencia...

Pues bien, esa fue la lógica de la Iglesia durante el siglo XIX, a través de Pío IX y luego, en el siglo XX, de Pío X. Así trazó el programa para el ejército de los buenos, es decir, de los católicos, que bajo esa bandera han venido declarándole la guerra al mal desde la Edad Media con las cruzadas, luego con la Inquisición y más adelante contra el liberalismo y el socialismo. Ellos son los malos. Nosotros, la Iglesia de Dios, del principio absoluto del bien, somos los buenos. Y aquí surge otro principio maniqueo: cuando un malo mata a un bueno, eso está mal, porque proviene del principio del mal. Pero cuando un bueno mata a un malo, eso está bien, porque se hace en nombre del principio absoluto del bien, es decir, en nombre de Dios. El mismo acto de matar tiene un signo de bueno o malo dependiendo de quién lo haga. De esta forma, en los noticieros de televisión, cuando un terrorista, es decir, un guerrillero de las Farc o del ELN mata a un soldado, eso se llama “asesinato”. Pero cuando un soldado mata a un guerrillero, eso se llama “darle de baja a un terrorista”.

Y esa fue la lógica de Laureano Gómez Castro que, como se dijo al principio, fue más un católico militante que un conservador. Como católico, pide que se apoye al Partido Conservador, y no a la inversa:

Dejémonos de sofismas: sin religión no hay justicia, sin esta la sociedad civilizada es imposible. El Partido Conservador a pesar de cuanto contra él se escriba y se diga es el único que puede garantizar la paz y mantener el orden social... Mientras sea el Partido Conservador el amigo de las instituciones católicas a éste apoyaremos los católicos (Gómez, 1928, p. 49).

En su discurso de posesión como presidente ante la Corte Suprema de Justicia (fue así porque el gobierno anterior de Mariano Ospina Pérez había disuelto el Congreso como medida de defensa nacional), Laureano Gómez dijo lo siguiente, en defensa de la patria:

Las gloriosas tradiciones de la patria estuvieron suficientemente ancladas en la conciencia del pueblo para poder resistir victoriosamente los embates con que se quiso colocar la nación sobre la resbaladiza pendiente de un materialismo pragmático cuya proclividad ineludible habría de arrastrarnos al aherrojamiento del estado marxista. Cuando se borró el nombre de Dios del preámbulo de la Constitución, cuando se adulteraron los sabios principios que regían la sana y benéfica concordia entre las potestades civiles y las espirituales, cuando la juventud fue sometida en la universidad y en las escuelas normales a un desembozado magisterio de naturalismo y ateísmo, adelantaba un empecinado proceso de desfiguración del alma nacional y destrucción de nuestra noble patria libre y cristiana, dándonos en cambio una estructura contrahecha que forzara al pueblo a transitar rencorosos cambios revolucionarios. Pero la cívica cultura de nuestra nación no era superficial, sino tenía raíces fuertes y profundas. Por eso fue posible que el proditorio intento fracasara (Gómez, 1950, § 3).

En la perspectiva maniquea, el mal siempre tiene la iniciativa de la agresión, y por eso Laureano Gómez nunca reconoce que fue su Iglesia la que declaró la guerra contra el Estado laico que quisieron imponer los liberales en el siglo XIX. Laureano no reconoce la iniciativa violenta de los terratenientes contra los campesinos en los años veinte, porque para él esa iniciativa era legítima y pertenecía al bien. En cambio, la reacción de defensa de los campesinos en los años cincuenta fue considerada

como iniciativa de violencia, porque las acciones de los chulavitas y los pájaros eran legítimas, porque provenía del ejército del bien.

En 1942, Gómez hizo la declaración de su doctrina política en el Senado, de la siguiente manera:

Yo hablo en nombre de los principios de la doctrina católica, que están expresados en las obras filosóficas de Santo Tomás, que dice cómo debe organizarse un Estado (citado por Pérez, 2003).

Con esta confesión de fe, de fe política, Gómez revela el origen de su combate, que no reconoce el Estado como obra de los hombres y que vincula a la Iglesia católica, como portadora de la verdad infalible, al ordenamiento jurídico. Al respecto, la investigadora María del Rosario Vásquez (2007) encuentra que la participación de la Iglesia en las guerras en Colombia, desde el siglo XIX, no fue solamente, como se ha querido hacer ver, cosa de luchas por el poder:

[La historiografía reciente sobre la Iglesia deja] de lado aspectos tan importantes como la historia de las ideas religiosas, la actuación de destacadas personalidades de la jerarquía eclesiástica, el contexto internacional de la historia de la Iglesia colombiana y los matices y diferencias del proceder pastoral de los obispos en tiempos de crisis, de acuerdo con las circunstancias regionales, personales, etc. (pp. 313-314).

Y es claro que el problema no se puede resolver mediante el mismo baremo que se usa para analizar muchos otros acontecimientos históricos. No cabe simplemente acusar a la Iglesia de luchar contra el poder liberal porque había perdido los bienes de manos muertas, lo que le significó un golpe a su patrimonio. Por eso hemos querido referenciar otros motivos, desde el maniqueísmo que trasciende a la Iglesia a través de Pablo de Tarso y de Agustín de Tagaste, y que origina en ella un espíritu apologético, combativo contra lo que consideró el mal.

Antonio Caballero, en su columna de la revista *Semana*, ha comparado en repetidas ocasiones a Álvaro Uribe con Laureano Gómez para asegurar que Uribe no quiere la paz. Nunca la ha querido y nunca la querrá, como Gómez nunca quiso la paz, porque para este la

única paz posible era la paz del bien, la paz católica. Todo intento de otra paz no era admisible, porque sería la imposición del mal, del liberalismo masónico, del socialismo ateo que hoy se viste con el apelativo de castrochavismo; un castrochavismo que quiere “entregarle el país a La Far”. Caballero recuerda el discurso que se conoce como “El basilisco”, de Laureano Gómez, del cual cita una de sus más famosas sentencias:

Y en eso sigue, resucitando con su invento del castrochavismo santista la tesis laureanista del basilisco liberal, que condujo entonces a la Violencia. “Nuestro basilisco –peroraba Laureano– camina con pies de confusión y de ingenuidad, con piernas de atropello y de violencia, con un inmenso estómago oligárquico, con un pecho de ira, con brazos masónicos, y con una pequeña, diminuta cabeza comunista, pero que es la cabeza” (Caballero, 2016).

Del mismo modo, recuerda Caballero que Laureano firmó los acuerdos que dieron vida al Frente Nacional, para después oponerse a ellos (Caballero, 2016b). Se trataba de hacer “invivible la república”. Un acuerdo con el liberalismo solo podía ser una táctica de guerra, no un pacto estratégico respetuoso del oponente político.

El nacionalismo católico de Gómez

Antes de Gómez Castro, en la década de los veinte, los llamados *leopardos* desplegaron una actividad belicista, inspirados por el nacionalismo católico y posteriormente por el fascismo. Este grupo tuvo influencia en un personaje que no fue propiamente fascista, Gilberto Alzate Avendaño, y luego en Laureano Gómez (Arias Trujillo, 2007). No obstante, el nacionalismo de Gómez no fue propiamente nazi o fascista, sino católico (Pérez, 2003). En efecto, Hésper Eduardo Pérez demuestra que:

lo que guía a Gómez no es simplemente la reconquista del poder para el Partido Conservador sino sustituir la tradición liberal-individualista del Estado colombiano por la que consideraba nuestra verdadera tradición: la comunidad nacionalista católica (2003, p. 31).

Esta posición de Gómez la relaciona el autor con la discusión en Francia a principios del siglo xx. Pérez cita a Birnbaum (1991) para describir la tendencia que surge en Europa que se divide en dos alas: la individualista liberal, heredera de la Revolución francesa, y la “comunitaria” que defiende la identidad local frente al universalismo de la Ilustración. Esta última se localiza especialmente en Alemania, que se mantiene comunitaria hasta Weimar, y que intenta imponer una perspectiva liberal. Frente a esta tendencia individualista, se alza Hitler con un comunitarismo que reivindica la identidad alemana y que desemboca en el racismo nazi. En Francia, ante el individualismo liberal universalista de la revolución, se alza un nacionalismo comunitarista y esas dos tendencias se enfrentan a muerte en la guerra de 1870-1871. Pero la rebelión nacionalista que se apropió del modelo comunitarista fue derrotada por el liberalismo. Dice Pérez que la vieja *Gemeinschaft* (comunidad) fue derrotada por la moderna *Gessellschaft* (empresa). Pérez agrega que el Partido Conservador de Gómez se aferró a una postura comunitarista, impulsado por la Iglesia intransigente, contra el universalismo individualista liberal.

Cuando Laureano Gómez regresó de Alemania, en 1932, y se ubicó en la oposición del gobierno de Olaya Herrera, venía impregnado de esa perspectiva que se opone al espíritu de la Ilustración:

desde el siglo XVIII, se han empleado en socavar y desacreditar nuestro imperio espiritual, disminuir los grandes valores humanos de nuestra cultura, los descubrimientos, avances y proezas de nuestro genio y las empresas acabadas por la inteligencia y la espada de los hombres de nuestra raza... La historia colombiana, vista a la luz de este criterio, no resulta otra cosa que la crónica de las acometidas insistentes y rabiosas del enemigo externo, adelantadas con la esencia de la patria por los propios hijos de este suelo (citado por Pérez, p. 33).

Para Gómez, el liberalismo que había impuesto Santander desde 1821, cuando empezó su gobierno, se oponía a la tradición española católica, y pretendía imponer las ideas del jacobinismo liberal de la Ilustración, que no desembocarían sino en el socialismo y el comunismo ateos.

Quieren borrar de la mente popular toda idea divina y reemplazar en el alma de las naciones la doctrina del Calvario por una moral racionalista, colocando, en vez de los resortes de la fe el apetito, y en vez de mostrar en lontananza la existencia de una nueva vida, ponen el acicate del placer y el goce físico (citado por Pérez, 2003, p. 33).

Cabe resaltar la forma que utiliza Gómez para referirse a las ideas a las que se opone, que revelan un espíritu asustado por la avalancha de cambios y de innovaciones que parecen oponerse al espíritu cristiano, y todo lo que pudiera contrariar a este provenía necesariamente del otro espíritu, del mal, es decir, del demonio. De esta forma, se refiere a la Constitución de Cúcuta de 1821 como que en ella “se impuso la perfidia del núcleo santanderista y masónico, que dejaban su camino expedito para ulteriores fines de agitaciones irreligiosas”. Para él, el liberalismo masónico, por ser contrario a la Iglesia, era del mal y, por tanto, terminaría en el comunismo. Sobre esta misma Constitución, dice: “Fue la consagración de la supremacía de las leyes positivistas —cualesquiera leyes sobre las eternas leyes morales—”. Para él, la moral eterna es la católica, de modo que cualquier otra moral que pretenda reemplazarla es obra del espíritu del mal. La Constitución liberal de Rionegro para Gómez es un “código monstruoso”, con el cual los liberales quisieron “mantener su predominio y propagar principios absurdos de filosofía”. Y, en cambio, la Constitución de 1886 fue “la obra cumbre de la inteligencia nacional”, y “la primera síntesis consciente de la personalidad jurídica de Colombia” (las citas son de Pérez, 2003, p. 34). Conviene resaltar el tono admonitorio y, por supuesto, inquisidor de estas ideas: “perfidia del núcleo santanderista y masónico”, “código monstruoso”, “principios absurdos”. Gómez quería hacerle la guerra al mal.

El aplauso de Gómez a la Constitución de 1886 hace pensar que fue Miguel Antonio Caro su verdadero antecesor y por eso militó en las filas de su nacionalismo católico, contra la postura “histórica” de los conservadores antioqueños, como Marceliano Vélez y el propio Manuel Antonio Sanclemente, a quien Caro lanzó a la presidencia de la república pensando que la edad y el estado de salud del viejo no le permitirían

ejercer el mandato y sería Marroquín quien, en efecto, sería el presidente (Morales Benítez, 1998). Ese nacionalismo que protegió la Iglesia, que consideraba que el Estado era obra de Dios y que la nación debía ser salvada del ateísmo liberal, es la bandera que defiende Gómez como única verdad posible, frente al error maligno del liberalismo ilustrado, que era opuesto a Dios y, por consiguiente, debía ser eliminado si se quería salvar la patria. Y por estos principios, su guerra es una guerra santa.

El nacionalismo de Caro y de Gómez tuvo otros nacionalismos oponentes que se sintetizan en la frase de López Pumarejo: “Colombia primero para los colombianos” (López Pumarejo, 1979), que coincide con el nacionalismo de Jorge Eliécer Gaitán, quien le hace una oda a la patria contra todos los imperialismos. Ese nacionalismo liberal es, en todo caso, abierto al mundo y a la modernización. En cambio, el nacionalismo de Caro y de Gómez es chovinista y xenófobo.

Conviene hacer un puente, como lo hace Antonio Caballero, entre Álvaro Uribe y Laureano Gómez, porque los elementos que defendía Caro a finales del siglo XIX y que condujeron a la Constitución de 1886 y a la hegemonía conservadora de más de cuarenta años, que tuvieron que vencer en la guerra a los liberales, derrotados militar y políticamente, y los mismos elementos que defendió Gómez, que desembocaron en el Frente Nacional en pacto con el mortal enemigo y los cuales, finalmente, fueron derrotados por la Constitución de 1991, son los que Uribe pretende revivir en un ataque frontal a esta Constitución, al liberalismo y al Estado social de derecho, al que opone un Estado comunitario, como el que quiso imponer en sus gobiernos. Ese mismo espíritu combativo y apologético de Gómez es hoy el enemigo de la paz, porque esta significa el triunfo del liberalismo y del castrochavismo comunista y, por consiguiente, ateo.

Esta es, pues, también, una guerra santa.

La política del blanqueamiento

Por último, cabe hacer referencia a un aspecto de la perspectiva de Gómez, que ya se manifestaba en la política conservadora del siglo XIX, en la Constitución de 1886 y en la política de los gobiernos de las primeras tres décadas del siglo XX: la política del blanqueamiento.

Al revisarse las diferentes —y abundantes— constituciones políticas nacionales del siglo XIX, encontramos en estas a indígenas que fueron considerados como nacionales y ciudadanos en condición similar a la de ser “menores de edad”, en tanto que los negros solo fueron contemplados como nacionales y, finalmente, como ciudadanos, a partir de la segunda mitad del siglo. La última de estas, que cierra el siglo XIX, recibe el XX y tuvo vigencia durante 105 años, la Constitución de 1886, no expone explícitamente un criterio de exclusión, pero restringe la ciudadanía:

Artículo 15. Son ciudadanos los colombianos varones mayores de veintiún años que ejerzan profesión, arte u oficio, o tengan ocupación lícita u otro medio legítimo y conocido de subsistencia (1886).

En esta definición de ciudadanía se limita a todas las personas que no tengan una profesión liberal, arte u oficio, que no tengan ocupación reconocida, como los indígenas y los afrocolombianos en su gran mayoría. Por supuesto, las mujeres no tienen derecho de elegir ni ser elegidas, como no lo tenían todos los otros menores de edad. En este sentido, esta Constitución establecía un estado para una sola raza, con un solo dios, de un solo sexo y de edad adulta.

Los demás, claro está, estaban excluidos de la vida pública. Y esta era la Constitución perfecta para Laureano, la que él consideraba como salvadora de la patria.

Es preciso recordar que la independencia de Colombia de España no significó de inmediato la liberación de la esclavitud. Solo en 1851, el presidente José Hilario López firmó la ley que entró en vigencia en enero de 1852. López fue opositor de Bolívar, ante quien se levantó en armas, y promovió la Constitución liberal que separó la Iglesia del Estado, puso la educación en manos de este, liberó a los esclavos, declaró la libertad de prensa y federalizó la nación. La abolición de la esclavitud produjo la reacción inmediata de la vertiente conservadora con la rebelión armada dirigida por Julio Arboleda Pombo, conservador nacido en Timbiquí, Cauca, que resultó derrotada por el Gobierno. Arboleda fue un hacendado esclavista, cuya carrera política lo llevó a ser elegido presidente de la Confederación Granadina, fundada por la Constitución liberal. Tras derrotar al presidente de Ecuador en la

batalla de Tulcán, en su regreso a Bogotá fue asesinado en el mismo lugar en que habían matado al mariscal Sucre.

La reacción esclavista conservadora, sin embargo, no responde a las mismas consideraciones de la Iglesia, que intentaba bautizar a los indios en las selvas, y los jesuitas, por ejemplo, conservaban las reducciones indígenas en los Llanos Orientales. Pero esos indígenas eran considerados por la Iglesia criaturas desvalidas, cuyas culturas rendían culto a ídolos y no eran fáciles de convertir al cristianismo. La Iglesia no quería a los indígenas como esclavos, sino como siervos. Y esta fue la posición de Laureano Gómez.

Vale la pena traer las ideas desesperanzadas de un Laureano Gómez que en 1928, cuando pronuncia su conferencia “Interrogantes sobre el progreso de Colombia” ante el público asistente al Teatro Municipal de Bogotá, se lamenta de las nefastas sombras que significan para el destino del país su conformación biológica.

Para él, el indígena responde a esa raza primitiva que habita, aislada, la selva llena de terror, “entre un cosmos hostil y los seres fantásticos y tenebrosos que son las divinidades de su ruda mitología” (p. 9); que representan “una profunda inercia para la cultura, una letargia invencible. Los hábitos animales dominan al hombre animal” (p. 10). Por su parte, el negro

constituye una tara: en los países de donde él ha desaparecido, como en la Argentina, Chile y Uruguay, se ha podido establecer una organización económica y política con sólidas bases de estabilidad. La culpa del atraso corresponde al pueblo, que frustra una y otra vez los heroicos esfuerzos de nuestras élites (p. 20).

Y, en cuanto se trata del mestizo, este

no constituye un elemento utilizable para la unidad política y económica de América Latina: conserva demasiado los defectos indígenas: es falso, servil, abandonado y repugna todo esfuerzo y trabajo. Sólo en cruces sucesivos de estos mestizos primarios con europeos se manifiesta la fuerza de caracteres adquirida por el blanco (p. 21).

Esta posición de Laureano coincide con el racismo del nacionalismo europeo conservador, especialmente alemán, con el racismo falangista y con la política elitista de la república conservadora.

La culminación de este capítulo con la referencia al racismo y al blanqueamiento de la política elitista de la perspectiva conservadora, se refiere a la consideración de una naturalización de las capacidades humanas, y aún de sus ideas. Cuando se le adjudica a la raza la posibilidad de progreso se dice que la posición en la sociedad corresponde a natura y que hay unas personas que nacieron para mandar y otras para obedecer, que en la sangre reside la capacidad de un alma sublime o de un cuerpo pecador.

Nuestra raza proviene de la mezcla de españoles, de indios y de negros. Los dos últimos caudales de herencia son estigmas de completa inferioridad. Es en lo que hayamos podido heredar del espíritu español donde debemos buscar las líneas directrices del carácter colombiano contemporáneo (1928, p. 18).

Representaciones literarias de la figura de Laureano Gómez

En este capítulo se analizará la figura de Laureano Gómez a partir del contexto histórico del Bogotazo, sus antecedentes, el discurso de la Guerra Fría, la difusión de dicho discurso y las respuestas que surgieron a partir de la literatura. Para ello, se tomó la novela gráfica *La gran mancha roja*, de la cual no se conoce el autor, *La metamorfosis de Su Excelencia*, de Jorge Zalamea, y *Viento seco*, de Daniel Caicedo.

Para contextualizar los antecedentes del Bogotazo, nos remitimos al estudio del historiador Gonzalo Sánchez, quien afirma que al finalizar “la Segunda Guerra Mundial, Colombia seguía teniendo, básicamente, una estructura oligárquica, cuestionada insistentemente en las dos décadas procedentes, pero no seriamente amenazada” (1989, p. 127). Este contexto internacional, sin duda, impactó a Colombia, y contribuyó de manera política y discursiva a reforzar el discurso de nación y a la creación de un enemigo.

En este sentido, es necesario tener en cuenta que para 1948 el presidente era Mariano Ospina, y Laureano Gómez era ministro de Relaciones Exteriores y candidato por el Partido Conservador a las elecciones presidenciales que se aproximaban. Jorge Eliécer Gaitán era el candidato del Partido Liberal.

La inminencia del triunfo de Gaitán, más que previsible era un hecho, alarmó a la oligarquía conservadora, que echó mano del lenguaje de la Guerra Fría para describir a Gaitán como la punta de lanza del comunismo y, por consiguiente, como el representante de oscuras fuerzas destructoras de la libre empresa y de los valores cristianos occidentales (Sánchez, 1989, p. 127).

Tras el asesinato de Gaitán, los discursos en torno al *comunismo* se iban acrecentando en expresiones como “bandolero”, “populacho” y “revoltoso”, todo debido al “fantasma del comunismo”, entre otros términos en los cuales se profundizará más adelante. No se entrará en la discusión de la expresión “caudillo del pueblo” que se le ha adjudicado a Gaitán, pero es necesario tener en cuenta que tenía una fuerza opositora muy importante al Gobierno conservador y se basaba en afianzar las reformas, especialmente la de tierras al tener un contacto directo con el pueblo.

La discusión, insistimos, no es revisar las tensiones políticas de la época entre Laureano Gómez como sucesor de Ospina, ni quedarse en el asesinato de Gaitán, sino comprender que, tras su muerte, el país tomó una postura política a través de los discursos difundidos por Ospina y Gómez. La oportunidad política fue aprovechada a partir de una interpretación ideológica con el fin de deslegitimar las respuestas reivindicatorias de las masas populares frente a dicho asesinato.

Uno de los discursos más recurrentes fue el de “reestablecer el orden” debido a la represión estatal, y los calificativos usados para referirse al 9 de abril como “el día de la abominación”, “el día que debe ser borrado de la historia”, “la amenaza al buen nombre del país” fueron los más usados y se explicarán a continuación. Por un lado,

el presidente Ospina pensaba que el origen del problema había que buscarlo más allá del bipartidismo, es decir, en uno de los terrenos forzosamente nocivos para el país y su bandera discursiva estuvo basada en la Patria, en palabras de dicho expresidente: “... ya no es del Partido Conservador ni del Partido Liberal sino de tremenda amenaza a las instituciones básicas de la vida, honra y bienes de los asociados” (Arias, 1998, p. 4).

Por otro lado, el autor evidencia que Laureano Gómez también hizo énfasis en mantener este discurso, casi tres años después de los hechos enfatizaba en que “la tarea central de su gobierno consistía en la reconquista de la tranquilidad pública perturbada tan profundamente como consecuencia de la subversión del 9 de abril” (Arias, 1998, p. 3), a pesar de que:

La Junta Revolucionaria de la capital fue tímida. Llegó a plantearse el problema del poder [...] pero no tuvo capacidad o vocación de poder [...], su salida después de un memorable trasnocho, la noticia transmitida, desde las emisoras, controladas ahora por el gobierno, fue: se revive la Unión Nacional, y Echandía, el representante de la oligarquía más cercana a Gaitán, es el nuevo ministro de Gobierno. Por su parte, Lleras Restrepo, uno de los más encarnizados adversarios de Gaitán, presidiría los funerales el 21 de abril. También la oligarquía estaría en el entierro (Sánchez, 1989, p. 135).

Estos discursos estaban basados en la moral y en la religión y se difundían a través de los medios de comunicación como el periódico *El Siglo*, que publicó en 1950 el editorial “El día de la abominación”, en el que afirma: “El 9 de abril aún no ha concluido. Esa ola de bandolerismo que ha asolado al país en estos cinco años es fruto consecuencial de esta fecha” (*El Siglo*, citado en Arias, 1998, p. 3). No solo se le atribuye al 9 de abril la responsabilidad de la violencia, sino que se crea un enemigo y una lectura del otro, con el apoyo del discurso de la Iglesia porque el clero también sentó una postura a favor del Estado.

Es necesario destacar que pese a lo acontecido, se le atribuyó al Bogotazo el inicio de la violencia en Colombia. Arias muestra un panorama distinto antes del suceso, pero le atribuye a ese hecho histórico el lenguaje de la violencia y de la creación de una “ola de terror” frente a quien pensara diferente a las ideologías políticas de la época, como se mencionó antes. Este panorama político evidentemente impactó en las prácticas, ya que el aparato estatal se concentraba en diversos *modus operandi* que contribuyeron a que la persecución y la materialidad del bipartidismo no se agotaran, sino que se reforzaran.

Asimismo, la relación de estos hechos con Gómez es clara, según Sánchez:

Laureano Gómez, político aguerrido, brillante y sectario, atiza la confrontación partidista, capta a los terratenientes amenazados o golpeados en las más recientes movilizaciones campesinas, ofrece garantías de acumulación a los capitalistas más asustados que ven en el lenguaje redistributivo de Gaitán un disimulado programa

socialista y, sobre todo, enardece los ánimos de las zonas rurales en donde a la cultivada mentalidad de sumisión secular se agrega el control social y político de la Iglesia (Sánchez, 1989, p. 131).

A continuación, abordaremos tres aspectos fundamentales: el primero son los discursos representados en las imágenes y el texto del cómic corto *La gran mancha roja*. En segundo lugar, se analizarán representaciones de la figura de Laureano Gómez en la novela *Viento seco*, las formas discursivas implementadas en la época en el territorio vallecaucano, los *modus operandi* de los victimarios y las formas de la violencia que se configuraron en la masacre de Ceilán y en la masacre de la Casa Liberal. Por último, se revisa *La metamorfosis de Su Excelencia*, como una respuesta a las presiones de la época.

Análisis contextual del cómic

La gran mancha roja

Este texto fue publicado por la Editorial Bogotá, tiene 102 ilustraciones a blanco y negro acompañadas de textos cortos, escritos a máquina, y se apoya en fragmentos de discursos de diferentes personajes políticos de la época, como Augusto Ramírez Moreno, Rafael Bernal Jiménez, Guillermo León Valencia, Joaquín Estrada Monsalve, Enrique Santos, Mariano Ospina, Laureano Gómez, Jose María Villarreal y Luis Eduardo Nieto Caballero, y obispos en representación de la Iglesia católica, así como los medios de comunicación *El Tiempo* y *Semana*. Por último, resalta apartados de libros y los discursos cortos e imágenes de otros actores como Carlos H. Pareja, Eduardo Zalamea Borda, Joaquín Tiberio Galvis y Rómulo Guzmán.

En conjunto esta obra encierra una serie de aristas complejas. En su forma tiene dos maneras de expresión que la componen y le permiten enfatizar con contundencia que su interés es contribuir a la historia oficial, pero con un estilo comunicativo concreto que le sirve para sintetizar información y al mismo tiempo no concluir en otra historia. Este aspecto se abordará en el análisis general de la obra. El argumento reiterativo en la historieta es señalar al comunismo como responsable de estos hechos. Arias expresa:

El autor de *La Gran Mancha Roja* insiste de sobremanera, desde el comienzo hasta el final, en el mismo argumento. Sin embargo, las imágenes y el texto de esta historieta suministran otro tipo de información acerca de los responsables, lo que permite tener una idea más clara de los “revoltosos”; este tipo de precisiones resulta valiosísimas para entender la imagen que hace el autor del “culpable” (Arias, 1998, p. 4).

En este contexto es necesario recalcar que es posible estudiar en este cómic tanto las formas discursivas del otro como las lecturas intrínsecas en el lenguaje escrito en relación con la imagen.

Resumen de la historia

La historieta empieza con un el título “Para la eterna memoria”, en la que esta se cataloga como una síntesis que:

... encierra la trascendente gravedad de un delito colectivo que no tiene paralelo en los 138 años de nuestra existencia republicana. Y aun cuando las necesidades de la pacificación del país y la recuperación de la autoridad, impusieran una ley de amnistía, los horrendos crímenes que en esos nefandos días se “cometieron” jamás podrán ser olvidados por la república y permanecerán latentes en el recuerdo horrorizado de muchas generaciones. Sobre las transacciones de la política, la moral inmutable tiene ya dado su fallo inapelable y la conciencia, Supremo Juez, al señalar a los responsables de la semana roja de Colombia, afianzará el orden jurídico que nos protege y sin cuyo amparo la sociedad indefensa perecería irremisiblemente.

Esta breve y dramática serie de episodios servirá también para que la historia se escriba sobre la verdad y sin adulteraciones del interés político. Eminentes colombianos de todos los partidos deponen con sus palabras en este proceso y los autores de máximos delitos contra el régimen constitucional y la seguridad del Estado, devastación, incendios, saqueos, homicidios y sacrilegios, también concurren en efígie, para ser condenados por la opinión imparcial sobre el testimonio de sus propias palabras.

A mantener viva la conciencia social, y como ejemplar admonición de vigilancia y defensa contra hechos que no volverán a repetirse, si sabemos tenerlos presentes, va esta historia gráfica de la Gran Mancha Roja del 9 de abril de 1948. Publicación de la Central Informativa Colombiana—Cenic (*Historia Crítica*, 1998, p. 8).

Esta introducción demuestra que la intención de la historieta es divulgar y reafirmar la historia oficial, sin embargo, es necesario detenerse en los aspectos discursivos de la época y en la difusión de los mensajes tanto de derecha como de izquierda, esto en contraste con el contexto anteriormente mencionado.

La primera parte de la historia empieza a representar la importancia de la IX Conferencia Panamaricana y muestra imágenes de la ciudad el 1 de abril de 1948. Posteriormente, aparece la imagen de Jorge Eliécer Gaitán y otra de su asesinato, lo cual evidencia la clásica historia del personaje que le disparó: Juan Roa Sierra. En contraste con ello, muestra las reacciones y agresiones que desencadenaron este hecho, y las formas de difundir la revolución, materializada en el vandalismo, para lo cual los revoltosos asaltaron las ferreterías con el fin de atacar los espacios de referencia más importantes como el periódico conservador *El Siglo*, la casa de Laureano Gómez en Torcoroma y el edificio García Cadena. También plasma ataques a vehículos particulares. Continúa mostrando imágenes de lo que sucede en las calles hasta que la población llega al Capitolio Nacional.

Por otro lado, muestra a la Policía y al Ejército, que intentan controlar a la gente; en las ilustraciones se ve la forma como se ubican en el espacio tanto la población como la fuerza militar. Posteriormente, otros lugares son afectados ante estos enfrentamientos, como el Palacio de Justicia y el Palacio de Comunicaciones.

Ante este panorama, el autor insiste en que el presidente, Mariano Ospina, permanece sereno. Se reúnen los ministros del Despacho Ejecutivo, los altos jefes y los jefes superiores del Ejército, quienes cumplieron las órdenes del presidente; el autor describe a Ospina como el “supremo comandante de las Fuerzas Armadas”. Asimismo, en contraste con estas imágenes ilustra a los liberales que exigían la renuncia de Ospina y aclaran que no han recibido apoyo estatal. En relación con

esta imagen aparece una frase atribuida a Ospina: “Más vale un presidente asesinado que un presidente fugitivo” (ilustración n.º 59, p. 19). El liberalismo y el Partido Conservador formaron la Unión Nacional con la idea de la salvación de la república.

Posteriormente, las ilustraciones evidencian que los asaltos también afectan al Palacio Arzobispal Primado de Colombia, con el argumento de la *alianza atea*, y muestra la postura de monseñor Ismael Perdomo frente a los hechos. El autor continúa ilustrando los saqueos y toma una cita que complementa el discurso en busca de culpar al comunista y centrar a la población en dicho aspecto:

¿por qué lo han hecho? Si como probará, el criminal [Roa Sierra] fue instrumento de los comunistas al liberalismo le queda una consigna: A LA CARGA CONTRA EL COMUNISMO, ASESINO DE GAITÁN Y DESTRUCTOR DE LA REPÚBLICA” (*El Tiempo*, 1948, citado en *La gran mancha roja*).

Otros lugares fueron asaltados: el Ministerio de Gobierno, el Palacio de la Nunciatura, la Universidad Femenina Javeriana y otros lugares religiosos emblemáticos. La revista *Semana* a través de Hernando Téllez, en el apartado titulado: *Terror y vergüenza*, hace una crítica de por qué no asaltaron el Teatro Colón y sí a estos lugares (*Semana*, citada en *La gran mancha roja*, p. 22).

La narración salta en el tiempo al 10 de abril de 1948 y pone en evidencia que aún grupos militares rodeaban los escombros de la ciudad con el fin de mantener el orden. Asimismo, desde Boyacá el gobernador Villarreal había enviado tropas a Bogotá, así como el gobernador de Nariño, que “llegaban a tiempo para salvar la república...” (*La gran mancha roja*, ilustración 82, p. 24).

... pero tesoros inmemorables de ella ya se habían perdido para siempre, la misma tea criminal que incendiará el palacio de San Carlos, la Plaza de Bolívar, sede de la Cancillería, quemada también y reducida a escombros, la casa del hotel Regina donde habitó y murió el General Francisco de Paula Santander (*La gran mancha roja*, ilustraciones 83 y 84, p. 24).

En las siguientes ilustraciones cuestionan quién mató a Gaitán, a lo cual responden: “NO FUERON LOS CONSERVADORES” (*El Tiempo*, citado en *La gran mancha roja*, p. 24). En los dibujos inmediatamente siguientes se muestra la forma como la fuerza pública actúa desde los tejados de las casas y cerca a la torre Santa Bárbara, usando la estrategia rusa. Tras esta descripción, el autor muestra en las siguientes caricaturas el panorama del 9, 10 y 11 de abril, en contraste con los medios de comunicación. Se le atribuyó la responsabilidad a los comunistas de “sabotear la Conferencia Panamericana”. El cómic termina con la narración del crimen de Pedro María Rodríguez en la Plaza de Armero y refuerza una vez más la relación de los hechos del 9 de abril con la figura de la Iglesia.

Análisis de imágenes contundentes de la historia

En esta parte del documento se tomarán imágenes específicas de la historieta con el fin de analizar cómo el discurso internacional de la Guerra Fría incidió durante el mandato de Ospina, el Bogotazo y la posesión del cargo de presidente de Laureano Gómez. Como primera medida, se busca relacionar las imágenes y el texto del cómic *La gran mancha roja* con relación a los responsables del “desorden público” y los personajes que utiliza el autor. En segundo lugar, se conectan dichos discursos e imágenes con la figura de Laureano Gómez.

Discursos de lo popular

El discurso del comunismo es reiterativo en la historieta, así como la forma de atribuir la responsabilidad del asesinato de Gaitán al comunismo, lo cual evidencia que la ideología internacional de la Guerra Fría fue implementada en la época, influía en las prácticas cotidianas y contribuía a dividir la población entre quienes estaban en contra del comunismo, o mejor, a favor del Gobierno, y quienes no lo estaban y por ello recibían el calificativo de “populacho”, “bandoleros” o “comunistas”, entre otros adjetivos.

En el cómic se pueden ver reflejados estos postulados. El discurso de lo popular no distinguía clase ni posición social, por ejemplo, incluía al rector de la Universidad Nacional, en aquel entonces Gerardo Molina, a quien describen en la ilustración número 30 como lo muestra la imagen. También relaciona a otros personajes.

Figura 4. Imágenes 30, 31 y 32 de *La gran mancha roja*, p. 14.



Por otro lado, el cómic desde el principio reitera que los revoltosos asaltaron los lugares más representativos de la ciudad, que vestían joyas robadas de las tiendas y que prendieron fuego a las ferreterías. En la imagen número 43 se evidencia la relación que establece el autor entre los prisioneros y los “revoltosos”.

Figura 5. Imagen 43 de *La gran mancha roja*, p. 16.



El aspecto religioso de la historieta no se puede desligar del discurso que le atribuyó a la población revolucionaria. Se le adjudicó la culpabilidad no solo al comunista, sino que además se relacionó a la gente con la denominada alianza atea:

Si el Partido Liberal de Colombia respeta la religión católica y a sus ministros, ¿por qué no ha condenado el saqueo de los templos y el ultraje a las personas consagradas al culto católico? ¿Por qué prefiere que los rectores y maestros de la juventud sean ateos y materialistas? ¿Si el Partido Liberal respeta a la sociedad cristiana, por qué ampara y aparece confundido con el comunismo que la ataca y quiere destruirla? Si es amigo del orden, de la seguridad y tranquilidad de los ciudadanos, si define a la familia, la propiedad y el trabajo creador, ¿por qué protege al comunismo que predica el odio y la lucha de clases? Un partido que en tal forma contraría y desprecia lo que los colombianos amamos y defendemos no puede, sin apelar al engaño y a la mentira, reclamar el apoyo popular para el gobierno del país (José María Villarreal, citado en *La gran mancha roja*, p. 20).

Los espacios religiosos que se mencionaron en el resumen fueron afectados por el asalto, sin embargo es necesario destacar que en la cita anterior se resalta de manera contundente la relación de la Iglesia con la difusión del “deber ser”, y del ciudadano conservador con el “buen cristiano”. De esta manera, la Iglesia toma postura frente a lo acontecido y le da legitimidad en las prácticas cristianas a que el accionar de las personas corresponda al de no ser “revoltosas” y, por consiguiente, a hacerse preguntas y a tratar de dar respuestas sobre lo acontecido.

Descripción del 9 de abril y atribución a los responsables

En el cómic se le atribuye la responsabilidad de la muerte de Gaitán al comunismo, lo cual podría interpretarse como una contradicción ya que en los aspectos analizados se asocia al Partido Liberal con el comunismo. Por ello es difícil pensar en lo que los diferencia o en la

claridad de la relación de ambos en torno a la culpabilidad del crimen. Sin embargo, es posible analizar que en el cómic se asocia a Gaitán con el comunismo, y al pueblo que hizo la revolución con el Partido Liberal, con quienes cometieron el asalto.

El cómic intenta evidenciar que el Partido Conservador no tuvo ninguna relación con el asesinato de Gaitán, sin embargo estas reiteraciones, junto con las imágenes, muestran que este y la fuerza pública tienen parte de responsabilidad en los hechos, en particular porque con la idea de “mantener el orden” se legitimaban las agresiones a la población.

NO FUERON LOS CONSERVADORES. Y no lo fueron porque el delito aprovecha exclusivamente a los comunistas, en su propósito de sabotear la IX Conferencia, en obediencia a órdenes de Moscú. La lógica se impone. ¿Cuál era el único medio de provocar conmoción capaz de acabar con la conferencia? No había sido sino uno solo: la muerte del caudillo que había conquistado justamente el afecto ideológico de las masas bogotanas. El doctor Gaitán había quitado a los comunistas muchos de sus elementos naturales. ¿Qué había que hacer entonces? Suprimir el obstáculo. Y para ello obraron con habilidad diabólica (*El Tiempo*, 1948, citado en *La gran mancha roja*, p. 24).

La comunidad internacional apoyó esta afirmación que se reitera a lo largo del cómic. Para ello, cita el texto “La penetración soviética en América”, de Fandiño Silva, en el cual se asocia el asesinato de Gaitán con Rómulo García y la maquinaria del partido prosoviético venezolano.

Respuesta del Estado con la fuerza pública

En la imagen 82 es posible observar cuando la fuerza pública llega de Boyacá a proteger la república. Asimismo, en las imágenes 41 y 88 se pueden ver que en realidad la revolución fue tímida y que la maquinaria política y militar que puso a disposición el Estado era de gran magnitud y que implicó toda una estrategia para difundir el terror.

Figura 6. Imágenes 82, 41 y 88 de *La gran mancha roja*, pp. 24, 16 y 25, respectivamente



82) Llegaban a tiempo para salvar la República....



41) Y tenían que limitar su acción inicial a la defensa del símbolo de la autoridad y a constantes ataques de la Policía insurrecta.



88) Se habían repartido con deliberada estrategia rusa los mejores sitios, y fue necesario batirlos con fuego de cortina como en el caso de la torre de Santa Bárbara, en donde un solo disparo cayeron piedras, ladrillos y comunistas....

Marino Ospina contra Laureano Gómez

El discurso de Ospina es transversal en el cómic, su maquinaria política, junto a la Iglesia, instauraron palabras como “las personas de bien”, “los buenos cristianos”, “lo popular”, “lo populacho”, “los revoltosos” y “comunistas”, entre otras expresiones, e incluso remarcan la relación del Gobierno con otros países. En uno de los discursos citados en *La gran mancha roja*, Ospina afirma:

Jamás una ciudad fue sometida, como Bogotá, al más tremendo sacrificio. Sus edificios, sus monumentos, sus ricas mansiones fueron objeto de una vandálica destrucción que redujo a escombros obras de arte y de belleza, orgullo de la cultura colombiana. Cuanto habíamos construido con inmenso esfuerzo para presentarnos decorosamente ante las naciones amigas, fue bárbaramente aniquilado hasta dejar convertido todo en un hacinamiento de escombros. La historia nacional no conoce una página más vergonzosa de profanación y cobardía (Ospina, citado en *La gran mancha roja*).

Por otro lado, la alianza militar, la estrategia y el poder se ven de manera directa en las siguientes imágenes de la figura 7.

Figura 7. Imágenes 55, 56 y 57, *La gran mancha roja*, p. 19.



55) Los Ministros del Despacho Ejecutivo: Zuleta, Angel, Everiste, Saurá, Joaquín Estrada, Mansilla, José V. Dávila, Tello, José M. Bernal, y Lozano y Lozano, rodearon también en esa hora difícil al Jefe del Ejecutivo.



56) También se hallaban en Palacio los allos Jefes del Ejército y entre ellos los Generales Germán Ocampo, Sanjuán y Sánchez Amaya.



57) Al lado de los Jefes superiores, a lientes y patriotas oficiales del Ejército y la Aviación, cumplen las ordenes del Presidente Ospina, supremo Comandante las Fuerzas Armadas.

La relación discursiva entre Ospina y Laureano Gómez no aparece de manera directa en el cómic, sin embargo Gómez, al ser el ministro de Relaciones Exteriores, podía tener comunicación internacional y, por ende, difundir los mensajes que se crearan en la Presidencia. Eso lo convertía en un personaje de vital importancia discursiva durante el mandato de Ospina, además era el candidato sucesor y quien, posterior a todos estos hechos, asumió el poder.

La figura de Gómez solo aparece de manera explícita cuando atacan su casa en Torcoroma, cuando los revolucionarios atacan *El Siglo* por su clara relación con dicho medio de comunicación y cuando observa el saqueo de la ciudad.

Figura 8. Imágenes 48 y 11.
La gran mancha roja, pp. 17 y 10, respectivamente



48) Dr. Laureano Gómez.— Al tiempo que los energúmenos de la radio infamaban la República asercando que ilustres colombianos habían sido sacrificados en la plaza de Bolívar,



11) El odio inculcado contra el ilustre americano Dr. Laureano Gómez, se extremó contra su residencia «Torcoroma» en Fombión, cuya rica e irreemplazable biblioteca fue incendiada, junto se edificación y los muebles de la casa

Para concluir, es pertinente destacar que la relación del discurso de la Guerra Fría con la situación política de Colombia se agudizó durante el Bogotazo, y que las lecturas del otro como el *enemigo* marcaron un importante antecedente histórico para la cultura del país. Este discurso reiterativo necesitó de una maquinaria política que involucró la religión y las fuerzas militares con el postulado de “salvar la patria”, para de esta manera incidir en las prácticas con un lenguaje sectario y excluyente. Asimismo, las figuras de Ospina y Gómez fueron muy importantes porque le atribuyeron al liberalismo adjetivos que atentaban contra el orden y la nación.

Análisis de la obra literaria *Viento seco*

La obra se ubica en Ceilán, corregimiento cerca de San Rafael, en el Valle de Cauca. En 1950 se había perpetrado una masacre en ese lugar, en la que se configuraron diferentes actores como los pájaros, los chulavitas, los detectives y la Policía. Según *El Espectador*, la masacre dejó aproximadamente 250 muertos y generó desplazamientos. En un testimonio que recoge Molano, lo describe así:

Cuando parecía que se calmaba la matazón del puente de San Rafael que dejó varios días rojo el río, una tarde se desató un aguacero de balas. De las esquinas del pueblo, del atrio, de la

torre, del techo de la alcaldía, de todos lados salía plomo. Los vecinos corrían de un lado para otro, la guardia cívica disparó 80 tiros, los que tenían, y todo el mundo echó para el monte. Hasta los tullidos corrían (Molano, 1994, p. 62).

La obra también narra la masacre del 22 de octubre de 1949, perpetrada por los pájaros, los chulavitas y los detectives en la Casa Liberal de Cali, lugar donde se refugiaban los desplazados y familias afectadas por los diversos operativos de dichos grupos.

Cabe resaltar que, a pesar de su gran difusión y recepción, la obra fue controversial, ya que fue una de las primeras en ocuparse de la violencia. Según Bedoya y Escobar en el análisis que le hacen en el texto *La novela de la violencia en Colombia: Viento seco de Daniel Caicedo*, publicado en 1980, afirman: “Todavía se mantiene el interés por la lectura a pesar de la censura moral y política que tuvo que soportar para mantenerse como documento real, como novela de testimonio de uno de los períodos más nefastos de la historia nacional” (1980, p. 7).

Resumen de la historia

La historia inicia cuando Antonio Gallardo y su esposa, al hacer el recorrido cotidiano para regresar a casa en la noche, se encuentran con un ataque de los chulavitas en la “torreta”, lugar donde la pareja se hallaba. Permanecieron sigilosos, “se distinguían ruidos de maderas rotas, golpes, disparos sordos y explosiones. Y entre ellos una confusión de gritos” (Caicedo, 1953, p. 46). La pareja estaba a solo un kilómetro de su destino, por lo cual, podían oír e intuir lo que acontecía. A pesar del miedo lograron calmarse y seguir su camino. Al llegar a casa la encontraron ardiendo en llamas, pensaban en sus familiares: “los viejos” (padres de Antonio) y su hija.

Gallardo se enfrentó por primera vez a un chulavita mientras su esposa buscaba a los suyos en casa; logró sacar con vida del recinto a la niña, a quien seguramente dieron por muerta los victimarios, según el texto, tras una violación. La pareja se dirigió a la carretera porque “la calle principal de Ceylán estaba llena de detectives y policías uniformados y de civiles con armas” (Caicedo, 1953, p. 54). Tomaron un

atajo que los conducía a Andalucía y en el camino presenciaron algunos ataques por parte de los pájaros hacia transeúntes y habitantes liberales, ellos siguieron el sendero paralelo al río Bugalagrande y su táctica fue nuevamente ocultarse con su hija, quien muere a causa de las quemaduras que le produjeron una fuerte hemorragia; la entierran cerca de un guayacán florecido.

Continuaron su camino y se encontraron con Pedro, hijo de un conocido, quien había salido al campo cuando fue el asalto. Llegaron a Andalucía, a la casa de Andrés, quien los llevó a Cali. La situación en Andalucía era difícil, los habitantes ya habían empezado a irse para la capital. Andrés atendió a los visitantes, pero ellos, aún impactados con lo acontecido, no quisieron alimentarse.

Emprendieron el viaje al otro día. Después de dos horas y media de trayecto estaban en Juanchito, cerca de un puente sobre el río Cauca. Los detuvieron en un retén de la Policía y fueron sometidos a agresiones. Mientras Pedro y Antonio eran conducidos al *jeep* en el que se transportaban los uniformados, a Marcela la trasladaron a un cabaret. Entre tanto, Andrés lograba concretar un chantaje con los policías, quienes aceptaron el intercambio de dinero y vieron la posibilidad de seguir extorsionando a Andrés; de esta manera, pudieron llegar a Cali.

Los desplazados se refugiaron en la Casa Liberal mientras que Andrés se hospedó en un hotel cerca. Allí,

Los viajeros recién llegados buscaron desorientados un pequeño espacio vacío entre la multitud. No distinguían a ninguna persona. Todas las personas eran como una sola, enorme, gigantesca con cientos de ojos y de brazos, y de bocas y de piernas, y con una voz confusa, profunda que llenaba el solar y era formada por las voces de todas las bocas (Caicedo, 1953, p. 97).

Una mujer llamada Cristal los orienta, les busca un lugar donde dormir y les proporciona su propia ración de alimento.

Con el paso de los días la situación para la pareja de casados se iba dificultando. Por un lado, Marcela entra en una profunda depresión y por otro, su esposo, en medio de su angustia por Marcela, se enfrenta a la ciudad y sale a trabajar, pero sus esfuerzos son en vano.

Además, la población liberal tenía que evadir a los carros fantasmas que operaban con autorización del Gobierno y lideraban operaciones para “cazar rojos” mediante la fuerza policial y detectives vestidos de civil y armados.

El 22 de octubre fue un día muy importante en la historia de la novela, ya que el detectivismo se hizo evidente. Mientras los desplazados se encontraban en la Casa Liberal en una conferencia, los carros espías cumplían su labor en los alrededores, y empezó de nuevo la matanza, tanto de transeúntes como de quienes se refugiaban. Dispararon contra la multitud hasta terminar sus balas.

A pesar de las llamadas que se hicieron desde el hospital más cercano del atentado a las autoridades pertinentes, estas no contestaron hasta cuando terminó el ataque. “La Policía ni siquiera se dio por notificada de las llamadas. Todos protegían la retirada de los detectives y mientras tanto los heridos se desangraban” (Caicedo, 1953, p. 115) y el desequilibrio invadió la casa. En esta masacre Antonio fue capturado.

Gallardo fue trasladado a la cárcel, también llamada “el Manicomio”. Allí fue arrojado al patio de los calabozos. Los chulavitas lo golpearon en todo el cuerpo hasta que finalmente perdió el conocimiento. El sargento dio la orden de que fuera trasladado a “La Jaula” donde permaneció en este estado y volvió a tener conciencia por unos minutos, pero permanecía inmóvil alrededor de los cadáveres y de sobrevivientes.

En este lugar vivió una serie de maltratos. El autor describe de manera profunda las torturas a que fueron sometidos prisioneros como Gallardo, lo que muestra los *modus operandi* y las obsesiones de los perpetradores que pasan por coleccionar uñas, castrar a los prisioneros, emplear alambres eléctricos, entre otras formas de violencia que se analizarán en otro apartado.

Posteriormente, los chulavitas llevaron los cuerpos de sus prisioneros hacia las afueras de Cali, se detuvieron en el río y empezaron a arrojarlos allí. Sobre el cuerpo de Gallardo cayó un muerto que ayudó a ocultar que seguía vivo, pues los chulavitas disparaban al agua a la menor sospecha de que alguien siguiera vivo. Antonio luchó contra las adversidades del agua y el viento hasta que tuvo la suerte de encontrarse con Martín, un boga que le salvó la vida y junto con su

esposa lo cuidó durante dos meses; esto lo hicieron con varios de los moribundos que se encontraban en el río.

Antonio regresó a Cali para buscar el cadáver de su esposa, quien había muerto en el atentado contra los liberales. Gallardo se fue para el cementerio en busca de los muertos del 22 de octubre. Encontró la tumba, una mujer se le acercó y le dio la dirección de Cristal, quien le había encargado esta misión. Él repite la dirección en su mente porque se había borrado el último número de la tumba de Marcela. Logran encontrarse y cuentan sus historias y sus deseos de materializar su venganza, ya que Cristal había sido víctima de la violencia sexual en su pueblo.

Gallardo empieza a materializar su venganza y decide unirse a la guerrilla de Emilio para cobrar la muerte de los suyos, junto a Pablo Ortiz. Llega a Anserma y luego al monte, para unirse a la guerrilla. Por su parte, Cristal también logra vengarse y asesinar a varios policías, para, finalmente, envenenarse junto con sus víctimas.

Antonio, para adherirse a la guerrilla de Emilio, debe pasar por varias pruebas. Llega a tener una confianza especial y pasa a ser el jefe tras el asesinato de Emilio y de Luis, su hermano, pero es traicionado y asesinado por Pedro, detective que ingresó a la guerrilla gracias a la confianza que Antonio le da. Él logra desarticular la guerrilla al asesinar a dos de sus líderes.

Representaciones y actores fundamentales en la novela *Viento seco*

Esta novela narra una serie de situaciones complejas que corresponden a la época y que demuestran que el discurso de ese momento estaba acompañado nuevamente por el aspecto religioso y político, evidente en diversas formas de materializar la violencia, en los *modus operandi* de los victimarios y en los mismos escenarios violentos del Valle del Cauca.

En esta parte nos enfocaremos únicamente en analizar algunas escenas que permiten dejar en evidencia el discurso de lo *popular* y lo *revoltoso*, el papel de los medios de comunicación y la maquinaria política de Laureano Gómez, especialmente su relación con la masacre del 22 de octubre y, desde luego, con los victimarios.

El aspecto discursivo que se planteó anteriormente en torno a la Guerra Fría es posible identificarlo en la novela y de manera directa, por ejemplo: en el momento en que la Policía detiene a Marcela, a Antonio, a don Andrés y a Pedro, don Andrés pregunta por los motivos de la detención y la respuesta es: “Porque ustedes son revoltosos de los que atacaron a las autoridades anoche” (Caicedo, 1953, p. 88).

Otra imagen contundente es la forma como aparecen los medios de comunicación. Antonio expresa su opinión al conversar con otro desplazado en la Casa Liberal: “... Yo que soy una víctima de los asesinos, yo que he perdido cuanto tenía, leo en esos pasquines falan-gistas que en Ceylán no ha sucedido nada y que ‘los pocos’ muertos fueron conservadores atacados por liberales revoltosos” (Caicedo, 1953, p. 88). Posteriormente, hace una crítica que se centra en la des-información generada por los medios y la censura de la verdad de los hechos. Lo anterior corresponde al apoyo de la violencia a través de la ideología de la Guerra Fría y sus redes de difusión, como los medios de comunicación, los discursos políticos y la Iglesia —aspecto que tomaremos más adelante—. Estas formas de ejercer el poder influyen en los discursos cotidianos y le dan legitimidad al conflicto bipartidista en la novela.

Relación de las masacres con Laureano Gómez

Las masacres que narra la novela ocurren durante el periodo presidencial de Laureano Gómez. Ya estaban organizados los pájaros y los chulavitas, quienes mediante diversas formas de operar tenían la potestad de asesinar a los liberales, de realizar acciones violentas sobre los cuerpos, las familias, las pertenencias e incluso los animales y, como se evidenció en el resumen de la obra, de infligir las múltiples torturas a las que fue sometida la población liberal. Sin embargo en este apartado nos centraremos en las masacres de Ceilán y la del 22 de octubre. En la primera, Antonio y Marcela tienen que recurrir a diversas tácticas para sobrevivir, como no pasar por las vías principales, sino seguir el río para encontrar una salida segura y posteriormente encontrarse con don Andrés.

Los victimarios sabían exactamente qué casas atacar, porque habían sido marcadas de rojo; como expresa Pedro: solo se salvaron los godos. Así había pocas posibilidades de fallar. La manera como procedieron en esta masacre fue la quema y destrucción de las casas y de las pertenencias; particularmente a los familiares los amarraron y los dejaron dentro de la casa junto con su hija María José, a quien dieron por muerta. También mataron a Tritón, el perro.

En relación con la masacre del 22 de octubre, es pertinente resaltar que los victimarios actúan de manera conjunta y rápida al dispararle a la multitud de desplazados sin distinción alguna y con ayuda del Estado: un comandante, al parecer del Ejército, y un gobernador (Caicedo, 1953, p. 113). La población no estaba preparada para este ataque, sin embargo

... desde la Clínica Médica que está situada en frente, llamaban a la brigada y al Cuartel. Por estos teléfonos los vecinos pedían a las distintas autoridades locales que vinieran. De la Guardia del Batallón y del Comando anunciaron su inmediata presencia en el lugar, pero no llegaron hasta después del asalto (Caicedo, 1953, p. 115).

De acuerdo con lo anterior, es posible evidenciar que el aparato estatal apoyaba el accionar de los pájaros y los chulavitas, y los detectives podían cometer esta serie de asesinatos y maltratos con la ayuda de las autoridades y con el discurso del enemigo, del comunista y revoltoso, extraído de la Guerra Fría.

Por otro lado, de acuerdo con Escobar y Bedoya, la relación de Laureano Gómez con la masacre del 22 de octubre va más allá de que él era el mandatario de la época, y se fundamenta en un discurso de Lleras Restrepo, quien manifestó que en septiembre de 1949 Ospina se

... entrega irrestrictivamente a la voluntad de Laureano Gómez, hecho que será nefasto para la estabilidad de la “democracia” colombiana. Laureano impondrá, entre otros, al conservador Nicolás Borrero Olano como gobernador del Valle del Cauca. Este gobernará desde el 8 de octubre de 1949 hasta el 12 de mayo de 1950.

Durante este periodo sucede la masacre de la Casa Liberal en Cali, el 22 de octubre de 1949 (Escobar, 1980, p. 27).

Lo anterior, demuestra que ya había una lectura de Lleras y quizás las de otros políticos que habían identificado el asunto, y además lo ponían en evidencia en sus discursos e incluso en textos. Lleras afirmó en el libro *De la república a la dictadura*:

Todos los nombramientos son elementos incondicionales del señor Gómez y conocidos por su espíritu violento y sectario... Fueron sus hombres de confianza los agentes de la violencia; él quien inventó la teoría para justificarla... La verdad es que Ospina y Gómez son solidarios de la atroz empresa que condujo al derrumbe de las instituciones y a la desolación de la república (Lleras, citado en Escobar, 1980, p. 27).

Análisis de la obra literaria ***La metamorfosis de Su Excelencia***

Descripción de cómo está escrito el texto

La obra fue publicada en 1963, pero trae una aclaración en la última página: “Se escribió este relato en la ciudad de Bogotá, en los días finales del mes de octubre de 1949, bajo el terror de la época”.

Por otro lado, la obra ha sido comparada con *La metamorfosis* de Kafka, como un recurso literario empleado para no tocar de manera directa aspectos políticos, aunque es posible establecerlos en su análisis.

Resumen de la historia

La historia empieza cuando Su Excelencia se levanta del escritorio, finge buscar un libro en la oficina de Fomento y al tener el control del lugar y asegurar una lejanía corporal con el ministro, le dice: “Lo llamaré mañana. Buenas Noches, señor Ministro”. Él responde y se retira.

Su Excelencia estaba incómodo por un olor putrefacto que emanaba del lugar. Husmeó en la oficina del ministro, pero seguía manifestando corporalmente su malestar, hasta que se acercó a la puerta y localizó el hedor allí en la mitad del despacho presidencial, “en la mesa, en el aire todo, estaba el hedor”. Luego, este olor le produjo hipo y un ligero desmayo. Posteriormente, empezó a sufrir una transformación que lo convirtió en una bestia.

Su nariz empezó a cobrar vida propia, podía identificar los sosos olores de los demás políticos como el del ministro de Gobierno y de otros personajes como el del “director de la Policía, del presidente de la Corte, del capellán de palacio”. Asimismo, el mandatario llegó a clasificar los putrefactos olores, pero en últimas todos eran lo mismo: “Un soso olor” que se convirtió en un problema, hasta tal punto que recurrió a proteger su nariz con algodones perfumados.

Con el paso del tiempo sus medidas se agudizaron, ya que no soportaba a los demás, por ello impuso nuevas reglas que implicaban poco contacto corporal. Empezó a pensar en la muerte de los hombres, pero una muerte clasificada por la riqueza y la clase, en ella relacionó primero a la clase alta y luego a los que el autor describe como “los sin nombre”.

A menudo Su Excelencia soñaba con imágenes de muerte y lo relacionaba con la religión, aspecto en el cual se profundizará en el análisis. Mientras tanto el hedor se seguía acrecentando y se preguntaba por qué los demás no lo percibían. Llegó un momento en que se cansó y decidió alejarse de las personas a quienes les atribuía ese olor.

De repente Su Excelencia tuvo un espacio de tranquilidad y sintió no solamente otro tipo de olores como el de pino, piñas, piñones y sol, sino que aparecieron sus recuerdos de infancia y le trajeron hasta su despacho el aroma del “pozo azul” que tenía “la más pura y fría agua”.

Este olor vuelve a aparecer un día que Su Excelencia se acerca a sus hijos; consternado, tiene pensamientos dolorosos al respecto y busca ir nuevamente al pozo de recuerdos de antaño. Allí reconoció cada parte del lugar, rio y sintió de nuevo la calma. Cuando intentó sumergirse en el agua encontró que el olor soso no solo estaba en su nariz, sino que el agua y el espacio en general también emanaban el

olor a matadero. De nuevo se desesperó y empezó a gritar. Su chofer y su edecán lo ayudaron a salir de allí.

Análisis de aspectos contundentes de la novela *La metamorfosis de Su Excelencia*

La figura de Laureano Gómez es representada en *Su Excelencia* y evidencia la metamorfosis que sufre el personaje en el inicio de la novela, con el fin de recrear el sarcasmo en el discurso que el exmandatario difundía durante su periodo presidencial.

Laureano quizás combatió por más tiempo y con mayor acritud a los dirigentes de su propio partido que a los del Partido Liberal. Para él, el liberalismo era el basilisco, el monstruo horrendo de pérfido corazón masónico, garras homicidas y pequeña cabeza comunista hambrienta de revolución (*El Tiempo*, 1999).

Sin embargo el autor se refiere al exmandatario de manera directa solo cuando su olfato se convierte en una preocupación para él: “Las narices de Su Excelencia, las narices presidenciales, comenzaron a convertirse en la única preocupación de Su Excelencia”.

Por otro lado, las descripciones del autor permiten recrear imágenes poéticas que le proporcionan al lector una fina representación del hedor y del pozo. Para ello emplea una narrativa en la que no solo construye frases poéticas, sino que es reiterativo en algunas de ellas, a otras las acentúa en negrita, a otras en negrita y mayúscula sostenida y otras únicamente en mayúscula.

En primera medida, es importante destacar la imagen literaria en la que *Su Excelencia* sufre la metamorfosis:

Otra vez, el rostro atezado, redondo, macizo, inexpresivo de Su Excelencia sufrió una metamorfosis de inexplicable encanto: mientras los redondos ojo abiertos no pretendían ver nada, la tensión del cuello, los ágiles movimientos de la cabeza y la rápida palpitación de las aletas de la nariz le rejuvenecían, la prestaban la cándida sorpresa y la sutil inteligencia de una bestia que acabara

de comunicarse con el mundo misterioso porque el aire le trajo de él, en una invisible brizna de pólen, todo su vibrante paisaje.

En la anterior imagen, Zalamea muestra la metamorfosis como un proceso que tiene doble cara, la de la bestia a la que su nariz se le rejuvenece, y al mismo tiempo contrasta el polen y el paisaje con un párrafo que describe la forma como él empieza a detectar el hedor:

un soso olor a matadero,
Un soso olor a matadero,
UN SOSO OLOR A MATADERO¹.

Esta expresión se repite constantemente y lo relaciona con “**sábanas mancilladas, flores en putrefacción, húmedas cenizas, vendas sangui-nolentas... y el tufo extrañamente farruginoso de la cadaveriana**”. Su Excelencia no puede controlar lo que sucede con su nariz al identificar este olor tan putrefacto y se lo atribuye en especial a los ministros de Gobierno y de Fomento, y posteriormente a casi todas las personas hasta el punto de tener que ir al pozo azul.

Sin embargo el autor también es contundente cuando afirma que ese “soso olor” pertenece a Su Excelencia y además se cuestiona: “**¿Por qué no perciben LOS DEMÁS este hedor?**”, y cambia de posición hacia la ventana del despacho:

La abrió. Venteó la noche, alargando el cuello como un gran ciervo herido. Hundió luego la cabeza entre los hombros, inclinándola sobre el pecho para husmearse en sí misma. Y descubrió entonces que el oledero estaba en ella. Ahora comprendía que se ocultaba de sí mismo y que buscaba alejarse de su propio olor.

Otro de los aspectos fundamentales de esta obra es que la muerte y el deseo de esta bestia por matar se hacen evidente en los sueños, recurso que usa el autor en otras formas en las que Su Excelencia expresa

1 Las negritas y mayúsculas de todas las citas del texto analizado corresponden al original.

sus deseos. Las primeras muertes que empieza a imaginar son las de “... los muertos que por su apellido, casta o riqueza la obligaban a asistir a su entierro; los muertos de su misma clase: de primera clase”. La idea de la muerte posteriormente no distinguía clase y comenzó a pensar en que “la muerte del hombre desposeído no acaba en la tumba ni se traslada al otro mundo, sino que se prolonga sobre la tierra, repitiendo su agonía en el hambre de una viuda o contagiando de su miseria al racimo de hijos”.

Estas imágenes son una muestra de la época, la muerte en relación con el “soso olor” muestra la violencia bipartidista y la lectura del otro como el “enemigo”, el diferente que debe ser exterminado independientemente de su clase. Por ello, cuando Su Excelencia se da cuenta de que él mismo es quien lleva este olor a muerte, entra en un estado que le permite ignorar su culpabilidad, tanto así que se empieza a comparar con Dios, lo que le da a la novela una relación directa con el ser cristiano y además le atribuye al personaje ínfulas de superioridad.

Zalamea evidencia este aspecto después de que narra sus deseos de muerte. En contraste con la imagen del católico ejemplar, nadie sospecharía que estos actos se le atribuyeran, además se justifica la muerte de alguien que atente contra los valores y la moral de la época. Dice la bestia:

Si yo mato a un hombre que se halla en pecado mortal; que puede, además, hallarse en tal estado por la provocación de mi justicia, de mi ira o de mi violencia, no solamente mato su cuerpo sino también su alma, a la que condeno a la perdición eterna, como si yo fuera el propio Dios. De no haberle quitado la vida, ese hombre hubiera tenido tiempo de reparar sus pecados y ganar la bienaventuranza: PERO YO LE TRONCHÉ AQUELLA POSIBILIDAD, LE ROBÉ A ÉL UNA ETERNIDAD DE BEATITUD Y LE ROBÉ AL MISMO DIOS LA OPORTUNIDAD DE SU CLEMENCIA.

Para concluir, entre los aspectos que Jorge Zalamea deja en evidencia en esta obra es posible reconocer la relación del discurso impuesto ante la lectura del “diferente” y la legitimidad que le da la Iglesia para exterminarlo sin importar su condición social. Por otro lado, la metáfora

del olor fétido y de la bestia le da la vuelta a dicho discurso y pone al lector a relacionar la bestia con el propio discurso de Gómez sobre el comunismo, y no solo representa ser víctima de ello, sino que además deja en evidencia que esa misma bestia tiene momentos de tensión que le producen incertidumbre.

Al mismo tiempo, esta bestia se siente con la capacidad y el deseo, con base en la fe, de matar al igualarse con el estatus de Dios y sin olvidar que es el mandatario del país en ese momento, lo cual le da legitimidad. Finalmente, la historia termina cuando Su Excelencia entra en un estado de desolación al llegar al pozo y reafirmar que él es el maloliente y grita como una bestia. Su chofer y el edecán lo sacan del lugar desnudo, en palabras coloquiales, como cualquier cristiano.

A modo de cierre

El recorrido de los tres textos que corresponden a este capítulo pone en evidencia que durante 1948 se agudizó la violencia en el país, a lo que contribuyeron varios aspectos políticos. Del análisis del cómic *La gran mancha roja* se desprende la clara relación de Gómez y Ospina no solo con el asesinato de Gaitán y las tensiones y poderes que hicieron contraste, sino cómo, mediante un discurso beligerante en contra de los liberales, estos personajes políticos intentaron disminuir y desviar la atención sobre la muerte del caudillo liberal. A esto se sumó la participación en su materialidad de la Iglesia y las fuerzas militares.

Lo anterior contrasta con la novela *Viento seco*, que muestra a pájaros y chulavitas, quienes están autorizados por el Gobierno para agredir, amenazar y matar a las personas que no están de acuerdo con el Estado. Para este entonces ya Laureano Gómez había tomado el poder. La relación con la masacre del 22 de octubre de 1949 no solo se da por el discurso de Lleras, sino porque no se encontró evidencia de que el Estado se pronunciara al respecto. Por otro lado, se puede inferir que los medios de comunicación son parte vital tanto de la novela como del cómic, ya que sus publicaciones contribuían a reforzar los imaginarios en torno al otro por ser liberal.

Por último, la novela *La metamorfosis de Su Excelencia* muestra una imagen de Gómez que muta en la bestia maloliente que él asocia con el comunismo. El mal olor que reconocen sus fosas nasales y que le atribuye a los demás lo lleva a aplicar estrategias para tener el menor contacto posible con lo demás en un principio; posteriormente, se da cuenta de que este hedor proviene de sí mismo. Este soso olor lo lleva a justificar matar al otro por tener faltas de “un buen cristiano”, aspecto que se relaciona con la novela *Viento seco*, ya que muchos de los liberales eran asesinados por ser señalados de protestantes, revoltosos, no buenos ciudadanos o ir en contra de alguna de las normas del Estado.

Escrita en 1949 bajo el terror de la época, la novela reafirma que la vigilancia y el control sobre el liberal, al ser un sujeto diferente, implicaba en definitiva una estrategia estatal que se legitimaba en el discurso de librar la patria de personas indeseables.

Interrogantes sobre el progreso de Colombia¹

El 5 de junio de 1928 el doctor Laureano Gómez pronunció la conferencia que se transcribe, pieza que provocó tan honda controversia que hubo de ser ampliada en el mismo escenario el 3 de agosto de aquel año. Esta conferencia, de carácter sociológico, hace parte de “Las conferencias del Municipal”.

Señoras y señores:

Esta cátedra fue establecida por la laudable iniciativa de Alfonso López, para responder a una apremiante necesidad social y corregir un vicio: la necesidad que es la de conocer la posición intelectual que los hombres de pensamiento de las distintas generaciones que conviven en la actualidad, adopten ante el fenómeno presente de la vida colombiana; el vicio es el del hermetismo y el silencio, el desvío y la desidia con que se ven pasar sucesos decisivos para el porvenir nacional, para los cuales faltan análisis y crítica que determinen un rumbo consciente y definido de la ideología colectiva y pongan fin a este navegar a la deriva de vientos arbitrarios, a que nos estamos habituando. No deseo ser considerado como vocero de mi generación, ni presumo de pensador ni de filósofo. Otros, más capacitados, asumirán ese papel, en la hora oportuna. Si he aceptado el ocupar este lugar, no vengo con tono magistral a decir palabra de sabiduría, ni a definir doctrinas y sentar conclusiones irrevocables; soy uno del auditorio, que se levanta

1 Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia (1981). https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/3537/3639

al principio de este debate —que puede ser trascendental para orientar la mentalidad colombiana, si nuestra inconstancia y futilidad no lo disuelven y terminan— a presentar algunos motivos de incertidumbre, a abrir interrogantes ingenuos que sugiere una meditación desprevenida, y que estimula la noble ansiedad, propio del espíritu humano, a tratar de ver algo a través de los canales de niebla que nos privan de la visión del porvenir. Estos interrogantes van dirigidos a facilitar a la nación el conocimiento de sí misma. El “*noce te ipsum*” que los latinos leyeron sobre la fachada del templo de Delfos, convertido en el supremo consejo de los moralistas para la perfección individual, tiene la misma saludable eficacia aplicado a las naciones. Sin ese conocimiento no es posible avanzar en el camino de la perfección colectiva, porque es preciso tener una idea cabal de su propio estado, de los progresos realizados ya y de los que faltan por hacer, de lo que se ha adquirido de laudable y de lo que es aún defectuoso, para conservar lo único regir lo otro. Sin este conocimiento, la nación se conduce al azar; toma, a menudo, los más errados caminos; cree obrar con la mayor sabiduría imitando la conducta de los pueblos que tienen reputación de habilidad y no cae en la cuenta de que tal ley o aquel uso, provechosos a una nación, puede ser gravemente perjudiciales a otra. Cada cosa debe ser gobernada según su propia naturaleza; los pueblos no pueden ser bien gobernados si no se les regula según su carácter, para lo cual es preciso conocer este carácter.

I. Elementos constitutivos de la nacionalidad

Si, para fijar los términos nos atenemos a la clásica definición de Vattel, una nación es una sociedad de hombres que sobre un territorio se unen para obtener, por el consorcio de sus fuerzas reunidas, el adelanto y la seguridad colectivos. Siguiendo al mismo expositor, la suma de los deberes de una nación respecto de sí misma se resume en estos dos mandatos: **conservarse** y **perfeccionarse**. La conservación implica la viabilidad de la asociación política que la forma. La perfección se encuentra en aquello que la hace capaz de obtener el fin de la sociedad civil, siendo éste el procurar a los ciudadanos todas las cosas que requieren para las necesidades, la comodidad y las satisfacciones de la

vida, para disfrutar de la mayor porción de dicha posible, desarrollar las actividades de su personalidad intelectual y física, defenderse contra el mal y protegerse contra la violencia y el abuso, teniendo además, la seguridad de pronta e ilustrada justicia.

Podemos examinar por separado los dos elementos esenciales de la entidad política que forma la república de Colombia: el territorio y la raza. De la consideración separada de estos factores, podemos deducir un conocimiento aproximado de su viabilidad, y por tanto de su conservación. Después, si observamos la manera como la raza actúa en el medio, adquiriremos nociones sobre el grado en que nuestra nación se perfecciona y hasta qué punto llena la misión que le es inherente por esencia. El conocimiento aproximado de las deficiencias existentes y de las ventajas conquistadas ya, sugerirá la formación de ideas matrices y gobernantes, con arreglo a las cuales puedan estudiarse los problemas particulares y los fenómenos parciales de nuestra vida democrática.

La tarea es noble y muy vasta. No puede caber en los límites de una conferencia, ni yo carezco del sentido crítico necesario para saber que no poseo las capacidades requeridas para llevarla a cabo. Una comparación puede servir para determinar el modesto alcance de la conversación de esta tarde. Es como si en compañía amistosa y despreocupada, vosotros y yo subiésemos a un mirador que tiene sus ventanas abiertas sobre la región de donde arrancan las vastas avenidas de la cultura de otros pueblos y por donde también corre el senderito que transitamos los colombianos. En el espejo maravilloso de la historia podemos ver los comienzos de sociedades que llegaron a ser ilustres y gigantescas y percatarnos de los factores que hicieron su prosperidad. Podemos ver desde el ventanal la dirección que lleva nuestro propio camino y los elementos en marcha. La comparación surgirá entonces, involuntaria e ilustrativa, y será llegado el momento de que se formule los interrogantes y las dudas.

II. El territorio

El suelo de Colombia se extiende desde los cuatro grados de latitud sur (seno el Amazonas), hasta los doce grados de latitud norte (extremo septentrional de la Guajira). La primera observación que surge

es que en estas latitudes, es decir, en la zona de diez grados al norte y diez al sur de la línea equinoccial, no existe ninguna comarca que a lo largo de la historia del género humano haya sido nunca asiento de una verdadera cultura. Los países que tienen una situación análoga a la de Colombia, con relación a nuestra línea ecuatorial, son: Liberia, Mandingo Iberia, Nigeria, Camarones, Niam-Niam, Chillurk, parte de Abisinia y el Somalí, el Congo francés y el estado libre, parte de Angola y lo que fue el África oriental alemana en el continente negro; las islas de Ceylán y Sumatra, la península de Malaca, las islas de Borneo, Mindanao y Nueva Guinea, en Asia y Oceanía, Venezuela, las Guayanas y la hoya del Amazonas en América.

Siento tan pequeña nuestra capital, no la aventaja en número de habitantes, en esa zona, sino Colombo en Ceylán y Singapur, en Malaca; Pernambuco, la más oriental de las ciudades americanas, y Belén del Pará, en la desembocadura del Amazonas. Ninguna de las comarcas ni de las ciudades nombradas es ilustre en los anales de la civilización humana, y las cuatro ciudades que superan en población a Bogotá, en la zona propiamente ecuatorial, deben su prosperidad relativa al hecho de hallarse en encrucijadas de caminos universales, puntos de cita y de reposo para mercaderes y marinos, sin pretensiones ni arrogancias intelectuales. Por grande que sea la reserva con que deban acogerse las conclusiones generales de antropogeógrafos, parece que puede aceptarse la de que, está, según el Virgilio americano,

... fecunda zona
que al sol enamorado circunscribe
el vago curso, y cuanto ser me anima
el cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes

no es “tan dichosa tierra, y pingüe y varia”, como nos la endosa la poética fantasía, porque no ha servido jamás de marco natural a una cultura verdadera, ni reúne los caracteres de esas “tierras de humanidad” descritas por Brunhes, como propicias al desenvolvimiento de actividades inteligentes y aptas, sustentadores de las empresas de los hombres. De todos los países de las zonas de que vengo ocupándome,

Colombia, Venezuela y Ecuador son las de mayor relativa cultura, y este fenómeno pudo producirse gracias a un accidente morfológico: el levantamiento de la Cordillera de los Andes. En los reductos erigidos por la rebeldía geológica, el hombre, ansioso de dominación sobre la tierra inhospitable, se defendió de las asechanzas de los climas megatérmicos, y se refugió en las tierras elevadas, donde las temperaturas eran bajas, pero sometándose, y no sin peligro ni dificultad, a las también bajas presiones atmosféricas. Si, con la imaginación, suprimiéramos de nuestro territorio los levantamientos andinos veríamos de la manigua del Magdalena juntarse con la del Patía y el San Juan, el Putumayo y el Orinoco. La selva soberana y brutal, hueca e inútil, o las vastas praderas herbáceas y anegadas se extenderían de un mar a otro mar apenas pobladas por tribus vagabundas. El pavoroso fenómeno vital de la selva amazónica se generalizaría sobre nuestro territorio. La naturaleza impondría su representación trágica en el alma de los salvajes, pobres seres errantes, atormentados por el terror. Dondequiera que la naturaleza tropical obtiene pleno dominio por las condiciones de humedad y de temperatura, impone su grandeza con tales caracteres de fuerza descomunal y arrebatadora que el espíritu humano se desconcierta y se deprime. El dominio de su monstruosa adversaria se transforma de terror en divinización. El alma se anega, se disuelven el éxtasis de esa belleza desmedida y devoradora; se comprende la inutilidad de la lucha del minúsculo ser inteligente contra los infinitos hijos de lujurioso connubio de la tierra húmeda y el sol. Ese es el origen de la metafísica de la India, que hace posible la sujeción de 320 millones de hombres alucinados por el calor y la selva, a unos cuantos centenares de hombres modelados para el dominio del universo por el frío y el mar. En la selva amazónica, las tasas primitivas que la habitan viven llenas de terror. Vense aisladas entre un cosmos hostil que los seres fantásticos y tenebrosos que son las divinidades de su ruda mitología. Los mitos son de índole salvaje: interpretaciones de la naturaleza enemiga, manifestada por el terror; ya es el terrible diablo que encarna las fuerzas amenazadoras y malignas de la naturaleza, o el genio misterioso del bosque, hoy el ave melancólica que se lamenta por no poder mudar sus plumas perpetuas, o el suplicio del animal devorado por su propia piel, o el esfuerzo para huir de los sufrimientos del

mundo, con la esperanza de una vida mejor en alguna de las estrellas, o la dolorida explicación de que los ríos son llantos de la luna, lágrimas que corren por el mundo. Todo son mitos de alucinación, pavor, y melancolía, en el alma del salvaje que los engendra.

Esta metafísica primitiva tiene una consecuencia forzada que podemos observar entre nosotros, en algunas comarcas del Bajo Magdalena y de los ríos tropicales. Tal consecuencia es el estado de inmovilidad en que permanece el alma de los hombres, sometidos a ese medio geográfico. Es una profunda inercia para la cultura, una letargia invencible. Los hábitos animales dominan al hombre animal. La naturaleza transfiere a los hombres el frenesí lúbrico que les da el momentáneo olvido de la agonía del terror en que viven. Esos espíritus no hacen el viaje sentimental que les liberte de su propia animalidad. Su representación ideal del universo se reduce al espanto y al asombro. La mentira nace de esa perpetua ilusión en que se abisman y su perspectiva intelectual de mayor alcance es la de la naturaleza invencible e incontrastable. De esa pasividad e indiferencia de noche misteriosa en que divagan, viénenles, como una epidemia de ideal, el sentimiento de la negación de la vida, la renuncia a toda conquista del espíritu. La naturaleza les crea, sin llegar a las formas superiores del nirvana indica, el mismo fatalismo pesimista.

Viajando en hidroavión por la parte septentrional del país, se contempla un panorama muy ilustrativo. Se pasa primero sobre una comarca de tono general amarillento, interrumpido por extensas manchas de verde grisoso; es la vegetación de arbustos espinosos y la infinita variedad de plantas arborescentes, de la familia de las cactáceas, que luchan con la arena y los vientos salobres y son peculiares de los litorales marinos. Más adelante la gándara adquiere un tono uniforme verde oscuro, interrumpido en grandes trayectos por los espejos rutilantes de las aguas del río, dispersas en ciénagas, pantanos y canales innumerables. Volando sobre esta comarca, es raro el suelo, pues no se percibe sino la sólida alfombra verde las copas de los árboles, que a Lindbergh produjo la impresión de una inmensa esponja o el de un campo sin fin de mullido terciopelo. Por kilómetros y kilómetros, hasta donde alcanza la vista, en largos trayectos de vuelo, no se distingue huella alguna de vida civilizada. De tarde en tarde los pequeños

rectángulos de los “leñateos” y minúsculas estancias, comprimidas contra la ribera del río por la esponja oscura que no se deja despedazar. A mayores distancias, los caseríos pajizos, las aldeas, los burgos, como extraviados entre la fosca, o como agrupado sobre las barracas altas de la riberas, teniendo a la espalda la terrible asechanza de las aguas dormidas. Nada más lejano de producir la impresión de dominio por el hombre que aquellas vastas extensiones de selvas y de ciénagas. Visto desde la altura, el terciopelo verde oscuro se decora con tonos admirables de rojos y amarillos: son árboles completamente cubiertos de flores. Las ciénagas copian el azul de los colores y las caprichosas figuras de las nubes. ¡Maravilloso panorama para el aeronauta! Pero no para quien sabe que bajo aquel suntuoso y aterciopelado manto no hay nada útil para la vida humana, sino bejucos y maleza; y que aquellos húmedos espejos son el imperio de la muerte y el reino indiscutido de la fiebre maligna.

La tragedia de “nuestros grandes recursos naturales” se revela el hecho de que en este país abrumado por la selva, cubierto de millones de millones de árboles primitivos, cuando se necesitan unos cuantos millares de travesía de ferrocarril o unos pilotes para alguna modesta estacada, hay que importarlos de Norteamérica o sustituirlos por estructuras de hierro, también importadas. Los millones de árboles de nuestras selvas sólo producen maderas fofas e inconsistentes, inadecuadas para las empresas humanas. Los pocos ejemplares de buena calidad hállanse tan dispersos, que su explotación es antieconómica.

Se dirá que cuando el hombre derribe la selva obtendrá magníficos terrenos para las faenas agrícolas. Tampoco esto es exacto siempre. Cuando visité por primera vez los trabajos del ferrocarril del Puerto Wilches, que tenía ya un sector de 60 kilómetros de vía férrea, contruidos a través de la manigua, me llamó la atención la soledad absoluta de los dos lados de la vía. No se veían sino las ruinas de los campamentos abandonados por los obreros; pero en ninguna parte estancias ni fundaciones que aprovecharan los desmontes hechos a lado y lado de los rieles, ni la facilidad de comunicación con nuestro gran río. Inquirí la causa, y me dijeron que aquella tierra, después del desmonte, no daba sino una o dos cosechas. En efecto, la capa vegetal es nula. El terreno es una especie de arcilla roja y granulosa desprovista de sustancias

fértiles. La hectárea de tierra cubierta de bosque tiene algún valor, por la perspectiva de las primeras cosechas; la de tierra desmontada, ya que las dio, no tiene valor ninguno y sólo sirve para campo de maniobras de serpientes y lagartos. Viajeros bien informados me han dicho que lo mismo ocurre en muchas regiones del Caquetá y Putumayo. Ahí está la segunda parte trágica de nuestros grandes recursos naturales.

No viajamos ahora en hidroavión. En el lomo de la mula tradicional emprendamos el camino de Santander. Salgamos de Belén de Cerinza con dirección a Charalá. A pocos kilómetros de marcha, ya estaremos sobre lomo del páramo de Ture, donde la naturaleza no nos ofrece sino chite y frailejón, rocas desnudas, sombrías, hostiles, acantilados medrosos, quiebras profundas sin un palmo de tierra utilizable, y esto en una zona de diez a doce leguas de ancho. Igual desolación en los otros cruces de la cordillera desde Onzaga hasta el Almorzadero. Otras diez leguas de desierto en el páramo de Santurbán entre Mutiscua y Tona. Viajamos de Cúcuta en dirección a Ocaña. Allá la cordillera más baja es mucho más ancha. Se avanza por sobre una serie interminable de colinas redondas y calvas formadas por rocas secundarias en disgregación, por todo extremo estériles. Son más de cuarenta leguas de soledad y desierto, apenas interrumpido por pequeñísimas cejas de tierra laborable. Cuando se cabalga sobre uno de aquéllos lomos desolados, se divisa hacia el sur, muy al sur, la masa imponente de la sierra nevada del Cocuy, y hacia el norte las quebradas profundas por donde corren las aguas del Tarra, el Sardinata, el Catatumbo. La ley constante de nuestras parameras, desprovistas de toda vegetación aprovechable, no adecuadas para ningún cultivo, entregadas al azote del viento helado y al castigo de tempestades espantosas.

Vámonos a la costa del Pacífico, a la vertiente occidental de la cordillera del mismo nombre. Desde la bahía de Cupica hasta las bocas del Mataje, el mangle como único dueño del territorio, con la sola excepción de las escotaduras de Buenaventura y de Tumaco. La cordillera sirve de condensador a las evaporaciones del golfo de Panamá y las lluvias casi constantes imposibilitan todo cultivo a lo largo del litoral. Selva, calor, manglares, bejucos, alimañas y lluvia, lluvia implacable que lo pudre todo, y no permite sino el desarrollo de una vegetación

fofa y viciosa, adaptada a que el húmedo medio, donde no hay, ni se ve posibilidad de que pueda existir una cultura humana de importancia.

Salgamos de Bogotá en dirección al sur. Nos bastará hacer una excursión sobre la carta geográfica. En el sector comprendido por dos líneas divergentes que partiendo de Bogotá vayan a terminar, la una de las cabeceras del Putumayo y la otra en el sitio tristemente célebre de La Pedrera, y abarque hasta las fronteras del país, tendremos una extensión de 250.000 kilómetros cuadrados de territorio desierto, pues las poblaciones más importantes de toda esta vastísima comarca son los municipios de Une y de Usme y cuya producción agrícola e industrial es para el país prácticamente nula. Si consideramos el sector oriental del país determinado por dos líneas que partiendo de Bogotá pasen, la una por el mismo sitio de La Pedrera y la otra por Tame, habremos abarcado una superficie de 360.000 kilómetros cuadrados, cuya población más importante es Villavicencio, y cuya industria, casi exclusivamente ganadera, es insignificante, dada el área inmensa que la soporta. Si volvemos a mirar hacia la región occidental hallamos al Chocó, de difíciles condiciones biológicas por los climas megatérmicos y la humedad excesiva; aquella bocas del San Juan, invadidas por el lodazal de la marea, a muchas leguas del interior; aquel delta del Atrato que por leguas y leguas cuadradas es un campo de cieno y de juncales. Antioquia, cuyas elevadas montañas son tan conocidamente estériles para la agricultura que los famosos platos regionales se cuecen con elementos foráneos. Cuando organicé los trabajos del ferrocarril de Bolombolo a Cañafístula me di cuenta de que para un núcleo de trabajadores de relativa importancia había que llevar el maíz y el dulce de las riberas santandereanas; la carne, de Bolívar; los frijoles, de Chile; el arroz, de los Estados Unidos o del Valle; las llanuras del Tolima, desde la hoya de Riofrío hasta El Espinal, son eriales que no podrían utilizarse ni siquiera como regadío, porque el terreno carece de elementos fertilizantes. Merece también una mención especial, en el valle medio del Magdalena, la región que nuestros geógrafos llaman de Paturia y que los ingenieros de la Casa Berger han localizado entre Buenaventura y Bodega Central, con más de 20.000 kilómetros cuadrados de superficie, donde el cauce del Magdalena está perfectamente

descompuesto y no es sino un mar de vegetación que cubre otro de ciénagas y pantanos, cruzados no solo por el río principal, si no por multitud de afluentes de este; valle terrible, que es una de las grandes enfermedades del país y ha sido un factor grave en el atraso de la república; con más agua que tierra y más lodo que agua, en aquellos tremendales se originan las principales causas de la difícil vegetación del río. El suelo en descomposición, el clima tórrido y mortal, la vegetación formidable y buena sólo para crear obstáculos, es como un cáncer monstruoso en el corazón del país, que dificulta la circulación de la primera de sus arterias.

El millón doscientos mil kilómetros cuadrados de nuestro territorio, se descomponen así: 7.000 kilómetros cuadrados de nieves perpetuas; 30.000 kilómetros cuadrados de páramo inhabitados; 100.000 kilómetros cuadrados de tierras frías, cultivables, densamente habitadas; 170.000 kilómetros cuadrados de tierras templadas; y 900.000 kilómetros de tierras tórridas y llanas, selvas o llanuras herbáceas, de los cuales hay 200.000 kilómetros anegados periódicamente en tiempos de lluvia y 50.000 kilómetros de esteros, aguazales, charcas, ciénagas y pantanos. Las tierras anegadizas y las constantemente húmedas, bajo el sol tropical, son propicias para la cría de zancudos. La fuerza económica del país reside en el cultivo del café, que es característico de las tierras templadas. El balance es desolador: en nuestro territorio las regiones propicias al desarrollo del zancudo son 80.000 kilómetros cuadrados más extensas que las favorables al cultivo del café.

Tenemos, es verdad, las altiplanicies: la de Túquerres-Ipiales, húmeda, fría, no muy extensa, la más alta del país; la del Patía, angosta, ardiente; la de Popayán, paradisiaca, pero diminuta; la del Valle del Cauca, la más grande de todas, de más de 200 kilómetros de largo por un ancho variable entre 15 y 40 kilómetros; los llanos del Murri, entre el Cauca y el Atrato; los valles de Rionegro y Medellín, tan feraces como pequeños. De este lado del río grande tenemos las planicies de Pamplona y Mogotes, el valle de Sogamoso, el de Tenza, el de Chiquinquirá, el de Ubaté, la sabana de Bogotá, ricas, pobladas, sanas, admirables. Mencionaremos también las sabanas de Bolívar y la zona bananera de Santa Marta. Pero con respecto a ellas, el concepto que tenemos sobre su excelencia que es algo exagerado. En vísperas de mi

viaje a la Argentina tuve ocasión de ver justificado el alto precio de una de las mejores fincas de la sabana, porque el espesor de la capa vegetal varía allí de 80 centímetros a un metro. Este espesor de capa vegetal es excepcional en el país. Recién llegado a la Argentina fui invitado a una estancia de la provincia de Buenos Aires. Con el recuerdo de la saudable y amada sabana de Bogotá, inquirí por el espesor de la capa vegetal. Catorce metros, me contestaron. Ese es el dato exacto. Él explica el excepcional vigor de la alfalfa argentina, de raíces profundas, prodigiosa para la sustentación de los rebaños; explica también el torrente de cereales a granel que yo vi salir, con asombro, de las bocas de los elevadores del puerto y colmar los vientres de los innumerables navíos que los lleva las cuatro partes del mundo.

III. Verdaderas tierras de humanidad

La Argentina sí es el marco natural para el asentamiento de una cultura humana. El emigrante llega allí a encontrar una tierra abierta, limpia y sana. Unas estaciones benignas que desconocen el rigor del frío y las excesivas sofocaciones estivales estimulan el organismo con sus acariciantes cambios de ambiente. No hay rincón del territorio a donde, apenas con imperceptible intervención del trabajo humano, el vehículo de ruedas no llegue a llevar la semilla y recoger la cosecha. El río y el mar están allí para conducir los productos a los remotos mercados del universo. El suelo, agradecido, da ciento por uno al esfuerzo del hombre laborioso. La fortuna sonríe en el espacio de breves años. La riqueza fomenta la cultura, funda y arraiga la civilización. Es esa una bendita tierra de indiscutido porvenir. También lo es el Uruguay, la meseta central de Chile, la parte sur del Brasil. Pero tierra de humanidad como ninguna el territorio de los Estados Unidos. Por el oriente, camino de las lluvias y de los emigrantes, una cordillera suave, que apenas alcanza a dos mil metros de altura, y que no detiene la marcha benéfica de las nubes ni la de los hombres. Un territorio plano, fértil, con una lluvia saludable, cruzando por una maravillosa red de arterias fluviales, con el mar interior de sus grandes lagos, con puertos admirables sobre los océanos, fácil entrada para los hombres y cómoda salida para los productos de su industria.

Una mañana de principios de octubre de 1492, una banda de papayos pasó volando hacia el sudoeste sobre las tres carabelas en que venía, con rumbo hacia lo desconocido, el primer almirante del océano. Colón, que hasta entonces había seguido en paralelo 26 de latitud norte, rectificó su rumbo siguiendo el vuelo de los pájaros, jamás un augurio ha tenido importancia tan trascendental como el vuelo de los papayos. Aquella inclinación hacia el trópico, determinó la futura colocación de la gente latina y de la gente anglosajona sobre las nuevas y prodigiosas tierras. En días posteriores el gran vidente de la latinidad siguió derivando más y más hacia el sur, hacia las tierras clásicas de las parlanchinas aves. Así quedó determinado el camino de los intrépidos descubridores de su estirpe, que siguieron sus huellas.

No ha sido mi intención hacer una pintura definitivamente pesimista, porque sé que en estas materias toda conclusión absoluta es falsa y arbitraria. Por muy cautelosamente que quieran analizarse los factores de un proceso atropogeográfico, quedan por fuera tales y tantos, que toda afirmación es temeraria. Creo que se puede concluir de lo dicho, con las reservas debidas, pero sin mucho riesgo de equivocarse, que no es nuestro territorio un marco natural espontáneo y decididamente favorable para el sostenimiento vegetativo de una cultura humana. El progreso que aquí se funde, tiene que ser una obra de inteligencia y artificio, de celo y de vigilancia, que minuto a minuto allegue los elementos favorables y separe los adversos.

Porque si no tenemos en abundancia los recursos que pudiéramos llamar superficiales del territorio, en cambio disponemos de otros de más difícil acceso, pero que una vez poseídos, acaso superen en importancia y eficacia a aquellos otros de que estamos parcamente dotados. Un pensador que analiza las bases de grandeza de los estados modernos, por el aspecto material, señala cuatro pilares sobre los que debe reposar todo edificio de prosperidad industrial y economía. Ellos son la posesión de hierro, carbón, petróleo y caídas de agua. Por suerte inmensa, en la partición de la tierra, hemos sido favorecidos decididamente con la asignación abundantísima de estos cuatro factores de engrandecimiento nacional. Pero quién negará que no hemos sabido ni podido utilizar el hierro; que el aprovechamiento del carbón y de la hulla blanca es imperceptible y que el petróleo lo hemos entregado y

lo seguiremos entregando, como el oro, como el platino, como las esmeraldas, a la codicia de los extranjeros, sin beneficio apreciable para los hijos del país.

IV. El problema etnológico

Os invito a pasar los ojos sobre el segundo de los elementos de la definición de Vattel: la raza. Nadie puede explicarse el alma de la razas, pues todo es misterioso e incierto en la psicología de las colectividades. A pesar de ser esto así, puede percibirse que en cada pueblo hay un rasgo característico que, aunque enigmático, es persistente, arranca en el pasado y subsistirá en el futuro a través de las peregrinaciones de la sangre y del espíritu. En el proceso de la civilización que diferencia al hombre del animal y que reside en la facultad de idear, de crear relaciones entre el propio yo y la materia universal, dentro de la igualdad del propósito genérico, la filosofía de la historia nos muestra variaciones cardinales: hay civilizaciones en que las facultades intelectuales predominan y otras en que las actividades instintivas fueron preponderantes. Pueblos carniceros, pueblos guerreros como los romanos o los alemanes; pueblos traficantes y mercaderes como los cartagineses y los ingleses; pueblos místicos y artistas como los hindúes, los griegos o los franceses, moldean tipos diversos de cultura de caracteres complejos, cuya línea directriz se prolonga a través de las generaciones. El pueblo romano, a pesar de todo lo que absorbió y asimiló, no obstante su avasallador expansión en el mundo, conservó el carácter primitivo de egoísmo, que fue el secreto de su civilización. Cuando por su dilatación en el mundo, la subyugación de otros pueblos, la confluencia de diferentes razas, la admisión de dioses extraños, su egoísmo se fue debilitando, notáronse los primeros síntomas de decadencia, hasta la época en que fue el sólido e inmenso edificio del egoísmo de Roma, la argamasa fue humedecida por las lágrimas del altruismo cristiano y la soberbia fábrica se vino a tierra. La esencia de su adusta grandeza había sido destruida. Por eso Roma transmitió al espíritu latino una melancolía que los griegos no conocieron.

En el pueblo inglés el rasgo característico de la energía, que de individual se vuelve colectiva; la energía de Robinson Crusoe, que pertinaz,

indomable, hace la conquista de la tierra. Es Warren Hasting, tejiendo imperturbable, sobre los reinos alucinados, la red sutil de la compañía de las Indias, con jirones de turbantes de príncipes hindúes. Es Disraeli, llegando al poder, tras cuarenta años de disimulada y fatigosa perseverancia, para poner la férrea mano británica sobre el Egipto, tomar el canal de Suez y ceñir a su amada reina Victoria la diadema imperial de las Indias Orientales.

El rasgo característico de la civilización francesa es la inteligencia, que determina la razón, el orden, la claridad y el costo. Es Rabelais que surge en pleno Renacimiento para expresar la manera en que viene de abajo y está destinada a transformar la tierra. Aquellos vagabundos, histriones, frailes, médicos, soldados y financieros que pululan en las páginas de sus libros, aquella insurrección general de la canallada rabelaisiana principia por revolucionar la propia lengua, enriqueciéndola con mil vidas y dándole el magnífico colorido de la época, y significa en lo político el advenimiento del hombre nuevo, sin raíces de tradición, que ha de ocupar la cima de la humanidad pensadora y artística. Dependiendo de esta caterva parece —acaso lo fue en la sucesión de los años— aquel vagabundo Juan Jacobo, que supo acomodar en sí todas las protestas de los oprimidos, dio forma a una sensibilidad humana desconocida y moldeó el espíritu del mundo contemporáneo, en las leyes, en las artes, en la literatura.

En Italia sería el sensualismo, que determinan la exaltación artística de la más alta prosapia, como la de Leonardo; la política realista, en las normas crueles, sagaces y despreocupadas de Maquiavelo; los sentimientos de gloria y de grandeza personales, superiores a toda ética, vencedores de todos los principios, aun los más arraigados, como el pudor y la maternidad; lo dice el gesto impúdico y sublime de Catalina Sforza; el concepto del Estado dominador y soberano que alimentó el espíritu de Julio II.

Alemania está poseída por un genio metafísico que se manifiesta en el pensamiento, en la abstracción y también en la disciplina. Es la misma crítica del conocimiento, abocada por el filósofo de Königsberg; es la búsqueda de la verdad objetiva a través del alma humana, sometiendo a las infinitas vicisitudes del tiempo y del espacio, al conjuro del soplo creador del *Júpiter de Weimar*; es la disciplina “perinde

ac cadáver” que en el conflicto europeo mostró hasta qué extremo se obedecía el apotegma de Nietzsche: “Los hombres nacieron para la tierra: las mujeres para divertir al guerrero. Todo lo demás es locura”. Refiriéndose a nuestro estado etnológico, Murillo Toro dijo que entre nosotros todo era café con leche: unos más café que leche y otros más leche que café. **Nuestra raza proviene de la mezcla de españoles, de indios y de negros. Los dos últimos caudales de herencia son estigmas de completa inferioridad.** Es en lo que hayamos podido heredar del espíritu español donde debemos buscar las líneas directrices del carácter colombiano contemporáneo.

El alma española es estática. Santa Teresa y Don Quijote son expresiones de esa fe transfigurada y rectilínea que menosprecia la realidad y prescinde del raciocinio y la experimentación. La presencia de España en el estadio de la civilización podría reducirse a Cervantes y a sus pintores. En el campo de la filosofía, del análisis matemático, en física, en química, en biología, el aporte de España a la cultura universal es casi nulo. En tierra española no se ha levantado ninguno de esos luminares excelsos que guían el espíritu humano y señalan nuevas rutas para la conquista de la sabiduría. Ninguno de sus poetas puede aspirar a la corta y acogida compañía que comprende los nombres de Homero, de Dante, de Shakespeare, de Camóens y de Goethe. En el campo de las especulaciones intelectuales, carecemos de ascendentes egregios. Otros caracteres de la raza pueden simbolizarse en algunos de sus prohombres: el valor guerrero de un Gonzalo de Córdoba, en Hernán Cortés, y en Pizarro. La bizarría en el Cid. La terquedad en Pedro de Luna, la intolerancia en Domingo de Guzmán e Ignacio de Loyola. El acerado temple del alma femenina en Isabel la Católica. La falta de sentido político en Felipe II. El formidable predominio universal español, obra del talento político de Fernando e Isabel, poderosamente ayudados por la buena fortuna y la casualidad, y cimentado por el genio imperial de Carlos V, sucumbió por el desfile de monarcas ineptos. Felipe III, dirigido por su caballerizo; Felipe IV, asesorado por una monja, bajo cuyo reinado se publicó una pragmática que “prohibía la impresión de nuevos libros, pues ya había demasiada abundancia de ellos”; Carlos II, el hechizado; Carlos IV, cubierto de afrentosa y conyugal ignominia; Fernando VII, déspota e hipócrita; Isabel II,

la protagonista de “la farsa y licencia de la reina castiza”. Debajo de toda aquella imbecilidad y de toda aquella concupiscencia, un pueblo alborotador o fanático; pero sin clara conciencia de su dignidad y de sus conveniencias por la ignorancia en que se hallase sumido. Hoy, todavía la proporción de analfabetos que existe en España es del 59 por ciento. Pueblo heroico, se desangró en luchas intestinas, encendidas por la pasión irreflexiva, pero no supo hacer rodar del trono, con cabeza o sin ella, a aquellos imbéciles que ocasionaron su decadencia. Como no sabía leer fue baldía la opinión del P. Mariana. Líbrenos el cielo de que al heredar la dureza de Asturias o la gracia andaluza, el ímpetu de Extremadura o la sequedad catalana, la tenacidad de los vascos o la orgullosa desidia de los castellanos, no nos haya tocado también recibir la miopía, la ineptitud y la pereza de los gobernantes y la cobarde y dañosa resignación de soportarlos.

Otros primitivos pobladores de nuestro territorio fueron los africanos, que los españoles trajeron para dominar con ellos la naturaleza áspera y huraña. El espíritu del negro, rudimentario e informe, como que permanece en una perpetua infantilidad. La bruma de una eterna ilusión lo envuelve y el prodigioso don de mentir en la manifestación de esa falsa imagen de las cosas, de la ofuscación que le produce el espectáculo del mundo, del terror de hallarse abandonado el disminuido en el concierto humano.

La otra raza salvaje, la raza indígena de la tierra americana, segundo de los elementos bárbaros de nuestra civilización ha transmitido a sus descendientes el pavor de su vencimiento. En el rencor de la derrota, parece haberse refugiado en el disimulo taciturno y la cazarería insincera y maliciosa. Afecta una completa indiferencia por las palpitaciones de la vida nacional, parece resignada a la miseria y a la insignificancia. Está narcotizada por la tristeza del desierto, embriagada con la melancolía de sus páramos y sus bosques.

Esto en cuanto respeta a los elementos puros. Pero la población de los tres orígenes se ha mezclado profusamente. “No sabemos a qué raza pertenecemos”, dijo el Libertador. Y en otra ocasión escribía: “Guardémonos de olvidar que nuestro pueblo no es ni el europeo ni el americano del Norte; más bien es un compuesto de América y de África,

que una emanación de Europa, puesto que España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y su carácter”.

Los efectos inmediatos y remotos de la mezcla de razas son problemas dilucidados ampliamente por los etnólogos. Otto Ammon formuló una ley: “En los mestizos se combina las cualidades discordantes de los padres y se producen retornos hacia los más lejanos pasados; las dos cosas tienen por efecto común que los mestizos son fisiológica y psicológicamente inferiores a las razas componentes”. Las aberraciones psíquicas de las razas genitoras se agudizan en el mestizo. En los viajes de Livingstone se lee, hablando del Zambezé, que halló siempre los mestizos más crueles y sanguinarios que los portugueses. Un portugués decía al mismo viajero: “Dios hizo al hombre blanco; Dios hizo también al hombre negro; pero al mulato lo hizo el diablo”.

Entre nosotros no ocurre, como en Argentina y Chile, en donde todo vestigio del hombre africano ha desaparecido. Tampoco tenemos la situación del Perú y el Ecuador, en donde el elemento blanco no alcanza sino al seis por ciento de la población, mientras el elemento indio sube al 70, y el resto se divide entre africanos y mestizos. Somos un pueblo en donde el mestizaje (mezcla español y de indios) es preponderante. Un antropologista argentino, Ayarragaray, ha formulado una ley que parece aplicable con exactitud a nuestra población: “el mestizo primario es inferior al progenitor europeo; pero al mismo tiempo es a menudo superior al antiguo indígena”. El mestizo primario no constituye un elemento utilizable para la unidad política y económica de América; conserva demasiado los defectos indígenas; es falso, servil, abandonado y repugna todo esfuerzo y trabajo. Sólo en los cruces sucesivos de estos mestizos primarios con europeo se manifiesta la fuerza de caracteres adquirida del blanco.

En las naciones de América donde repondrán los negros reina también el desorden. Haití es el ejemplo clásico de la democracia turbulenta e irremediable. En los países donde el negro ha desaparecido, como en la Argentina, Chile y el Uruguay, se ha podido establecer una organización económica y política, con sólidas bases de estabilidad. El mulato y el zambo, que existen en nuestra población, son los verdaderos híbridos de América. Nada les debe a ellos la cultura americana.

Ayarragaray afirma que los hijos de la unión de negros con zambos o con indios son inferiores a sus padres por la inteligencia y por la fuerza física; tienen una voluntad débil, dominada por pasiones groseras. A la flaqueza de carácter unen una inteligencia poco lúcida, incapaz de análisis profundo, de método, de ideas generales; el amor al bullicio, el hábito de hablar a gritos, cierta abundancia oratoria y una retórica pomposa, que es precisamente lo que se llama “tropicalismo”.

Me parece que no es necesario ante un auditorio ilustrado como el que me escucha, deducir una a una las desagradables conclusiones. Bástenos con saber que ni por el origen español, ni por las influencias africana y americana, es la nuestra una raza privilegiada para el establecimiento de una cultura fundamental, ni la conquista de una civilización independiente y autóctona.

La cultura colombiana es y será siempre un producto artificial, una frágil planta de invernadero, que requiere cuidado y atención inteligente, minuto tras minuto, para que no sucumba en las condiciones adversas. Sobre las porciones del territorio favorables a la vida humana se agrupará la población, haciendo pie en ellas para intentar la conquista de los recursos naturales que existen, pero que no pueden ser alcanzados ni disfrutados por un pueblo inculto e inferior. El mayor esfuerzo que ha hecho nuestra raza hasta el presente ha sido la plantación de café. Siendo casi la única industria del país, las estadísticas demuestran que su producto quizás apenas alcance a pagar el costo de la alimentación y el vestido de la actual población colombiana. La diferencia la estamos supliendo con riqueza pública que se enajena. Los otros recursos naturales que poseemos, y de que atrás hablé, el hierro, el carbón, el petróleo y las caídas de agua, no pueden hacerse productivos con el mismo escaso esfuerzo que requiere sembrar una planta, cuidarla y esperar unos años para recoger la cosecha. Son recursos que no se entregan sino a un pueblo inteligente y capaz, con capacidad técnica y económica, de que nosotros no disponemos. ¿Qué cosa más sencilla que la explotación de una mina de esmeraldas? Con costo reducido se extrae la gema, que tiene mercado seguro por la exclusividad práctica de la producción. Debajo de los flamantes avisos de nuestras oficinas de propaganda debiera colocarse una sentencia que sería exacta. “Las primeras minas de esmeraldas del mundo

poseídas por un pueblo imbécil, que no ha sabido sacar ningún provecho de su propiedad”. El segundo país productor de platino, pero no dice que ese platino está ya enajenado irrevocablemente por la torpeza colombiana a manos extranjeras, y que su explotación aumenta la riqueza pública y privada de Inglaterra o Estados Unidos, pero en ninguna forma la colombiana.

Hasta hace poco los únicos colombianos que se beneficiaban en algo del platino eran los negros del Chocó mediante el duro y crudelísimo sistema del mazamorreo. El negro se ata una piedra a la cintura y se arroja al fondo del río de donde saca un poco de arena que luego lava en la orilla.

Esta rudimentaria industria pareció una competencia intolerable a las compañías extranjeras que explotan los aluviones donde se halla el platino, con poderosas dragas. Y acudieron por medio de sus representantes a ese ministerio de industrias en donde dizque flota la bandera de un celoso nacionalismo, y obtuvieron una resolución por la cual se prohíbe a nuestros infelices compatriotas el ejercicio de esa mísera industria.

Y se habla del oro, sin tener en cuenta que también el oro está casi íntegramente en poder de compañías extranjeras y que su explotación no reporta al país más provecho que la insignificante suma a que montan los jornales de los mineros.

¡Y nuestros ganados! No se paran mientes en que un animal ordinario, lleno de huesos y de cornamenta, en pie, en las sabanas de Bolívar, tiene un precio tres veces superior al del animal argentino de magnífica raza, pasado por el frigorífico para vender en los mercados europeos. ¡Y nuestras minas de carbón! En esta capital, en cuyas cercanías hay un denso manto carbonífero, el precio que pagamos por el que se consume en nuestras cocinas es cuatro veces superior al que se paga en Buenos Aires por el que llega a través del Atlántico desde Inglaterra.

¿Qué faltó el año pasado para que se regalarán a un gobierno extranjero, por conducto de un agente, los recursos petrolíferos de Urabá?

Es preciso recordar que el Congreso estaba dando votos de aplauso por unanimidad a un contrato que enajenaba aquella rica porción de nuestro patrimonio, que tomaba esa actitud inexplicable sin haber siquiera leído el contrato. Si Alfonso López y yo no resolvemos salir a

la lucha en la prensa y en la tribuna, y si ese venerable patricio que era el doctor José Ignacio Escobar, desde la cumbre de su honestidad y la serena calma de su retiro, no fuerza nuestras opiniones con su concepto, tan decidido como respetable, aquella otra mutilación de nuestra riqueza se hubiera consumado, por la incomprensión del congreso y la incompetencia del gobierno. Porque suele ser expresión frecuente que los actuales mandatarios pueden no estar preparados en algunos ramos de la administración, pero que son sabios profundos en la disciplina del derecho. Mas he aquí que con todo el estruendo posible se anunció una nueva política del petróleo; se hace consistir esa política en un decreto ejecutivo, y a poco tiempo resulta que tal decreto, en concepto de sus mismos autores, está lleno de disparates jurídicos, viéndose en el caso de suspenderlo. ¡Qué exhibición de falta de seriedad ante los extranjeros! Y si en lo que se les considera peritos se equivocan de esa forma ¿qué pasará en todos los ramos en que son inexpertos?

El problema se llena de sombras cuando se considera que la situación de nuestro país en el globo terrestre establece una suerte de determinismo geográfico. La distribución del calor y de la humedad no hace apto nuestro territorio para el establecimiento de una buena organización social. Somos una especie de inmenso invernadero, un depósito de incalculables riquezas naturales, que no hemos podido disfrutar, porque la raza no está acondicionada para hacerlo. Pero en nuestra vecindad inmediata, encima del Trópico de Cáncer, hay una vasta sociedad humana, definitivamente constituida e industrializada, la que habita la América septentrional, o sea, en la zona templada y fría, que ambiciona y que necesita disfrutar del inmenso almacén de primeras materias que se encuentra en nuestro suelo, y que posee todos los recursos y la técnica necesarios para aprovecharlos.

Hallámonos, pues, en presencia de un conflicto biológico. Las agrupaciones formadas en marcos naturales idóneos tienden a desbordarse sobre aquellas otras en que el hombre, peor instalado, no domina; antes, es dominado por la exuberante naturaleza, que al minarlo, brindándole una vida fácil, aunque miserable, como en las orillas del Magdalena, con el pescado y con el plátano, lo reblandece y subordina a los que se fortalecieron en ásperas batallas por la conquista de un

positivo bienestar y fueron además favorecidos por otras circunstancias como la sangre, la posición y los contactos con la cultura universal.

Horroriza pensar que el desenlace esté ya escrito en el libro del destino de América. ¿Seremos ineluctiblemente presa de los americanos del Norte? Ya perdimos la zona ístmica, que nos daba una preeminencia en el mundo. Ya los puertos de Cartagena y Santa Marta están bajo la influencia decisiva de las compañías norteamericanas. Ya nuestros minerales más preciosos salieron del patrimonio nacional. El único petróleo que se explota es el de los norteamericanos. La lucha biológica, lenta, pero sin alternativas, devoradora y fatal, está en plena marcha. Cada día que pasa, perdemos algo. Cada día adquieren algo nuestro los más capaces, los más ricos, los más fuertes.

V. No podemos darnos el lujo de la ineptitud

En estas amenazadoras circunstancias no podemos darnos el lujo de la ineptitud. Sólo una dirección inteligente, desvelada y sagaz de los negocios del Estado puede intervenir con eficacia para desviar el curso de sucesos que parecen seguros. Sólo en la lucha de todos los minutos contra los factores adversos y en la utilización minuciosa de los favorables, a base de ciencia y de conocimiento, de trabajo y de infatigable energía, será posible acaso contrarrestar el imperativo categórico de las influencias del medio, que nos amenaza tan de cerca, que ya nos muestra el principio de su efectividad y descubre en lontananza los resultados de su desenlace fatal.

¿Tiene Colombia esa dirección ilustrada y activa? La respuesta es negativa y no es difícil demostrarla. Aquí hemos vivido creyendo en la intelectualidad colombiana. Este es uno de esos valores convencionales que no resisten el análisis. ¿Dónde está la producción intelectual del país? En el campo de las ciencias filosóficas, exactas y naturales, como el de las bellas artes, Colombia es un desierto. Ya se sabe que el diccionario de construcción y régimen es una obra trunca que tuvo cimentación equivocada. Las traducciones de Virgilio interesan a los bibliómanos. El único libro colombiano que se lee fuera del país es la *María*; pero la *María* no basta para sostener una reputación nacional.

Se diría que Colombia ha producido muchos poetas; que casi todos sus hijos son poetas. Pero aun en el terreno de la poesía, ¿dónde está el canto lírico que merezca llegar a una antología universal, porque responda a un sentimiento trascendente y profundo y haya llevado a otras lenguas y otras razas una muestra de nuestro espíritu? Menéndez Pelayo, que por su ideología simpatizaba con Colombia tan vívidamente, no se atrevió a incluir en su selección de las mejores poesías castellanas ninguna modulada aquí. Vivimos muy satisfechos de nuestra prensa; pero si se exceptúan tres o cuatro diarios que se preocupan por la redacción y la divulgación de las ideas, ¿qué son los otros sino pedazos de papel cubiertos de ilustraciones y avisos y de prosa desmañada y manida, sin una vibración artística, sin un brote de luz, sin ninguna preocupación intelectual? No existe en el país una sola revista científica, porque las que presumen de tales se alimentan de recortes mendicantes de publicaciones extranjeras y adolecen de una falta de originalidad que enferma de tristeza el espíritu del patriota. Y aquí cerca tenemos las ruinas abandonadas del Observatorio Nacional.

El Partido Conservador, que tiene la responsabilidad del gobierno, pidió desde la oposición que el Estado se condujese conforme a normas razonables ilustradas, y presumió por bastante tiempo, después de haber ascendido al poder, que estaba realizando lo que su adversario había exigido. Y Núñez, Caro, Martínez Silva y tantos otros orientaban al Partido con sus escritos y defendían los intereses públicos de acuerdo con sus principios. Hoy el Partido Conservador gobierna sin pensadores, sin periodistas, sin oradores y sin hombres ilustrados. El Partido Liberal está muy satisfecho de ese estado y ni siquiera considera necesario informarse de lo que pasa. Es obvio que del parlamento debieran irradiar orientaciones ideológicas para la república. Pero ¿quién se atreve a hablar sin risa de las orientaciones ideológicas que hayan surgido de nuestros últimos congresos? Individuos que no han abierto un libro se declaran suficientemente instruidos sobre todos los negocios del Estado y votan de acuerdo con los instintos del caciquismo, más que con las normas de un pensamiento reflexivo. La posesión del poder no se considera como un mandato para procurar el bienestar público, confiando la administración únicamente a los idóneos y a los capaces, sino como una ocasión de distribuir el erario entre los

nepotes, aunque eso traiga el forzoso resultado del predominio de la incompetencia.

¡Cómo se parecen los tiempos que vivimos a la época vergonzosa de la decadencia española! Podría hacer un dilatado paralelo para demostrar que transitamos los mismos caminos de decrepitud, de ceguedad y de torpeza; pero me falta el tiempo, y he de limitarme a algunos rasgos. Cuando el duque de Lerma recibe de las manos ineptas de Felipe III la suma total del poder absoluto en el gigantesco imperio español, su principal cuidado es repartir entre los nepotes y deudos las prebendas del Estado. Inmediatamente comenzó a desmoronarse el poderío español. Pero eso no le importaba al monarca, que jamás quiso leer las relaciones de sus virreyes, ni las reclamaciones de sus súbditos, y divertía sus constantes ocios en la cacería de palomas. El imperio español, el más rico del orbe, estaba dándose el lujo de la ineptitud. Cuando el pueblo daba señales de descontento, se inventaba una conspiración de los moriscos, que eran los comunistas de entonces, se emprendía la represión crudelísima, y se encendían las hogueras de los quemaderos, que divertían y sosegaban al pueblo ignorante y fanatizado, y los ministros podían seguir tranquilos en el despilfarro y en el robo, y en la distribución de las prebendas públicas entre sus deudos y nepotes. Cuando Felipe IV se entrega en brazos del Conde-Duque de Olivares, codicioso, fanático y terco, como muchos de nuestros políticos, y como ellos, también fervoroso nepotista, continúa España dándose el lujo de la ineptitud. Se cerraron casi todos los colegios y de las universidades desaparecieron las cátedras de matemáticas. Las universidades, como toda la administración, eran presa del favoritismo. Escondiendo la incompetencia tras una piedad mentirosa como también ocurre entre nosotros, se dispuso por la ley como esencial para adquirir los títulos universitarios que los graduandos repitiesen las palabras de la Purísima Concepción en el primer instante de su animación, siendo secundarios lo atañadero a la ilustración de los profesantes. Cuando tuvo lugar la insurrección de Portugal que, como la de Panamá, se consumió sin la efusión de una sola gota de sangre, el Conde-Duque se acercó al rey para felicitarle por aquel suceso, diciéndole que si se había perdido el reino de Portugal, el patrimonio personal del rey se había acrecentado con unos Solares en Castilla, que pertenecían a Juan de Braganza,

el jefe de los insurrectos. También, cuando la separación de Panamá, se le ocurrió a alguno pensar como consuelo que allí donde no había sino una república se habían formado dos. Cuando en Flandes, en el Rosellón, en Italia, en Cerdeña, en las costas del Mediterráneo, asoladas por los piratas berberiscos, las armas españolas sufrieron descalabros sucesivos y perdían hasta cuarenta batallas campales, en vez del cetro real o de la espada, la escopeta de cacería. Cuando pierde la batalla de Villaviciosa, lejos de buscar las causas del desastre en la indisciplina de las tropas y la impericia, cobardía y corrupción de los generales, se deja caer al suelo, diciendo: “Ha sido disposición del Altísimo. Respetemos su Santa Voluntad”.

No le parecía a España suficiente esa ineptitud, y soportó a Carlos II, el hechizado, una miseria humana atormentada por la enfermedad y la creencia en agüeros y hechicerías. Y el pueblo, imbuido en las quimeras de la superstición, en lugar de quitarle la corona, se limitaba a buscar exorcistas que le arrojarán los demonios del cuerpo y traumatólogos que le hicieran abluciones y asperges. Y cuando Godoy, que deshonoraba el tálamo de Carlos IV, tuvo que firmar la paz con Francia, debiendo cederle la isla de Santo Domingo, el pueblo español se ponía feliz con aquel resultado, encendía luminarias por toda la península, y el ministro recibía el dictado de “Príncipe de la paz”. Esa alegría por los fracasos cómo es de parecida a la que acaba de sentir Colombia porque en cuestión litigiosa se ha definido de modo irrevocable con la pérdida práctica de nuestro condominio en el Amazonas. ¡Cuántos de nuestros Godoyes se están disputando el título de “Príncipe del Amazonas” ahora que lo hemos perdido! Sólo la profunda ignorancia en que el pueblo colombiano vive de sus tradiciones y de sus derechos le ha permitido sentir regocijo por esa nueva mutilación, como la ignorancia crasa del pueblo español le permitía alegrarse por el derrumbamiento de su imperio. Todos los que han aplaudido el tratado con el Perú no saben lo que hacen. Podría extenderme más sobre esto, pero también me falta tiempo.

El doctor Pangloss, que tiene entre nosotros muchos discípulos, tomará la palabra para opinar: todo lo dicho es pésimo. ¿Acaso no tenemos instituciones libres, iguales a las mejores del mundo? ¿Acaso no se están adelantando las obras públicas? ¿Acaso el crédito del país

no llevo un ritmo ascendente? Y, señor conferencista, ¿acaso usted no era de los que hasta hace poco entonaban la salmodia del optimismo, y aparecían como abanderados de un progreso vertiginoso?

Contestaré al doctor Pangloss, brevemente, y para terminar. No olvide, doctor Pangloss, que el régimen de la libertad ordenada empezó entre nosotros con la administración del general González Valencia. Es, pues, contemporáneo de la generación del centenario, que no se siente vieja. Si es prematuro dar un juicio definitivo sobre aquella generación, que parece no haber dado de sí todo lo que puede, más lo sería considerar ese régimen como una adquisición definitiva. ¡Ojalá sea así!

No olvide tampoco que el régimen del orden de las finanzas, del equilibrio de los presupuestos, de la fundación del crédito interno y externo data del segundo año de la administración del general Ospina. Es, pues, una cosa recién nacida, que no tiene todavía un lustro, y cuyas condiciones de vialidad no pueden ser fijadas con exactitud. Respecto de las obras públicas el cambio de frente, mejor, el cambio de impresión, lo motivan algunos guarismos decisivos. El gobierno del general Ospina, en los cuatro años, en todas las obras de progreso acometidas sobre el territorio nacional, gastó 36 millones de pesos. En sólo dos años el presidente Abadía ha consumido en el conjunto de los gastos públicos 153 millones de pesos y en obras públicas, en los dichos dos años, 55 millones; diecinueve millones más que el general Ospina en todo el periodo. Durante la administración del general Ospina se aumentó la red ferroviaria del país en 800 kilómetros, de los cuales 500 fueron construidos por el gobierno nacional con un costo de 20 millones; ¿dónde están los kilómetros construidos por el doctor Abadía, que, como vimos, ha gastado en dos años una mitad más que Ospina en todo el periodo? Cuando terminó la administración anterior la explanación del ferrocarril del Norte quedó concluida en el Claro, la del Tolima-Huila en Natagaima, la de puerto Wilches en el Conchal y los rieles en los suburbios de Armenia. Si no pudieron enrielar estos trayectos, fue porque la sequía prolongada del río Magdalena, por un verano excepcional, impidió la llegada de los elementos extranjeros hasta los campos de trabajo. Enfrente de los 500 kilómetros construidos por el general Ospina, ¿qué presenta prácticamente el doctor Abadía, sino el enrielado de unos trayectos?

Se puede ser optimista cuando el país se endeuda para obras que se construyen y se ven, pero no cuando se endeuda para cosas que no se ven. Los doce y más millones de pesos consumidos por el Ministerio de Guerra a favor de la comedia grotesca del comunismo, en compras de bayonetas y de espadas, que es hierro improductivo, cuya virginidad perpetua puede garantizarse, y los millones de la Policía, y los de la burocracia ensanchada por el nepotismo, y el fausto automovilario de los funcionarios, y el tren consular y diplomático, y la desidia en la administración, que es lucro constante, ¿no son motivos para cambiar el optimismo más fervoroso en una grave preocupación? Yo he sido partidario de que venga dinero extranjero a invertirse en obras productivas, manejadas celosamente, con probidad, con pericia, con economía, por lo mismo que sé que nuestra cultura no puede ser espontánea y tiene que ser hija de la inteligencia y del capital; pero no puedo ser partidario de que venga dinero norteamericano a invertirse en gastos comunes, en instrumentos de matanza y de tiranía, en fomentar los vicios de la burocracia y la holgazanería remunerada por el gobierno, y en hacer viajes por Europa una bandada de cotorras diplomáticas. Los dineros que están llegando desaparecen. Pero las deudas no desaparecen ni se extinguen. En el momento de cubrir los intereses o de pagarlas, no vamos a poder hacerlo con las bayonetas oxidadas del Ministerio de Guerra, ni con las cuentas alegres del Ministerio de Obras Públicas, ni con los uniformes usados de los policías innecesarios, ni con los bufetes de la burocracia judicial y administrativa, ni con los espadines y los plumajes de nuestros diplomáticos. Los tendremos que pagar entregando nuestro petróleo, nuestro hierro, nuestro carbón, todas las materias primas que guarde nuestro territorio. Es que estoy convencido de que no nos podemos permitir el lujo de la ineptitud y de que por el camino que se nos lleva avanzamos hacia la sujeción económica y la pérdida de la soberanía.

Referencias

- Abu-Lughod, L. (2006). La interpretación de la(s) cultura(s) después de la televisión. *Iconos*, 24, 119-141.
- Agustín de Tagaste, S. (394/2015). *De las costumbres de la Iglesia católica y de las costumbres de los maniqueos*. P. Teófilo Prieto, O. S. A. (trad.). Obtenido de <http://www.mercaba.org/TESORO/Agustin/contra%20maniqueos2.htm>.
- Agustín de Tagaste, S. (403/2007). *Ciudad de Dios*. Madrid: Gredos.
- Anderson, B. (2011). *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Arias Trujillo, R. (2007). *Los leopardos: Una historia intelectual de los años 1920*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Arias, R. (1998). Los sucesos del 9 de abril como legitimadores de la violencia oficial. *Revista Historia Crítica* (19), 69-106.
- Arrubla, Y. (1995). Síntesis de historia política contemporánea. En J. O. Melo. *Colombia hoy* (pp. 179-209). Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Ayala Diago, C. (1999). Laureano Gomez Castro. *Revista Credencial Historia* (109). Bogotá. Obtenido de http://108.168.234.58/blaa_dev/blaaavirtual/revistas/credencial/enero1999/109laureanogomez.htm.
- Bedoya, L. I. y Escobar, A. (1980). *La novela de la Violencia en Colombia. "Viento seco" de Daniel Caicedo. Una lectura crítica*. Medellín: Ediciones Hombre Nuevo.
- Birnbaum, P. (1991). Nationalisme à la française. En G. D. Taguieff. *Théories du nationalisme* (pp. 125-126). París: Editions Kimé.
- Caballero, A. (29 de octubre de 2016). Marear la paloma. *Semana*. Obtenido de <http://www.semana.com/opinion/articulo/antonio-caballero-uribe-no-tiene-la-menor-intencion-de-contribuir-a-la-paz/502497>.
- Caballero, A. (22 de noviembre de 2016b). ¡Ay Jalisco, Jalisco! *Semana*. Obtenido de <http://www.semana.com/opinion/articulo/antonio-caballero-acuerdo-de-paz-en-colombia-ya/499707>.

- Caicedo, D. (1953). *Viento seco*. Bogotá: Cooperativa de Artes Gráficas.
- Castillejo, A. (2017). “Dialéctica de la fractura y la continuidad: elementos para una lectura crítica de las transiciones”. En Castillejo, A. *La ilusión de la justicia transicional: perspectivas críticas desde el sur global* (pp. 1-56). Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Colombia, Ministerio de Educación Nacional. (2004). *Formar en ciencias: ¡el desafío!* (Serie Guía n.º 7). Bogotá: MEN. Obtenido de http://www.mineducacion.gov.co/1759/articles-81033_archivo_pdf.pdf.
- Consejo Nacional Constituyente (1886). *Constitución Política de la República de Colombia*. Bogotá. Obtenido de <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=7153>.
- De Zubiría, S. (2015). Dimensiones políticas y culturales en el conflicto colombiano. En C. H. víctimas, *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. La Habana. Obtenido de https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana,%20Febrero%20de%202015.pdf.
- Di Stefano, R. (2015). La Iglesia contra el liberalismo, siglo XIX. Papa Pío IX y León XIII. Obtenido de *El Bicentenario*, Fasc. n.º 3: http://historiaybiografias.com/iglesia_liberalismo/.
- Discurso de Laureano Gómez (1950). Fonoteca *Señal Memoria*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=4xWvX1UIPz8>.
- Ducrot, O. (1984). *El decir y lo dicho*. Buenos Aires: Hachette.
- El Tiempo* (1999). Laureano Gómez 1889-1966. El rugido del monstruo. Obtenido de www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-858343.
- El Mundo* (6 de noviembre de 2016). Álvaro Uribe: “Llamaron paz a la democracia sometida”. *El Mundo*. Obtenido de <http://www.elmundo.es/internacional/2016/11/06/581db89ce2704e6a658b4689.html>.
- Enciclopedia católica* (2015). Herejía. Obtenido de: <http://ec.aciprensa.com/wiki/Herej%C3%ADa>.
- Fajardo, D. (2015). Estudio sobre los orígenes del conflicto social armado, razones de su persistencia y sus efectos más profundos en la sociedad colombiana. La Habana: Comisión Histórica del Conflicto Armado y sus Víctimas. Obtenido de: <http://bit.ly/2nJStai>.

- Giraldo, J., S. J. (2015). Aportes sobre el origen del conflicto armado en Colombia, su persistencia y sus impactos. La Habana: Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas. Obtenido de: <http://bit.ly/1Jm7G2y>.
- Gómez Castro, L. (1981). Interrogantes sobre el progreso en Colombia (1921). Banco de la República, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 18(01), 5-30. Obtenido de https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/3537/3639.
- Gómez, L. (1928). *El carácter del general Ospina*. Bogotá: Ediciones Colombia.
- Gómez, L. (1928). *Interrogantes sobre el progreso de Colombia: conferencia dictada en el Teatro Municipal de Bogotá*. Bogotá: Ed. Minerva.
- Gómez, L. (1950). *Discurso del Excmo Señor Presidente Dr. Laureano E. Gómez Castro el día de su posesión ante la Honorable Corte Suprema de Justicia el 7 de agosto de 1950*. Obtenido de <http://www.restauracionacional.org/propuestas/propositos-de-gobierno/>.
- Gómez, L. (2013). *Obras completas*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos.
- Henderson, J. (1984). *Cuando Colombia se desangró: un estudio sobre la violencia en metrópoli y provincia*. Bogotá: Áncora Editores.
- Henderson, J. (1985). *El proyecto de reforma constitucional conservadora de 1953 en Colombia*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- Henderson, J. (1985). *Las ideas de Laureano Gómez*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- Historia Crítica* (1998). “La gran mancha roja”. Disponible en: <https://revistas.uniandes.edu.co/doi/abs/10.7440/histcrit17.1998.01>.
- Huyssen, A. (2014). *Memorias crepusculares: la marcación del tiempo en una cultura de amnesia*. Buenos Aires: Prometeo.
- Iragorri, J. (productor y director) (2015). *Voces RCN* (audio podcast). Recuperado de <https://soundcloud.com/voces-rcn/los-mejores-momentos-del-debate-voces-rcn-este-04-de-junio>.
- Jaramillo, J. (2012). “El libro *La Violencia en Colombia (1962-1964)*. Radiografía emblemática de una época tristemente célebre”. En *Revista Colombiana de Sociología* (2), 35-64.

- Joseph, I. (1984). *El transeúnte y el espacio urbano*. Barcelona: Gedisa.
- Kerbrat-Orecchioni, C. (1986). *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*. Buenos Aires: Hachette.
- Laureano Gómez (s. d.). Documental. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=4F6yi5gHw8I>.
- León XIII. (1891). *Carta encíclica Rerum Novarum sobre la situación de los obreros*. Roma: La Santa Sede.
- López Pumarejo, A. (1979). *Obras selectas, Tomo X*. Bogotá : Cámara de Representantes.
- Maingueneau, D. (2009). *Análisis de textos de comunicación*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Memorias de la Violencia, el Valle y el Llano (s. d.). Entrevista Fernando Gil, miembro del Servicio de Inteligencia Colombiana [documental]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=EWyACNkIroM>.
- Molano, A. (1978). *Amnistía y violencia*. Bogotá: Editorial Cinep.
- Molano, A. (1994). *Trochas y fusiles*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Morales Benítez, O. (1998). *Sanclemente, Marroquín, El Liberalismo y Panamá*. Santafé de Bogotá: Stamato Editores.
- Nora, P. y Cuesta, J. (1998). La aventura de Les lieux de mémoire. *Ayer* (32), 17-34.
- Norden, F. (productor y director) (1984). *Cóndores no entierran todos los días* [película]. Colombia: Procinor Ltda.
- Osiel, M. (2000). Losing perspective, distorting history. En *Mass atrocity, collective memory and the law* (pp. 79-141). New Jersey: Transaction Publishers.
- Pérez, H. E. (2003). Acerca del nacionalismo católico de Laureano Gómez, 1930-1946. *Revista Colombiana de Sociología* (20), 31-40.
- Pío IX (1864). *Encíclica Quanta Cura. Los principales errores de la época*. Roma: http://www.statveritas.com.ar/Magisterio%20de%20la%20Iglesia/CARTA_ENCICLICA_QUANTA_CURA.pdf.
- Pío X (1907). *Encíclica Pascendi. Sobre las doctrinas de los modernistas*. Obtenido de: <http://bit.ly/2pcYqMP>.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido y silencio*. Buenos Aires: Al Margen.

- Portelli, A. (1989). Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli. *Historia y Fuente Oral*, 1, 5-32.
- Portelli, A. (1993). “El tiempo de mi vida”: las funciones del tiempo en la historia oral. En J. Aceves. *Historia oral. Parte III: Algunos de los temas* (pp. 195-218). México: Instituto Mora-UAM.
- Ricoeur, P. (1996). “Entre el tiempo vivido y el tiempo universal: el tiempo histórico”. En *Tiempo y narración III* (pp. 783-816). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (2000). Entre el tiempo vivido y el tiempo universal: el tiempo histórico. En *Tiempo y narración* (pp. 183-202). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (2008). Historia/epistemología. En *La memoria, la historia, el olvido* (pp. 173-230). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez, G. (1989). La Violencia: de Rojas al Frente Nacional. En *Nueva historia de Colombia, Tomo II: Historia política 1946-1986*. Bogotá: Planeta.
- Semana (24 de marzo de 2012). La crisis de la Historia. *Semana*. Obtenido de: <http://www.semana.com/nacion/articulo/la-crisis-historia/255378-3>.
- Todorov, T. (2005). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Valencia, M. A. (2016). El lugar de la memoria histórica según los Lineamientos curriculares, Estándares básicos de competencias del MEN y el plan de estudios de Ciencias Sociales de grado noveno del Colegio Veinte de Julio IED. *Tesis de grado de la maestría en Comunicación, Desarrollo y Cambio Social*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Vallejo, F. (1994). *La virgen de los sicarios*. Bogotá: Alfaguara.
- Vázquez, M. del R. (2007). La Iglesia y la violencia bipartidista en Colombia (1946-1953). Análisis historiográfico. *Anuario de Historia de la Iglesia*, 16, 309-334.
- Verón, E. (1987). La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política. En E. Verón. *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos* (pp. 13-26). Buenos Aires: Hachette.
- W Radio (2016, mayo). “Expresidente Uribe llama a resistencia civil frente a los acuerdos de La Habana”. Obtenido de <http://play.wradio.com.co/play/buscador/>.
- Zalamea, J. (1963). *La metamorfosis de Su Excelencia*. Bogotá: Editorial Celza.



Esta obra se editó en Ediciones USTA,
Departamento Editorial de la Universidad Santo Tomás.
Se usó papel propalcote de 280 gramos para la carátula y
papel bond beige de 75 gramos para páginas internas.
Tipografía de la familia Sabón.
2018.

Este libro presenta los resultados obtenidos en el desarrollo de la investigación *Expresiones de la violencia: análisis narrativo de la figura de Laureano Gómez Castro*, de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Santo Tomás, la cual centró su objetivo en estudiar las narraciones y los sentidos que en torno a la figura de este controvertido líder político conservador se configuran en distintas materialidades mediáticas (audiovisuales, discursos, cómics y textos periodísticos, literarios y eclesiásticos), entendiendo que se trata de uno de los principales protagonistas de la hegemonía política que, a mediados del siglo XX, desplegó una espiral de distintas expresiones de violencia que aún marcan la historia política y social del país.



UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS
PRIMER CLAUSTRO UNIVERSITARIO DE COLOMBIA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL